

La Voz de la Esperanza
1er. Semestre 2006
Lejos del hogar.

Cuando arrancamos una tierna planta del terreno donde germinó, ¿puede prosperar fácilmente en el nuevo lugar al cual la transplantamos? Unas veces sí; otras no.

En el mundo de hoy existen un sin fin de personas desarraigadas. Con frecuencia la pobreza o la persecución política obligan a la gente a buscar nuevos horizontes en otro país, o tal vez en una ciudad más grande. Los padres ansían otro futuro para sus hijos que el mísero callejón sin salida que ha sido su suerte sufrir. Desean para su descendencia la felicidad que les eludió a ellos toda la vida. Y cuando se enteran de algún lugar más promisorio donde hay abundancia de oportunidades y no escasea el dinero, o la libertad que no tuvieron, desean irse a vivir allá.

Cuando lo hacen, allí quedan, transplantados en lo que para los hijos es tierra extraña; cortadas las tiernas raíces familiares o culturales. La planta que era la familia, llega a “enriquecerse” del materialismo moderno, pero las ramitas que llevan el fruto de la felicidad emocional se marchitan. A menudo se ven en la necesidad de

aprender un nuevo idioma y de asimilar toda una nueva cultura. La vida misma se presenta extraña.

Los hijos, que asimilan lo nuevo con mayor facilidad que los padres, experimentan una separación emocional de sus progenitores (a veces hasta llegan a avergonzarse de ellos). Imaginémonos por un momento transportados a una ciudad como Nueva York, Berlín, Tokio o París: allí hay trabajos bien pagados, podemos comprar un automóvil, artefactos para el hogar, ropas elegantes y muchas cosas de las que antes carecíamos. Pero con ello, ¿aumenta nuestra felicidad? ¡No, mil veces no!

La Palabra de Dios, la Biblia, fue escrita especialmente para los “transplantados”. Tiene un mensaje oportuno para los exiliados del mundo; los que se hallan en tierras extranjeras, rodeados de sonidos y culturas extrañas (alguien ha sugerido que el lugar más solitario de la tierra probablemente sea el Times Square de Nueva York, donde nos encontramos rodeados de millones de personas que no conocemos).

Algo así sucedió con Israel, el pueblo de Dios, cuando se vieron conquistados por el rey Nabucodonosor de

Babilonia. Su ciudad y su templo (Jerusalén) fueron destruidos en el año 586 a. C., y sus habitantes forzados a emigrar a una tierra totalmente extraña. Allí cantaban himnos tristes, como éste, lamentando su exilio.

“Junto a los ríos de Babilonia, nos sentábamos, y hasta llorábamos, acordándonos de Sión. Sobre los sauces en medio de ella colgábamos nuestras arpas. Y los que allí nos habían llevado cautivos nos pedían que cantásemos, y los que nos habían desolado nos pedían alegría, diciendo: Cantadnos algunos de los himnos de Sión’. [Pero] ¿Cómo cantaremos canción del Señor en tierra de extraños?” (Salmos 137:1-4).

El Señor todavía amaba a su pueblo, aunque había sido arrancado de su tierra. Por eso les mandó un profeta especial a Babilonia. Y a través de todos los siglos hasta nuestra época moderna, el mensaje de Daniel, que así se llamaba el vidente, ha sido muy “especial”. En él hay muchísimo consuelo, y toda familia del mundo que busca a Dios lo considera de valor inigualable.

El libro de Daniel fue escrito para ti, amigo, amiga de La Voz; sin embargo, muchos sacerdotes y pastores lo han descuidado. Podemos

asistir a la iglesia semana tras semana durante años, sin haber escuchado jamás su explicación. Lo vemos como un libro extraño, lleno de bestias, cuernos y símbolos indescifrables. Pero

nuestro Señor eligió entre todos los libros de la Biblia especialmente el de Daniel, para indicarnos que debemos entenderlo. En San Mateo 24:15 Jesús nos habla a nosotros:

“Cuando veáis en el lugar santo, la abominación desoladora, predicha por el profeta Daniel (el que lee, entienda)”.

Dios le dijo a Daniel que su libro no era para su época, sino para los que vivimos hoy “en el tiempo del fin” (Daniel 11:35; 12:4). Es por eso que durante siglos, los cristianos no le prestaron atención a Daniel, porque el ángel había dicho al profeta: “Cierra las palabras y sella el libro hasta el tiempo del fin”. Y el libro “fue sellado” para millones de personas durante la Edad Oscura. El problema es que muchos clérigos no se dan cuenta que ahora ha llegado “el tiempo del fin”, y que el libro de Daniel ha sido abierto.

Ya estamos al otro lado de los 1.260 años de tinieblas que Daniel describe en los capítulos 7:25 y 12:7, y que terminan en el año 1798 de nuestra era. Desde

entonces el conocimiento de la ciencia ha aumentado, porque el ángel dijo a Daniel que “muchos correrán de aquí para allá, y la ciencia aumentará” (Daniel 12:4). Comenzó la gran “revolución industrial” (que avanza a la velocidad de un rayo) abriendo paso a inventos cada vez más sorprendentes. El mundo ha despertado de su sueño milenario y entrado en lo que Daniel llama “el tiempo del fin”, tiempo en que debemos prepararnos para encontrarnos con el Hijo de Dios, cuando vuelva por segunda vez.

Si tu corazón, amigo lector, simpatiza con el pueblo de Dios de antaño, cuyos exiliados integrantes deseaban colgar sus arpas en los álamos y derramar lágrimas en vez de cantar, piensa cómo el amante Dios y Padre nuestro sufrió con ellos en Babilonia. Daniel dice que ese mismo Dios está cerca de ti hoy, dondequiera que te encuentres en este mundo moderno, cruel y acosador, donde la gente está demasiado ocupada como para notar tu existencia. Tu Padre celestial está en el “exilio” contigo y se interesa por ti. Desea que encuentres en Daniel el consuelo que millones en el mundo están descubriendo hoy.

El relato de Daniel comienza con cuatro jóvenes (entre millares) que fueron desarraigados de sus hogares de Jerusalén. Los forzaron a marchar hacia Babilonia, donde se vieron expuestos al ambiente más corrupto, sensual y pagano que nos podamos imaginar. Satanás usaba todos los medios para vaciarlos de toda memoria de Dios y desamarrarlos del áncora de la esperanza.

Pero Daniel se propuso no desatender sus tres citas de oración que tenía diariamente con Dios. Y no temía que la gente que lo rodeaba se enterara que lo primero en su vida era Dios. Había leído en el libro de Isaías que el Señor despierta por la mañana al que lo ama, para visitarlo: “Dios, el Señor, me dio lengua de sabios, para saber hablar palabra de aliento al cansado. Mañana tras mañana me despierta el oído, para que oiga como los sabios” (Daniel 50:4). Con puntualidad, el Espíritu Santo lo llamaba para que se levantase a orar y a estudiar la Palabra de Dios. Daniel escuchaba y obedecía.

Así fue como cierto día, totalmente inesperado, este joven estuvo preparado para aprovechar una magnífica oportunidad. El gran rey de Babilonia, Nabucodonosor mismo, tuvo un sueño extraño

que no podía comprender. Ninguno de sus “sabios” tenía la menor idea de lo que había soñado y mucho menos podía descifrar el sueño.

Enterado del caso, Daniel mandó a decir al rey que le revelaría el misterio, no porque él mismo tuviera sabiduría superior a la de los demás, sino porque el Dios del cielo escucharía su oración. Daniel había sido fiel al Señor en privado; ahora el Señor le sería fiel en público. Daniel había hecho lo que Jesús nos dice a todos que vagamos: “Cuando tú ores, entra en tu aposento, cierra tu puerta, y ora a tu Padre que está en secreto. Y tu Padre que te ve en secreto, te recompensará en público” (S. Mateo 6:6).

Cuando Daniel y sus tres amigos oraron al Señor, pidiéndole que les revelara el secreto del sueño del rey y les mostrara su significado, Dios hizo exactamente eso. Entonces Daniel se presentó ante el rey, que junto a los más importantes de Babilonia, lo escuchaban decir: “Rey, tú viste una estatua majestuosa... la cabeza de esa estatua era de oro fino. Su pecho y sus brazos, de plata. Su vientre y sus muslos, de bronce” (Daniel 2:31-33).

Dios hasta le mostró a Daniel lo que el rey había visto en sueños y que tanto lo preocupaba:

“Mientras tú mirabas, una piedra fue cortada, sin intervención de ninguna mano, que hirió a la estatua en sus pies de barro y arcilla, y los desmenuzó” (vers, 34).

¿Qué significaba esto? “Entonces se desmenuzaron también el hierro, la arcilla, el bronce, la plata y el oro; y se volvieron como la pelusa de las eras del verano, que el viento llevó sin dejar rastro alguno. Pero la piedra que hirió a la estatua, llegó a ser un gran monte, que llenó toda la tierra” (vers. 35).

En lo más íntimo de su alma, el rey sabía que este sueño encerraba alguna verdad que tenía que ver con él y su reino. Por eso no se sorprendió cuando el joven profeta le dijo que “la cabeza de oro” era Babilonia. El desastre arrasaría con él y toda su gloria se convertiría en basura. Lo seguirían otros grandes imperios del mundo que también perecerían y al final el verdadero Dios del cielo, el Dios del pueblo de Israel, el Creador y Redentor del mundo, establecería un reino eterno en “el tiempo del fin”. Más tarde, el ángel explicó a Daniel que ese tiempo sería nuestra época.

Los solitarios expatriados de Babilonia se sintieron animados. Díos les había dado un profeta que les

dijo que el Señor estaba con ellos en su exilio. El cielo no los había olvidado.

Amigo, amiga de La Voz, ese mensaje también es para ti hoy, dondequiera que te encuentres. Donde tú estés, Dios te recuerda. Conoce tus dificultades y tentaciones. Y te pide que tú también pienses en él.

Tienes la facultad de orar que te vincula con él. No sólo él puede hablarte en su Palabra, sino tú puedes hablar con él. Te invita a imitar a Daniel, que se arrodillaba tres veces al día con su ventana abierta y dirigía sus plegarias al mismo Padre celestial que te invita a ti a venir a él.

Permite que el mensaje del libro de Daniel te consuele y anime tu corazón. La Biblia llegará a ser un libro nuevo para ti. Eso significa también que Jesús llegará a ser para ti tu mayor tesoro. Recíbelo hoy en tu corazón.

LA VOZ DE LA ESPERANZA

Derechos reservados

El Evangelio según Daniel.

Casi sepultado en el Antiguo Testamento de la Biblia se encuentra el “librito” de 12 capítulos que Jesús exalta ante nosotros. Lo señala en una forma tan especial que dice: “Léelo!” y “Compréndelo!” Eso es lo que capta nuestra atención y nos atrae al libro de Daniel.

Esa orden se encuentra en San Mateo 24:15: “Cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora, predicha por el profeta Daniel --el que lee, entienda--”. Por supuesto, hay 66 libros que forman la Biblia, y 39 están en el Antiguo Testamento. Pero ¿por qué Jesús eligió precisamente el libro de Daniel para que enfocáramos nuestra atención especialmente en él? ¡Y lo dice con toda seriedad! Detengámonos un momento y leamos de nuevo lo que realmente dijo Jesús. Notemos estos puntos importantes:

El Señor hablaba de los últimos días de la historia del mundo. Sus palabras las encontramos en San Mateo 24, y tratan acerca de lo que sucederá en “el tiempo del fin”, precisamente antes que Jesús vuelva en las nubes del cielo. Lo que dijo es esto: “Y este evangelio del reino será predicado en todo el mundo, por

testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin. Cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora, predicha por el profeta Daniel --el que lee, entienda-- (S. Mateo 24:15, la cursiva es nuestra).

Consideremos los puntos más importantes que Jesús enfatizó aquí:

(1) Antes de poder cumplir su promesa encerrada en la expresión: “Vendré otra vez” (S. Juan 14:3), su maravilloso evangelio debe ser proclamado por todo el mundo “a toda nación y tribu, lengua y pueblo” (Apocalipsis 14:6, 7).

¡Estas son buenas noticias! Dios es justo. Sería injusto que Jesús viniera por segunda vez con poder y gran gloria, y que algunas personas no oyeran el anuncio a tiempo. Es por eso que Dios estableció el ministerio radiofónico de La Voz (y por supuesto otros más).

(2) Jesús dice que Daniel es un “profeta” inspirado. Eso es más veraz que cualquier opinión proveniente de los estudiosos, pastores y sacerdotes de todo el mundo. Hay que darle importancia, porque hay algunos que se consideran “estudiosos”, pero que sostienen que no hay un profeta de Dios que pueda describir los sucesos del

futuro antes que ocurran. Declaran que el libro de Daniel no puede ser otra cosa que ficción, un relato que alguien inventó, como las novelas que hoy se encuentran por montones en los supermercados.

¡No! dice Jesús. Un ángel del cielo, desde el trono de Dios, habló a Daniel y le mostró todo lo que está en este libro. Y cualquiera que lea el libro y permita que le explique la verdad tal como es, no le costará nada creerlo. Por ejemplo, tomemos el capítulo 2 que habla de la imagen que el rey Nabucodonosor vio en su sueño. Tenía la cabeza de oro, el pecho y los brazos de plata. Su vientre y sus muslos eran de bronce y sus piernas de hierro; y sus pies, parte de hierro y parte de arcilla que no se mezclaban.

Esa profecía que fue escrita 600 años antes de Cristo, relata con exactitud y anticipación la historia del mundo. Mientras más sabiduría posee el estudioso, mayor es su respeto por el libro de Daniel. Jesús nos ha revelado un secreto magnífico.

(3) Lo que Jesús dijo nos muestra con claridad que sí es posible que cada persona “comprenda” el libro de Daniel. No es cierta la antigua teoría que afirma que “este es un libro sellado, que Dios no quería que comprendiésemos”.

Porque cuando Jesús dijo: “El que lee, entienda”, nos estaba diciendo que el Espíritu Santo desea enseñarnos a comprender el mensaje de este libro, si no se lo impedimos.

Al principio, Daniel mismo tuvo dificultad en comprender lo que había visto y oído como profeta en santa visión. Pero Dios deseaba que lo comprendiera. En Daniel 9:22, el santo ángel le dio un mensaje: “Me instruyó, y me dijo: Daniel, ahora he venido para darte sabiduría y entendimiento”. Luego el ángel dijo a Daniel que todo el cielo lo respetaba: “Yo he venido a enseñártela, porque tú eres muy amado” (vers. 23). No entristezcamos al Señor diciendo: “Eso, era para Daniel, que era bueno, por eso Dios lo amaba mucho, pero a mí, que soy pecador indigno, no puede amarme de esa forma”.

Jamás debiéramos pensar así, porque Jesús dice: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito. . .” (S. Juan 3:16). Tú eres parte importante de ese “mundo”, y Dios dice que te amé tanto que dio a su Hijo por ti. Este es el mensaje básico del libro de Daniel. Lo que lo hace tan importante es el evangelio que encierra.

La misma “sabiduría y entendimiento” que el ángel dio a Daniel, el

Espíritu Santo te dará a ti. Hay sólo dos requisitos: (a) Debes desearlos y por lo tanto pedir/los, no porque Dios no esté dispuesto a dártelos; lo que él quiere es asegurarse que aceptes lo que él está dispuesto a darte.

He aquí la promesa de Dios: “Si alguno necesita sabiduría [necesitamos valor para confesarle a Dios que no la tenemos, pero fuera de Cristo, ninguno la tiene, pídale a Dios, quien da a todos generosamente, y sin reprochar, Y le será dada” (Santiago 1:5). ¡Dios es un Padre celestial generoso! Cuando venimos a él y le confesamos nuestra necesidad, nunca nos rechaza o nos disminuye. Nos respeta más de lo que cualquier buen padre terrenal pueda respetar y honrar a su hijo que con inocencia le pide información.

Con las palabras de Jesús mismo que nos animan a estudiar el libro de Daniel, comenzarnos el capítulo uno.

Aquí se nos recuerda el mensaje que todos LOS que han salido del hogar de su país de origen y se han mudado a una gran ciudad (ya sea Londres, Nueva York, París, Los Ángeles o cualquier otro lugar) necesitan comprender estas advertencias: ¡Cuida tu

apetito! ¡No caigas en el régimen malsano de la gente que vive en las ciudades modernas! Personas saludables que salen de su “hogar” para buscar trabajo en las ciudades grandes, pronto adquieren las enfermedades del hombre moderno --hipertensión, cirrosis del hígado, úlceras estomacales y hasta cáncer. ¿Cuál es la razón principal? Han cambiado el régimen saludable de los pobres que viven en el campo, por el régimen recargado de azúcar y grasas de la moderna sociedad urbana. He aquí el relato:

Daniel había sido expatriado junto con millares de judíos de Jerusalén y del reino de Judá. Se los había forzado a caminar cientos de kilómetros a pie hasta la capital de Babilonia. El rey había hecho un examen de inteligencia a todos los jóvenes, para ver quién calificaría para recibir educación pagana que le permitiera servir en el gobierno babilónico.

Se descubrió que Daniel y sus tres compañeros eran los mejores de la lista; por lo tanto, los escogió entre la multitud y los puso en la Universidad de Babilonia, donde les enseñarían el nuevo idioma, la historia y todas las costumbres locales. Así ellos serían líderes valiosos de su imperio.

Por supuesto, el plan abarcaba la integración (o, aculturación) social. Y eso significaba que podrían comer de “la mesa del rey”, los mismos alimentos que a él le servían. ¡Qué gran honor! A millares de los ciudadanos de Babilonia les hubiese gustado recibir esos boletos de comida. Los mejores cocineros del imperio prepararían todos los alimentos que se les antojaran. El rey quería que se los tratara lo mejor posible para comenzar su educación.

Pero pronto surgió un problema: esos lujosos y apetitosos alimentos incluían carnes que no eran saludables para comer, y que habían sido ofrecidas a los ídolos. Los ricos de la ciudad pueden haber envidiado a Daniel y a sus tres amigos, pero los cuatro hicieron una decisión trascendental: entregarse al estilo de vida decadente de la capital del mundo, unirse a las multitudes y dejarse arrastrar por ellas significaría abandonar su lealtad a las enseñanzas que el Señor les había dado.

Sin duda recordaban el relato de José, al cual sus hermanos vendieron como esclavo en las ciudades inmorales de Egipto. Él también se vio muy tentado a dejar de nadar contra la corriente. Más fácil sería dejarse

“arrastrar” por ella. ¿Por qué no ceder a los poderosos deseos de su carne y olvidarse de Dios y de todo lo que había aprendido? “No!” dijo José. Por el contrario, eligió ser leal a Dios, aunque su decisión le costase un alto precio. Daniel sin duda repasó ese relato emocionante, y luego hizo la decisión que quedó registrada de esta manera: “Daniel propuso en su corazón no contaminarse con la comida ni con el vino del rey. Por eso pidió al jefe de los eunucos [el hombre que estaba a cargo] permiso para no contaminarse” (Daniel 1:8).

El gran rey pudo haber considerado esta decisión como rebeldía, y Daniel y sus tres amigos que lo apoyaban pudieron haber sido expulsados, castigados, o hasta ejecutados por el cruel gobierno autocrático. ¡Pero Dios honró altamente a Daniel por su lealtad a sus mandamientos! Al final del curso universitario de preparación, Daniel y sus tres amigos se graduaron con las notas más elevadas (summa cum laude) de toda la universidad! Daniel no sólo se había convertido en un héroe para todos los que aman a Dios, sino que había llegado a ser un ejemplo inspirador.

El libro de Apocalipsis nos dice que el mundo ha llegado a ser una gran “Babilonia”. El pueblo de Dios no “pertenece” a ese lugar más de lo que José “pertenece” a Egipto, o Daniel a la antigua Babilonia. Los del pueblo de Dios siempre serán “peregrinos y forasteros en la tierra” (Hebreos 11:13).

Nuestro hogar verdadero está en el cielo, donde se halla el trono de Dios, según nos lo dice el apóstol Pablo:

“Porque la gracia de Dios que trae salvación, se manifestó a todos los hombres, y nos enseña a renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos, y a vivir en este siglo sobria, justa y piadosamente, mientras aguardamos la bendita esperanza, la gloriosa aparición de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo” (Tito 2:11-13).

LA VOZ DE LA ESPERANZA

Derechos reservados

La historia habla. (Daniel 2)

En el siglo VI antes de la era cristiana, la gran Babilonia de Nabucodonosor estaba en todo su esplendor. El imperio babilónico se extendía por el mundo conocido y su capital era una ciudad de ensueño y de maravilla. Babilonia, era un cuadrado perfecto de 88 kilómetros de perímetro, 22 kilómetros de cada lado. Circundada por una muralla muy alta de 25 metros de espesor, por la parte de afuera estaba rodeada por un foso de igual capacidad cúbica que la muralla.

Atravesada por el río Éufrates, Babilonia era realmente extraordinaria. Poseía una de las siete maravillas de la antigüedad: los jardines colgantes que se elevaban a mayor altura que su muralla defensora y que Nabucodonosor había hecho construir para su esposa, la reina Amittys, quien sentía nostalgia por las bellezas dejadas en Media. El templo de Belús, de cinco kilómetros de circunferencia, estaba unido al palacio imperial por un túnel que pasaba debajo del Éufrates. Dentro de la ciudad había recursos ilimitados y parecía invencible.

El rey Nabucodonosor, preocupado acerca del futuro, se durmió una

noche pensando qué sería de su reino en los años venideros. Y, dormido ya, soñó algo que lo impresionó profundamente. Pero al despertar lo único que le quedaba era la impresión. Había olvidado todo lo demás.

Este relato puede leerse en las Sagradas Escrituras, en el capítulo dos del libro de Daniel. Allí se dan algunos detalles de sumo interés acerca de la reacción del rey cuando exigió que los magos, los astrólogos y los adivinos del reino le dijeran lo que había soñado y, además, se lo interpretaran. ¡Eso era imposible! Entonces el rey ordenó la muerte de todos ellos, entre los que se encontraba el joven Daniel, aunque en realidad era hebreo y estaba en Babilonia en calidad de cautivo.

Daniel pidió una oportunidad para aclarar la situación. Se le dio el tiempo requerido y lo aprovechó para buscar la ayuda y la sabiduría de Dios. El Señor lo escuchó y poco después Daniel se encontraba en condiciones de presentarse frente al poderoso rey, listo para revelar lo que había soñado y darle también el significado de su sueño. He aquí las palabras de Daniel:

“Tú, OH rey, veías, y he aquí una gran imagen.

Esta imagen, que era muy grande, y cuya gloria era muy sublime, estaba en pie delante de ti, y su aspecto era terrible. La cabeza de esta imagen era de fino oro; sus pechos y sus brazos, de plata; su vientre y sus muslos, de metal; Sus piernas de hierro; sus pies, en parte de hierro, y en parte de barro cocido. Estabas mirando, hasta que una piedra fue cortada, no con mano, la cual hirió a la imagen en sus pies de hierro y de barro cocido, y los desmenuzó. Entonces fue también desmenuzado el hierro, el barro cocido, el metal, la plata y el oro, y se tornaron como tamo de las eras del verano: y las levantó el viento, y nunca más se les halló lugar. Mas la piedra que hirió a la imagen, fue hecha un gran monte, que hinchó toda la tierra” (Daniel 2:31-35). Inmediatamente el profeta Daniel pasó a explicar el sueño del rey y le dijo: “Tú, OH rey, eres rey de reyes; porque el Dios del cielo te ha dado reino, potencia, y fortaleza, y majestad... Tú eres aquella cabeza de oro” (Daniel 2:37, 38).

Nabucodonosor, o Babilonia, estaba simbolizado por la cabeza de oro de la estatua, que bien podía simbolizar la riqueza y el esplendor del primer imperio universal, pues allí todo era riqueza y esplendor.

“Y después de ti -le dijose levantará otro reino menor que tú; y otro tercer reino de metal, el cual se enseñoreará de toda la tierra” (Daniel 2:39).

La historia corrobora que las palabras del profeta se han cumplido al pie de la letra. Babilonia fue vencida por Medo-Persia, que pasó a ser el segundo imperio universal, simbolizado en la profecía por la plata del pecho y de los brazos. Y, lo mismo que este metal es menos rico que el oro, así también Medo-Persia fue menos rica, menos esplendorosa que Babilonia. El tercer reino estaba simbolizado por el metal o el bronce, y esto también es un símbolo absolutamente adecuado. ¿Qué pueblo constituyó el tercer imperio universal? Pues fue Grecia, que guiada por el genio de la guerra, Alejandro Magno, se lanzó a la conquista de Asia y en el breve término de pocos meses logró dominarla por completo.

Pero, Alejandro, que supo dominar al mundo, fue incapaz de dominar sus propias pasiones, y a los 33 años murió en Babilonia, según se dice, víctima de su intemperancia. ¡A cuántas personas les pasa lo mismo! De nada sirve conquistar el mundo si no podemos conquistar nuestro propio corazón.

Según la profecía habría todavía un cuarto imperio, que en la estatua que viera el rey Nabucodonosor estaba representado por el hierro de las piernas. Cuando llegó la hora señalada por la profecía, cayó el imperio griego y surgió el imperio romano, el imperio de los césares, llamado por algún historiador, el “imperio de hierro”. Los soldados de Roma recorrieron triunfalmente todo el mundo conocido en su tiempo y un pueblo tras otro quedó bajo su dominio. La mano férrea de Roma rigió todo sin misericordia y sin contemplación de ninguna clase. ¿Qué misericordia y qué consideración podía habersele pedido, por ejemplo a Nerón, hijo de la tristemente célebre Agripina? ¿Qué podía esperarse de Calígula, aquel brutal emperador que jugaba cínicamente con la vida y la muerte de sus contemporáneos? ¡Cuán fielmente se cumplió la profecía! Como el hierro desmenuza y quebranta todas las cosas, así Roma desmenuzó y quebrantó todo.

Pero la profecía afirmaba que tampoco el cuarto imperio sería eterno, sino que sería dividido primeramente en diez partes que constituirían la base de los pueblos de la

actualidad. Estas diez partes estaban simbolizadas por los diez dedos de los pies de la estatua. Entre los años 351 y 476 de nuestra era, las tribus bárbaras bajaron del norte de Europa y después de cruzar el Rin y el Danubio, irrumpieron en el Imperio Romano, lo destruyeron y lo desmembraron completamente. Y Roma deja de existir

--como imperio— por en el año 476, cuando Odoacro, rey de los hérulos, exige la abdicación de Rómulo Augústulo. En realidad, la caída de Roma es hasta hoy un misterio para los historiadores. Dice Harvey Robinson: “Es muy difícil precisar satisfactoriamente la razón por qué el gobierno romano, tan poderoso y universalmente respetado se incapacitara para defender sus fronteras y cediera ante los ataques desordenados de los pueblos germanos, los que nunca llegaron a combinarse en alianza general contra él” (Historia de Europa Occidental, pág. 12).

Los historiadores no saben por qué cayó Roma, pero el que estudia ¡a Sagrada Escritura sí lo sabe. La Divina Palabra anticipaba que Roma iba a caer y que se levantarían diez reinos que serían la base de los pueblos actuales. Y así

ocurrió. Roma fue dividida entre diez tribus: germanos, francos, burgundios, suevos, sajones, visigodos, lombardos, hérulos, vándalos y ostrogodos. Estos tres últimos fueron destruidos años más tarde.

Ahora, nótese un detalle interesante. Los pies de la estatua estaban formados por una extraña mezcla de hierro y de barro. Esto indicaba que los reinos en que se dividiría el imperio romano serían fuertes unos y débiles otros. Y afirmaba la profecía, recuérdese esto bien, que se harían esfuerzos tendientes a unificar de nuevo al mundo en un solo imperio, pero que no volverían a unirse de la manera como el barro y el hierro tampoco pueden unirse.

No faltaron quienes intentaran desmentir lo que afirmaba la profecía. Carlomagno intentó unir al mundo en un solo imperio del cual quiso ser cabeza. Con este fin realizó un gran número de expediciones bíblicas. En el año 800 fue nombrado Emperador de Occidente. Pero 14 años más tarde murió. Poco después su hijo Ludovico repartió entre sus hijos Lotario, Luís y Carlos el Calvo lo que con tanto esfuerzo Carlomagno había logrado juntar. Carlomagno fracasó y triunfó la profecía. Carlos

V también quiso unir al mundo. Igual cosa intentaron Felipe II de España, Luís XIV de Francia y poco después el extraordinario Napoleón Bonaparte. Cuando llegó el 18 de junio de 1815, a Napoleón le faltaba una batalla, una sola batalla para controlar completamente a Europa. Le faltaba la batalla de ese día, pero ocurrió lo que no estaba previsto: una lluvia, una lluvia apacible y leve impidió que la artillería pesada se moviese con facilidad. Y allí sucumbieron los designios de Napoleón. El gran corso fue derrotado en Waterloo y esta palabra pasó a significar el derrumbe de la ambición desmedida.

Antes de la primera guerra mundial, casi todos los monarcas del mundo estaban unidos entre sí por parentescos de familia. Pero eso ni impidió la desunión, ni evitó la guerra. Surgieron luego la Liga de las Naciones, y en la actualidad las Naciones Unidas. Pero el mundo sigue más desunido que nunca y las perspectivas son cada vez más desesperantes.

La última parte de la profecía se refiere a la piedra que cayó sobre los pies de la estatua y desmenuzó los pies y las piernas y la estatua toda. Dijo el profeta: “Y en los días de estos reyes,

levantará el Dios del cielo un reino que nunca jamás se corromperá. . . (Daniel 2:44).

¿Qué reino levantará el Señor? Amigo, amiga de La Voz, será el reino de Cristo, el reino eterno de nuestro Señor que se establecerá cuando el Maestro vuelva por segunda vez a la tierra para poner las cosas en su lugar, para dar a cada uno según fuere su obra y su merecimiento.

¿No crees que ya es tiempo de que veamos el cumplimiento de esta maravillosa profecía? Así como se cumplió todo al pie de la letra en lo que toca a los cuatro reinos universales y su división, primero en los diez reinos y luego en sus derivados, entre los cuales había unos más fuertes que otros, también se cumplirá la última parte de la profecía que anuncia el establecimiento del reino universal de Jesucristo.

El Señor está cerca, y conviene que estemos preparados para su advenimiento. Que Dios nos ayude a estar listos cuando vuelva el Maestro, porque la noche negra pasará pronto y amanecerá el día de eterno fulgor.

LA VOZ DE LA ESPERANZA
Derechos reservados

¡Cristo en el libro de Daniel!

Si abrimos un poquito nuestros ojos, veremos a Cristo, el Salvador del mundo por todos lados. Hasta en los lugares que menos imaginamos.

Jesús dice de él mismo que es “el Buen Pastor”, y el Buen Pastor siempre va en busca de sus ovejas perdidas. Por eso es que Jesús sabe dónde estás y nunca se desanima cuando huyes de él, porque te busca con amor. A través de todo el libro de Daniel vemos a Jesús. Por ejemplo, en el capítulo 2 cuando los “magos, astrólogos o caldeos” paganos, sin darse cuenta de lo que decían, le aseguraron al rey Nabucodonosor que ninguno de los así llamados “sabios” podía declarar lo que él les exigía, porque sus dioses no moraban “con la carne” (vers. 10, 11). Lo que no sabían era que el Dios verdadero sí “mora con la carne”, porque en Jesucristo, el verdadero Dios se hizo hombre. Su nombre llegó a ser “Emmanuel, que significa: Dios con nosotros” (S. Mateo 1:23).

Esta preciosa vislumbre del verdadero Jesús es la más valiosa que hayamos recibido. En el libro de Daniel, Jesús se revela como el que vino del cielo sin pecado pero

tomó nuestra naturaleza pecaminosa, para conocer todas las formas en que nosotros somos tentados. Así él también sería tentado, “pero sin caer”, llegando de esa forma a ser nuestro Salvador del pecado (no en el pecado) (Hebreos 4:15).

He aquí otra vislumbre valiosa del amor y la justicia de Cristo que se encuentra en el libro de Daniel.

En el mencionado capítulo 2 leemos que, cuando el rey pagano Nabucodonosor se chasqueó con sus así llamados “sabios” porque no pudieron explicar su sueño o decir lo que a él se le había olvidado, cegado por la ira ordenó que los mataran a todos. Por supuesto, en el grupo estaban incluidos Daniel y sus tres amigos hebreos, Sadrac, Mesac y Abednego (Daniel 2:12). Por medio del Espíritu Santo, el Señor dio al profeta Daniel la interpretación del sueño real. Y por cuanto él era uno de los que formaban el grupo de los así llamados “sabios”, Daniel salvó las vidas de los demás, porque ahora ellos tampoco tendrían que morir.

Ese detalle del relato de Daniel 2 es otra revelación del Salvador. Con su participación, Daniel había salvado las vidas de los astrólogos y magos paganos, a pesar

de ser indignos. Todos le debían la vida, y aquí es donde “vemos a Jesús” revelado. Permíteme explicarlo:

El pecado es una enfermedad fatal que todos los seres humanos padecemos desde la caída de Adán, y “La paga del pecado es la muerte”, de acuerdo a Romanos 6:23. Hay muerte en el pecado, como la hay en la mordedura de una serpiente venenosa. Y así como los magos de Babilonia estaban condenados a morir, nosotros también estamos condenados a morir eternamente. Pero tal como Daniel los salvé, Jesús nos salva a nosotros, aunque ninguno lo merezcamos.

La Biblia nos enseña que por su sacrificio en la cruz, el Hijo de Dios realmente salvó al mundo, pero el mundo no lo sabe todavía. Por eso es que todo el que cree en él debe comunicarlo a los demás.

Poco antes de ser crucificado, Jesús elevó una oración a su Padre diciendo: “Yo te he glorificado en la tierra. He acabado la obra que me encargaste” (S. Juan 17:4). La “obra” de salvar al mundo. Esa fue la tarea que el Padre le encargó, y Jesús afirma haberla realizado.

Así como Daniel salvó a los magos y astrólogos indignos, así también

Cristo ha dado a cada ser humano el regalo de la “justificación que da vida” en su persona (Romanos 5:18). Eso fue más que ofrecérsela. En realidad, nos la entregó.

Esos magos y astrólogos de la corte de Nabucodonosor, deberían haberse acercado a Daniel para decirle: “Gracias por salvar nuestras vidas! Aceptamos la lección que nos enseñaste.” No sabemos si alguien lo hizo, pero si así hubiera sido, se habrían beneficiado aún más con lo que Daniel había hecho por ellos, porque habrían permitido a Dios que salvara sus almas por la eternidad.

Esto también nos enseña algo a nosotros hoy. Es el descubrir que el Salvador del mundo ya nos salvó y nos dio el don de la vida eterna. Como todo “regalo”, debe aceptarse, recibirse y tomarse en las manos. Por ejemplo, si alguien te regala un cheque de un millón de dólares, para hacerlo tuyo tienes primero que endosarlo y después depositarlo en tu banco. De lo contrario sigue siendo un pedazo de papel. Lo mismo sucede con el don de la salvación, fue tuya el momento que Jesús murió por ti. Sin embargo, tomar el “cheque” entre tus manos y depositarlo en tu cuenta bancaria o cobrarlo, significa lo

mismo que dice este pasaje bíblico: “para que todo el que crea en él, no perezca, sino tenga vida eterna” (S. Juan 3:16).

Sólo “¿cree?” no te ayuda a salvarte a ti mismo. Jamás sería posible; lo importante es abrir tu corazón frío, egoísta, mundano y vacío a Jesús para recibirlo y apreciarlo. Es permitirle que de aquí en adelante te motive a obedecer completamente todos los mandamientos de Dios. Recibir ese regalo es un tesoro eterno. Creer es aceptar el amor de Cristo como un poder motivador que te lleva a entregarle tu devoción constante y permanente a Aquel que murió tu segunda muerte en la cruz. Es simplemente lógico. He aquí una forma clara de verlo: “Porque el amor de Cristo nos impele, al pensar que si uno murió por todos, luego todos han muerto. Y por todos murió, para que los que viven [nosotros, por así decir los sobrevivientes de un gran tsunami, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió, y resucitó por ellos” (2 Corintios 5:14, 15).

Esta lección del libro de Daniel abre un nuevo mundo de felicidad para los que no lo sabían. Ese “amor” es como un motor poderoso que eleva al avión en el aire, o hace que un Mercedes suba el camino empinado de una

montaña. Dejemos ya de creer que tenemos que afanarnos trabajando para lograr nuestra salvación en el reino de Dios. Si comprendemos el libro de Daniel, descubriremos que no es difícil salvarse y fácil perderse. ¡La realidad es todo lo contrario! Ese “amor” divino facilita la salvación y resulta muy difícil que alguien lo resista, porque el hacerlo es entrar en guerra contra Dios.

Si deseamos entrar en conflicto con Dios, será “difícil” ganarlo. Si él se nos opone, la tarea es dura. Nos agotaremos y finalmente moriremos desanimados y solitarios, habiendo desperdiciado todas las energías de nuestra vida luchando contra Aquel que se entregó a sí mismo por salvarnos. Amigo, amiga de La Voz, no te opongas al amor de Cristo. Esaú lo hizo y desde ese momento jamás disfrutó de paz.

Antes de terminar, busquemos en Daniel otra lección de las Buenas Nuevas del evangelio. Es la historia de los amigos de Daniel, que así como él, eran esclavos en Babilonia. Podríamos decir que Daniel fue el que les dio el evangelio. Fueron inspirados por su abnegación y lealtad hacia el Dios del cielo, su Salvador. Anhelaban que ese amor de Cristo los

constrañera para vivir por él. Y tuvieron el gran gozo de encontrarse cara a cara con el Salvador. Pero no tienes idea dónde tuvieron ese privilegio: fue en un lugar que no te puedes imaginar.

El gran rey ya se había olvidado de la imagen de Daniel 2 y dejándose llevar de nuevo por su orgullo y arrogancia (muchos recaen después que deciden seguir a Cristo), hizo una gigantesca imagen y la cubrió de oro, para que su pueblo se inclinara a ella y la adorara.

Cuando el rey Nabucodonosor les ordenó que adoraran a la imagen de oro que había hecho, los tres jóvenes hebreos rehusaron hacerlo, porque conocían la ley de Dios que prohíbe adorar o inclinarse a cualquier imagen, aunque sea de un santo. Y cuando les dijo: “Se arrodillan o mueren!”, ellos se mantuvieron firmes en su posición y se negaron a inclinarse ante la imagen. Entonces el rey, cumpliendo su perversa promesa, ordenó a sus soldados que lanzaran a los tres jóvenes al interior de un horno ardiendo (probablemente era uno de ladrillo, como los que se encuentran hoy en Iraq), con la intención de que sucumbieran en el fuego. Y para estar seguro de ello, ordenó que el horno lo calentaran tres

veces más que lo normal. Podríamos decir que los jóvenes “murieron” al elegir soportar la pena de muerte que el rey decretó. Pero Dios aceptó esa entrega igual que si en realidad hubieran muerto por obedecerle a él.

Y así como el Padre celestial no permitió que el cuerpo muerto de Jesús quedara en la tumba más de los “tres días y tres noches”, tampoco permitió que esos tres jóvenes perecieran en ese fuego atroz. Los libró de la muerte, como te libraría a ti, amigo o amiga de La Voz, si te lanzaran al horno de fuego encendido por causa de tu lealtad a él. El rey, que observaba la situación con verdadero asombro, preguntó: “No echaron tres varones atados dentro del fuego?”. “Sí”, respondieron sus siervos. “Yo veo cuatro varones sueltos, que se pasean en el fuego, sin sufrir ningún daño. Y el parecer del cuarto es semejante a un hijo de los dioses” (Daniel 3:23-25). ¡Jesús mismo había venido a compartir el fuego ardiente con sus tres siervos fieles!

Este es Jesucristo en el libro de Daniel con sus buenas nuevas. En todas las pruebas que tengamos que pasar hoy por seguirlo, nunca nos abandonará. No importa cuán caliente sea el “horno” donde tu fe pase

por la prueba de fuego, Jesús nunca te dejará solo.

Probablemente esos tres muchachos hebreos habían leído esta promesa de Dios que el profeta escribió años antes que ellos hubiesen nacido: “Cuando pases por el agua, yo estaré contigo; y los ríos, no te anegarán. Cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni la llama arderá en ti” (Isaías 43:2). ¡Lo mejor de todo es que lo creyeron! ¡Y tú también puedes creerlo!

LA VOZ DE LA
ESPERANZA

Derechos reservados

Daniel y los leones

Si nos dieran a escoger entre mucho dinero para gastar, o recibir el corazón valiente que guí al profeta Daniel a permitir que lo echaran en el foso de los leones, la mejor elección sería el regalo de un corazón valiente.

No hace mucho, la revista TIME dedicó todo un ejemplar al tema de cómo encontrar la felicidad. Entre todas las ideas presentadas, ninguno de los escritores sugirió que la fuente de la felicidad está en la lealtad y honra que le rindamos a nuestro Dios, a pesar de la oposición más decidida. Daniel, en cambio, nos enseña esa es la manera de ser felices, para siempre. El problema está en que nosotros, por naturaleza, no tenemos esa clase de valor. ¿Cómo podemos obtenerlo?

A todos nos emociona escuchar relatos de valor en las batallas, accidentes o desastres naturales. Tal vez suspiramos y decimos: “Cómo me gustaría ser así, valeroso ante el peligro!” Pero el valor no lo obtenemos escuchando esos relatos; sólo oímos y nos ponemos a especular. En cambio, oír un relato de la Biblia es diferente.

Al escuchar un relato bíblico con humildad, permitimos que esa misma fuerza de carácter

se transmita a nuestro corazón. Los relatos bíblicos tienen poder para transformarte.

Las experiencias del mundo no lo tienen. Con eso en mente, analicemos la verdadera historia de Daniel y su aventura con los leones.

El relato comienza en la tierra de Judá, donde Daniel nació y creció. Comienza con su mamá o su papá que antes de mandarlo a dormir le contaban historias acerca de la fidelidad de Dios.

Le relataban la historia del joven David, que era pastor al cuidarlo de las ovejas de la familia. Cuando un león se llevó a una de ellas, el joven David no corrió asustado a contarle a su padre. En cambio, tomó su vara, persiguió al león y le golpeó la cabeza hasta hacerlo soltar la oveja. Después le abrió sus quijadas y lo mató. El niño Daniel escuchaba con mucha atención; y algo del valor y la fuerza de David entró en su alma y lo preparó para su aventura con los leones muchos años más tarde; porque ya era anciano cuando el rey lo lanzó al foso de las fieras.

Los padres de Daniel, sin duda, también le contaron que cuando David creció, fue a visitar a sus hermanos que estaban en el ejército de Israel, peleando contra los filisteos paganos. Allí oyó

que un gigante filisteo llamado Goliat, estaba blasfemando contra el Dios de Israel. David notó que ninguno de los soldados, ni aun el rey Saúl, se atrevieron a chistar palabra contra el arrogante coloso. Los padres de Daniel le contaron cómo el alma del joven David fue impresionada, al punto de decir: “Quién es este filisteo, para que provoque a los escuadrones del Dios viviente? . . . Yo iré y pelearé con este filisteo” (1 Samuel 17:26, 32).

El joven Daniel escuchaba atentamente mientras sus padres le contaban la historia de cómo David había muerto al gigante con su honda. Estoy seguro que Daniel debe haber orado, “Señor del cielo, por favor dame la fe y el valor de David, para que cuando yo crezca pueda honrarte en la misma forma”.

¡Y Dios escuchó esa oración! Aunque tal vez durante la terrible conquista de Jerusalén y la larga marcha forzada por el desierto hacia Babilonia, a Daniel se le haya olvidado que había hecho esa oración, Dios la recordaba. Y cuando llegó el tiempo de probar a Daniel como lo fuera David, Dios estaba allí por medio del Espíritu Santo para darle la fuerza

y el ánimo que necesitaba.

¿Te das cuenta, amigo o amiga de La Voz, cómo oír un relato bíblico puede cambiar nuestro corazón? ¿Y cómo el valor y la fe que se describen de ese Libro pueden entrar en tu propio corazón?

Al comienzo de su exilio en Babilonia, la fe de Daniel fue probada con los alimentos ofrecidos a los ídolos. El joven cautivo arriesgó su vida por su lealtad a Dios, y de manera maravillosa el Señor permaneció con él durante esa prueba. (Eso lo vemos en el capítulo 1 de Daniel).

Luego en el capítulo 2, se describe la crisis que Daniel enfrentó con la ira del rey pagano, debido a que ninguno de los “sabios” supo descifrar su sueño olvidado. Esta vez, Dios honró la fe de Daniel en forma espectacular.

¡El muchacho se estaba desarrollando y convirtiéndose en un hombre de Dios! Los ángeles deben haberse regocijado al ver su crecimiento. En su progreso hacia la madurez, Daniel experimentó lo que significa mantenerse fiel al Dios del cielo sin contar con el apoyo de nadie. Y el Señor nunca lo abandonó en ninguna de esas pruebas.

Finalmente, Daniel llegó a la ancianidad. Había estado cautivo en Babilonia durante 70 años. El Imperio Babilónico ya había caído, y ahora reinaba un nuevo imperio mundial, Medo-Persia. En ese imperio, gobernado por Darío, Daniel había llegado a ser un “magistrado” altamente respetado. El rey sabía que el anciano ministro adoraba al verdadero y único Dios del cielo y lo respetaba por eso. A Darío no se le ocurriría jamás hacerle el menor daño.

Pero el rey tenía un punto débil en su carácter, como la mayoría de las personas lo tenemos. Era vanidoso y se enorgullecía de sí mismo. Probablemente también se consideraba sabio. Millones se postraban a sus pies. La gente de la corte lo alababa y lo adulaba todo el tiempo. Y su ego comenzó a inflarse. Por otra parte, los gobernadores odiaban a Daniel. Por muchos años le habían guardado rencor porque era honrado y les exigía honestidad en apoyo del gobierno legítimo, cuyos fondos a ellos tanto les gustaba robar. Y lo que más les disgustaba de él era su devoción al Dios de Israel, que ellos sabían que era el verdadero Dios del cielo, el Dios de justicia, el Creador de los

cielos y la tierra. Pero de hecho lo odiaban, como dice Romanos 8:7, “porque la inclinación de la carne es contraria a Dios”.

Algunos de ellos se reunieron para planear la eliminación de Daniel. ¡Sería fácil! Adularían al fatuo rey y lo harían firmar un edicto que prohibiera la adoración a nada ni a nadie que no fuera el rey mismo (la Biblia dice que Darío tenía 62 años, ¡una edad peligrosa para la vanidad de cualquiera!). Darío se sintió muy halagado. Sin vacilar firmó el decreto: sí, cualquiera que se atreviera a adorar a otro dios u hombre fuera de él, sería echado al foso de los leones. Era una idea descabellada promulgar un decreto así. Pero el orgullo de los seres humanos es capaz de cometer cualquier insensatez (Daniel 6:4-9). En Medo-Persia, cuando el rey hacía una decisión, nada podía cambiarla. Eran demasiado orgullosos. Jamás echaban pie atrás aunque se equivocaran (vers. 8). Por esa razón su imperio cayó dos siglos más tarde. Los enemigos de Daniel lo vigilaban, y veían que se arrodillaba frente a la ventana abierta que daba a Jerusalén, orando al Dios de Israel, el Dios del cielo. Muy contentos, corrieron a ver al rey para acusarlo. “No has

confirmado el edicto mandando que cualquiera que, en el espacio de treinta días pida algo a cualquier dios u hombre fuera de ti, sea echado en el foso de los leones?" El rey respondió: "Es verdad" (Daniel 6:12).

"Entonces dijeron al rey: Daniel, uno de los judíos cautivos, no te respeta, ni acata el edicto que confirmaste; antes tres veces al día hace su petición" (vers. 13).

El rey no podía cambiar su propio decreto, por mucho que apreciara a Daniel. En vano trató de conseguir abogados que lo ayudaran a salir de esa situación difícil, y finalmente se vio obligado a decir: "¡Está bien, échelo con las fieras!"

Daniel no debe haber sentido temor porque creía en las promesas de Dios. Cuando la policía real lo lanzó al foso, es probable que Daniel haya caído sobre alguna de las bestias. Pero ésta, en vez de rugir o atacar, debe haber comenzado a mover su cola y a ronronear alrededor de Daniel, como lo haría un gato, porque el fiel anciano no recibió ni un solo rasguño durante toda la noche.

A la mañana siguiente, temprano, después de haber pasado despierto toda la noche el rey "fue aprisa al foso de los leones" (vers. 19). "j

¡Daniel, siervo del Dios viviente! Tu Dios, a quien tú continuamente sirves, ¿te ha podido librar de los leones?" Qué terrible hubiese sido si todo lo que el rey hubiera escuchado hubiesen sido los gruñidos de los animales. Entonces, como música a sus oídos, llegó la voz del profeta: "Rey, para siempre vive. Mi Dios envió su ángel que cerró la boca de los leones, para que no me hiciesen ningún daño (vers. 20, 21). El siervo de Dios todavía mostró respeto y cortesía hacia el insensato rey. Esta es una buena lección de humildad para nosotros. En seguida Darío ordenó que lo sacaran. "Entonces el rey se alegró en gran manera. . . Y no hallaron ninguna lesión en él, porque había confiado en su Dios" (vers. 23).

Luego el rey mandó un castigo tan cruel, que en estos tiempos no se aprobaría. "Fueron traídos los que habían acusado a Daniel, y fueron echados en el foso de los leones, ellos, sus hijos y sus esposas" (vers. 24). Esa era la justicia del Imperio Medo-Persa.

El registro dice que por fin los leones recibieron el desayuno que tanto deseaban. ¿Quién dijo que las bestias no tenían hambre?

Este relato no es una leyenda. El Nuevo Testamento lo menciona

como una verdad solemne. Mucho antes de la época de Daniel, el Espíritu Santo había inspirado a David para que dijera: "El ángel del Señor acampa alrededor de quienes lo veneran, y los defiende... muchas aflicciones puede tener el justo, pero de todas lo libra el Señor" (Salmos 34:7, 18-20). ¡Daniel así lo creía!

Amigo, amiga de La Voz, en ningún momento tengas temor de defender la verdad de Dios frente al mundo. El te honrará. Anímate. Tu Padre celestial te dará la victoria y un gran tesoro para que lo disfrutes eternamente.

LA VOZ DE LA ESPERANZA

Derechos reservados

Nunca solos.

En la actualidad hay millares de individuos que se hallan “desplazados”. Nada preferirían más que permanecer en su hogar cerca de sus parientes y amigos, donde gozarían de la paz y la tranquilidad que ofrece la vida del campo; ganándose la vida a un nivel adecuado, lejos de las grandes ciudades contaminadas de humo, ruido y crimen.

Las dificultades económicas los han forzado a trasladarse a lugares donde pensaban hallar trabajo, pero en los cuales apenas ganan para mantener a su familia. Terminan desplazados, apretujados en un pequeño departamento, viviendo entre extraños. A menudo se encuentran sumergidos en ciudades y culturas extranjeras en Berlín, Londres, París o San Francisco. Y eso los obliga a aprender un nuevo idioma, nuevas costumbres, y hasta a comer nuevos alimentos. Francamente, están solitarios; eso es lo que significa la palabra “desplazados”.

El único Dios verdadero que nos ama, se ha encargado de darnos el libro de Daniel en la Biblia, como portador de buenas noticias para los que se encuentran exiliados. De todos los libros del Antiguo

Testamento, Jesús escogió precisamente ése para recomendar que lo “leamos” y “entendamos” (S. Mateo 24:15). Una de las razones fue porque tiene un mensaje especial para las personas solitarias y expatriadas. Además, explica misterios que de otra forma no se podrían comprender.

El libro de Daniel nos muestra que hoy estamos viviendo en “el tiempo del fin”, porque describe la vida moderna tal como la conocemos ahora. El ángel dijo al profeta estas palabras:

“Entonces los sabios resplandecerán como el fulgor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad. Pero tú, Daniel, cierra las palabras y sella el libro hasta el tiempo del fin. Muchos correrán de aquí para allá, y la ciencia aumentará” (Daniel 12:3,4). ¿Qué significaba eso?

Para comprenderlo, lo único que necesitamos hacer es pararnos en una esquina de cualquier ciudad grande del mundo para ver y oír el tránsito que pasa. O caminar por una acera o centro comercial y ver las aglomeraciones de gente comprando las nuevas invenciones que hace pocos años no existían. Así nos daremos cuenta

que las palabras de Daniel se están cumpliendo. Por ejemplo, ¿cuánto tiempo hace que salieron los teléfonos celulares? O las computadoras? ¡La “ciencia” ha aumentado y sigue aumentando --¡se duplica continuamente! Hoy aprendemos la última invención electrónica y ya mañana está anticuada. Nadie puede ir al paso de esta explosión científica que se manifiesta en todos los campos del saber humano.

Sin embargo, en el centro de toda esta explosión de conocimientos, el ángel que habló a Daniel nos recuerda que el Espíritu Santo de Dios todavía sabe dónde estamos, y se propone hacernos felices, aunque nos hallemos lejos de nuestro hogar de origen. Nuestras humildes vidas pueden brillar “como las estrellas a Perpetua eternidad”. Jesús dijo en S. Mateo 10:29 que Dios mira caer hasta un pajarito del bosque. ¡El se preocupa de nosotros mucho más que de un pajarito! ¡Sabe dónde encontrarnos hoy! No estamos vivos por casualidad; Dios tiene tareas importantes que asignamos dondequiera que su providencia nos haya colocado. Lo vemos en el relato de Daniel. El fue un desplazado al cual sus captores dejaron caer en medio de Babilonia, la ciudad más pagana de su

época, y su prueba mayor fue tratar de comprender por qué el Señor le había permitido llegar allí. ¿Cómo podía Dios estar con él entre esas grandes multitudes que llenaban el ambiente donde se encontraba exiliado y cautivo? ¿Cómo podría Daniel aprender un nuevo idioma y costumbres extrañas, y hasta acostumbrarse a llevar un nuevo nombre que era pagano?

Cuando la conquista cruel y violenta de Nabucodonosor lo arrancó de su tranquilo hogar de Judea, Daniel estaba en la última etapa de su adolescencia. Apenas tenía suficiente edad para comprender que su propia aldea y nación habían sido conquistadas por un ejército extranjero pagano. Pero sí la tenía para sentir el tremendo dolor de verse obligado a marchar encadenado y esposado a través de cientos de kilómetros hacia el norte, en lo que ahora es Iraq, para ser esclavo en Babilonia.

Sin embargo, hizo una decisión importante: eligió recordar al verdadero Dios del cielo, el Dios de Israel.

Cuando era niño, en su tranquilo hogar de Judea, su madre le leía la historia bíblica de José, que también fue expatriado. Sus crueles hermanos lo vendieron como esclavo a

unos mercaderes que iban hacia Egipto. La primera noche que sintió nostalgia, lloró hasta que ya no le salieron más lágrimas. Se arrodilló y oró a su Padre celestial. Tomó la firme determinación de mantenerse fiel al Dios del cielo, aunque tuviera que afrontar dificultades en esa tierra extraña y pagana. El niño Daniel escuchaba estos relatos acerca de José y también decidió ser leal a Dios bajo cualquier circunstancia adversa. Y no es que Daniel haya prometido “fidelidad” al Señor en la forma de los pactos antiguos que se acostumbraban en esos días. Nuestras promesas a Dios no son firmes, no las cumplimos; de hecho, el Señor no nos pide que le hagamos promesas. El desea que creamos las promesas que él nos hace a nosotros. Eso fue lo que el joven Daniel hizo. Se comprometió con el Señor. Hizo una decisión, se entregó a sí mismo a Dios. Eligió creer en él. Y fue el amor de Cristo lo que lo motivó a hacer ese pacto. Y Daniel nunca estuvo “solo” en la Babilonia pagana. Daniel recordaba que era un “hijo de Abrahán”, por eso cuando escuchaba los relatos acerca del cuidado que Dios tenía para su pueblo, los tomaba como si fuesen directamente para él. Por cuanto Jesús

vino a nosotros como “el Salvador del mundo”, todo el que cree en él, automáticamente llega a ser, por fe, “hijo de Abrahán”. Eso significa que todas las promesas que Dios hizo a Abrahán, ahora nos las hace a nosotros también. Amigo, amiga de La Voz, no importa el lugar donde te encuentres, el Señor no puede olvidarte.

Una experiencia que Daniel tuvo en Babilonia, la cual demostró que Dios lo había encontrado y honrado allí, fue cuando tuvo que descifrar el mensaje que Dios escribió en la pared del palacio. Daniel ya era un anciano de más de ochenta años. Evidentemente ya se había jubilado de la vida pública. Una nueva generación de jóvenes inmaduros e insensatos, intoxicados con el poder, ejercían ahora el control político y social. Les gustaban la bebida y los placeres. Mientras tanto, un naciente imperio mucho más vigoroso planeaba la conquista de Babilonia, la “cabeza de oro” de Daniel 2. El pecho y los brazos de plata estaban en camino.

Una noche se hallaban en medio de una gran fiesta mientras las tropas de los medos y persas sitiaban la capital. Cuando más alegres se encontraban, el rey ordenó que trajeran los vasos sagrados que habían sacado del templo

de Salomón en Jerusalén, para beber en ellos, mostrando así su desprecio por el Dios de los judíos. Mientras tanto, el ejército medopersa, sin que Babilonia se diera cuenta, había desviado el curso del río Eúfrates que normalmente corría en medio de la ciudad, entre paredes impenetrables. El ejército se adelantó silenciosamente y encontró las puertas de bronce descuidadamente abiertas.

La paciencia de Dios se agotó. El Rey del cielo decidió que ésa sería la última noche de la Babilonia de Belsasar. Un ángel se paró junto a la pared del gran salón de fiesta y escribió estas palabras misteriosas: “Mene, Mene, Tekel, Upharsin” (Daniel 5:25). Sólo una mano se veía; las letras parecían escritas con fuego.

El rey, consciente de su culpa, palideció, perdió el control de su cuerpo, y sus rodillas comenzaron a temblar. Se humilló ante la multitud, y pidió a gritos que alguien viniera a explicarle qué estaba pasando y el significado de esas extrañas palabras. Pero nadie pudo hacerlo. Se armó entonces un verdadero pandemónium. Finalmente, una persona con cierto grado de madurez entró a la sala del banquete. Era la reina madre. Después de saludar al joven rey, le

dijo: “Hay en tu reino un hombre en quien mora el Espíritu del Dios santo. En los días de tu padre se halló en él luz, inteligencia y sabiduría, como la sabiduría de los dioses... Llámese pues a Daniel, y él te dará el significado” (vers. 10-12).

De nuevo llamaron al despreciado esclavo de Judea. El sabía lo que estaba pasando. Sabía que esa era la última hora de la existencia de Babilonia como imperio. La mente de Daniel estaba clara. El no había participado en esa fiesta y borrachera. Ni siquiera había asistido. De hecho, siempre había vivido una vida sobria y practicado la temperancia. Su larga vida de buenos hábitos, de abnegación y dominio propio, estaba dando resultados. Por cuanto su mente estaba limpia de intoxicantes de cualquier clase, por cuanto había dedicado y comprometido su corazón y su vida en manos del Dios que es el Autor de nuestra vida y de nuestra salvación, y debido a que su salud y su energía física se habían mantenido intactas, Dios podía comunicarse con él!. El Señor iluminó la mente del profeta para que descifrara el significado de esa intervención celestial. Daniel conocía el idioma del cielo.

El profeta le dijo al rey la verdad. “Contó Dios tu reino, y le dio fin... Has sido pesado en balanza, y fuiste hallado falto... Tu reino ha sido roto, y es dado a medos y persas”. Luego el registro bíblico simplemente declara:

“Esa misma noche fue muerto Belsasar, rey de los caldeos” (vers. 26-30). Amigo, amiga de La Voz, piensa en el joven Daniel, caminando a paso lento, esposado y encadenado desde Jerusalén a Babilonia. Tentado a pensar que Dios se había olvidado de él (así como José estuvo tentado a pensar siglos atrás, cuando fue llevado cautivo a Egipto). Piensa en el gozo que Daniel tuvo, a pesar de estar completamente solo. ¡El Señor no se había olvidado de él! ¡Dios lo había encontrado! ¡Nuestro ánimo se levanta al damos cuenta que Dios está con nosotros!

LA VOZ DE LA ESPERANZA

Derechos reservados

Una profecía para nuestros tiempos.

Es emocionante leer en la Biblia las aventuras de Daniel y sus tres fieles amigos cuando estaban exiliados en la lejana tierra de Babilonia.

Nunca estuvieron solos, porque Dios estuvo con ellos, Permitió que Daniel se ganara la consideración y el afecto del oficial encargado de supervisar a los cuatro jóvenes durante su educación universitaria y le dio el conocimiento profético para descifrar el misterioso sueño del rey Nabucodonosor. Eso salvó las vidas de Daniel y sus tres compañeros, así como las de todos los “sabios” paganos y filósofos que el airado rey había sentenciado a muerte.

Más adelante, Dios salvó a los tres jóvenes hebreos (los amigos íntimos de Daniel) del horno ardiente. Ese incidente contiene una lección que todos debemos recordar: no importa en qué dificultad nos encontremos, si somos leales a nuestro Salvador, él nos librará de igual manera. ¡Debemos creerlo!

También Dios dio sabiduría a Daniel para comprender el misterio de la escritura que apareció en la pared del palacio real, que anunciaba el fin del Imperio Babilónico. Para todos nosotros, hoy,

también hay “un letrero en la pared” que nos dice que el fin de todos los reinos terrenales está a la puerta. Dios lleva la cuenta de todas las naciones, y cuando los gobernadores y el pueblo insistan y se opongan a los llamados del Espíritu Santo, habrán pasado el punto desde el cual no podrán volver atrás, y los juicios del cielo vendrán a castigar la maldad de las naciones.

Jesús dijo que en estos últimos días en que vivimos “habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas. En la tierra las naciones estarán en angustia, perplejas. . . Los hombres desfallecerán por el temor y la ansiedad de lo que vendrá sobre la tierra, porque las virtudes del cielo serán conmovidas” (S. Lucas 21:25, 26).

Esa noche fatídica, cuando Daniel leyó la escritura en la pared, los corazones de Belsasar y los “magistrados” de Babilonia desfallecieron de miedo. Para ellos la caída de su gran imperio era como si “las virtudes del cielo” estuviesen siendo “conmovidas”.

Otra lección que podemos aprender de esa última noche del imperio Babilónico es ésta: “La soberbia precede a la ruina, y la altivez de espíritu, a la caída” (Proverbios 16:18). Muchas veces en la

historia vemos que la arrogancia personal o nacional precedió a un gran desastre. Los que planearon y construyeron en 1912 el gran trasatlántico Titánic, pretendían que era “insumergible”. El orgullo y el lujo del Titánic reflejaba el espíritu de esa última noche en la antigua Babilonia. Pero un simple roce con un témpano de hielo lo precipitó al abismo.

Recordemos también la terrible situación en que fue puesto Daniel, cuando sus enemigos (que eran realmente enemigos de Dios), persuadieron al rey Darío para que estableciera una ley insensata que prohibía a todos “por 30 días”, orar a ningún otro “dios” fuera del rey mismo. El plan era sorprender a Daniel, porque ellos estaban seguros que él era tan leal al Dios verdadero, que continuaría orando al Señor tres veces al día — como acostumbraba—, aunque la ley de Media y Persia lo prohibiera. Recordamos cómo el rey trató de salvar a Daniel, pero esos perversos enemigos del profeta ganaron y el fiel siervo de Dios fue lanzado al foso de los salvajes y hambrientos leones. Pero Daniel dijo que el mismo Dios del cielo, el Creador de esas fieras, había enviado a su ángel,

el cual “cerró la boca de los leones”. Esa noche, el poderoso Dios controló el instinto de los leones y protegió a su siervo fiel —lo que nos afirma que si eres fiel a él, te protegerá a ti de la misma forma en cualquier situación que te encuentres, porque “el ángel del Señor acampa alrededor de quienes lo veneran, y los defiende. Gustad y ved qué bueno es el Señor. ¡Dichoso el hombre [o la mujer] que confía en él! (Salmos 34:7, 8).

Dios dio visiones a Daniel para que nosotros les pongamos atención hoy. En el capítulo 7 de su libro, el Señor le mostró al profeta el desarrollo y la caída de los grandes imperios de la historia: Babilonia, Medo- Persia, Grecia y Roma. Después, el Imperio Romano fue dividido en diez reinos más pequeños, simbolizados por los diez cuernos que había en la cabeza de la feroz cuarta bestia (Roma). Siete todavía perduran hoy en forma de algunas de las naciones de Europa que salieron del antiguo Imperio Romano. En general, se acepta que esos siete países son Inglaterra, Francia, España, Portugal, Italia, Alemania y Suiza. La razón principal por la cual Dios le dio esta visión a Daniel, fue por lo que

sucedió después: un cuerno pequeño surgió entre los diez cuernos (los países de Europa), y para hacerse lugar arrancó tres de los mencionados cuernos o poderes. (Esas tres naciones que anteriormente se contaban entre los poderes europeos eran los hérulos, los vándalos y los ostrogodos; hoy no queda de ellos rastro alguno).

Ese “cuerno pequeño” era diferente de todas las naciones de Europa, porque simbolizaba una iglesia que llegó a ser estado. Dicho poder iba a gobernar Europa durante 1.260 años. La atención de Daniel se fijó en ese “cuerno pequeño”, porque nunca antes había visto nada similar: ¡una iglesia transformada en un poder político, gobernando las naciones como un rey! Y persiguiendo al pueblo de Dios que aprendió de Daniel cómo ser leal aunque las autoridades y poderes humanos los oprimieran y los persiguieran. Jesucristo jamás le dio autoridad a ninguna iglesia para gobernar sobre los hombres.

Luego Daniel 7 termina recordándonos que Dios traerá al juicio final a todas las naciones, incluyendo al poder representado por el “cuerno pequeño”. El libro de Apocalipsis complementa el libro de Daniel, proclamando esta

invitación especial para cada hijo de Dios en el mundo: “Salid de Babilonia, pueblo mío!” (18:1-4).

¡Las profecías de Daniel están más al día que el periódico de mañana! El Espíritu Santo de Dios está buscando en cada hogar y por todo el mundo a su pueblo amado, cuyo corazón sea leal a Dios. “Porque los ojos del Señor contemplan toda la tierra, para fortalecer a los que tienen corazón íntegro hacia él” (2 Crónicas 16:9). Sí, amigo, amiga de La Voz, el Espíritu Santo te ha llegado a través de este mensaje, para revelar su fortaleza y su amor por ti. ¡Dios y sus santos ángeles se interesan por cada uno de nosotros!

Daniel 8 contiene la profecía cronológica más fascinadora de la Biblia. En casi todo el mundo, millones de personas están estudiando con intensidad este capítulo, porque señala al Lugar Santísimo del santuario celestial, donde Jesucristo ha llegado a ser nuestro gran Sumo Sacerdote. El capítulo 8 de Daniel nos presenta la obra especial que Jesús está haciendo hoy. Esta puerta nos abre paso hacia un inmenso tesoro de verdad profética:

“Hasta 2.300 días de tardes y mañanas. Entonces el Santuario

será purificado” (Daniel 8:14). Esta declaración es como un relámpago en una noche oscura. Esto es lo que nos revela: a. Los “días” son símbolos de años, como en muchas otras profecías cronológicas. Números 14:34 y Ezequiel 4:6 lo dicen.

b. El “santuario” celestial es la gran versión original del santuario terrenal que Moisés construyó hace mucho tiempo en el desierto, porque Dios le dio instrucciones que hiciera todo “de acuerdo al modelo” que le había mostrado (Génesis 25:8, 9).

e. La “purificación del santuario” es el modelo del antiguo día de expiación, que para los israelitas significaba el día del juicio. Lo celebraban el “décimo día del séptimo mes”. En él, con ayuno y oración procuraban eliminar los obstáculos que les impidieran acercarse al Señor. Era el tiempo cuando el sumo sacerdote salía del primer aposento del santuario, para entrar al segundo. Esto lo hacía sólo una vez al año.

d. Daniel comprendió que esta profecía era una descripción del tiempo en que vivimos. El “tiempo” de esta profecía lo explica Daniel 9:24-27. Este pasaje constituye una profecía maravillosa de la obra de Jesús, y el ángel se lo explicó a Daniel.

Las profecías que Dios le dio a Daniel deben cumplirse en nuestra época de hoy. A principios de 1800, los cristianos de muchas iglesias de Europa, así como de Norte y Sudamérica, comenzaron a comprender que Daniel ya se había convertido en un “libro abierto”. Vieron que la Edad Oscura, correspondiente a los 1.260 años de persecución papal, había terminado.

e. Descubrieron que los “2.300 días” terminaron en 1844. Ahora en todo el mundo, hay millones de seguidores de Jesús fieles y humildes, que creen que estamos viviendo en el gran día cósmico de la Expiación, o en el tiempo de la purificación del santuario celestial. La obra que Jesús está haciendo allá es especial, algo que jamás había hecho antes en la historia. Antes de esta purificación del santuario, la obra de Jesús en el primer ambiente del santuario celestial, era preparar a la gente para morir, de modo que pudieran estar listos para resucitar en la gran primera resurrección de los muertos, cuando el Dador de la vida volviera, como prometió que lo haría.

f. Pero esta obra que Jesús hace ahora en el segundo ambiente del santuario celestial, es extraordinaria: Se

preocupa de preparar a la gente, no sólo para morir, ser enterrados y resucitar de la tumba. Más bien, los prepara de modo que estén listos para encontrarse con él cuando vuelva en las nubes de los cielos, y ser trasladados con él. Es precisamente lo que Pablo describe en 1 Tesalonicenses 4: “Por eso decimos en Palabra del Señor, que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron [los que han muerto y han sido enterrados]. Porque el mismo Señor descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que estemos vivos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados junto con ellos en las nubes, a recibir al Señor en el aire. Y así estaremos siempre con el Señor” (vera. 15-17).

No hay nada más importante en este mundo que conocer esta verdad y poder asegurarse, amigo, amiga de La Voz, que tú también formes parte del grupo de los que esperan al Señor.

LA VOZ DE LA ESPERANZA

Derechos reservados

Daniel habla al hombre moderno.

El libro de Daniel es un tesoro que Dios nos envió. Es como si hubiera esperado siglos y hasta milenios, manteniendo el mensaje de Daniel en el subconsciente de su pueblo. Entonces, recientemente, en esta época que Daniel dice ser “el tiempo del fin”, lo sacó a luz para que lo conociéramos. Está atrayendo la atención de todos en el mundo entero.

¡Gracias a Dios! Todo el que lo lee es bendecido, especialmente los que viven en las grandes ciudades, donde muchos se sienten completamente desarraigados. El libro de Daniel tiene un mensaje especial para ellos.

Así dijo Jesucristo que sería en esta época alarmante, precisamente antes de su segunda venida. En San Mateo 24, dice que reunió a sus discípulos en una pequeña colina desde la cual se veía el maravilloso templo de Jerusalén. Los sacudió al decir que vendría el tiempo cuando ninguna de sus piedras quedaría sobre otra, es decir, sería totalmente destruido.

¿Cómo podría destruirse un edificio tan enorme? Era mucho más fuerte que las Torres Gemelas que fueron derribadas y quemadas en el ataque del 11 de septiembre. Jesús

dijo que hasta la nación de Israel dejaría de existir. Y sus tristes palabras se cumplieron al pie de la letra durante el desastre del año 70 d.C., cuando Tito, el general romano capturó la ciudad y le prendió fuego, incluyendo al templo. Jesús dijo que todo esto era un anticipo de lo que sucedería en los últimos días.

También las grandes naciones de hoy no gobernarán más la tierra. Dios establecerá su reino eterno, y está reuniendo ahora a los que se sometan a él para siempre. Jesús estaba contestando la pregunta de sus discípulos: “Cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida, y del fin del mundo?” Sus palabras nos estremecen aún ahora! Fueron estas:

“Vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo, y a muchos engañarán”. Pongamos atención cuidadosa a lo que dice la Biblia. “La explicación de tus Palabras ilumina, da inteligencia a los sencillos” (Salmos 119:130). “En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti” (vers. 11). “Elegí el camino de la verdad” (vers. 30). Jesús mismo dijo: “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (S. Juan 14:6). Prometió que ninguna de sus ovejas

seguiría a un falso profeta. Cristo, el verdadero pastor “llama a sus ovejas por nombre, y las saca del redil.. y las ovejas lo siguen, porque reconocen su voz, pero no siguen al extraño” (10:3-5).

Amigo, amiga de La Voz, este mismo Buen Pastor se ha revelado a ti y debes escuchar su voz que te habla a través de su santo Libro. Tal vez lo que la Biblia te dice sea distinto de lo que hayas aprendido de tus maestros espirituales. No te confundas; acepta en primer lugar lo que dice la Palabra de Dios.

¿Cómo puedes reconocer la voz del verdadero Pastor? Juan el Bautista nos dice: “Porque el enviado de Dios habla las Palabras de Dios. El que viene de arriba, está por encima de todos. El que es de la tierra, es terrenal, y habla cosas terrenales: El que viene del cielo está sobre todos. A él Dios le da el Espíritu sin medida” (S. Juan 3:34, 31- 32). El verdadero Pastor siempre exaltará la santa ley de Dios: “SA la ley y al testimonio! Si no hablan conforme a esto, es porque no les ha amanecido” (Isaías 8:20). ¡Necesitas esa luz del cielo!

En el centro de la Ley de Dios, se destaca un maravilloso mandamiento de libertad y gozo. Dice la Palabra de Dios:

“Acordarte has del día de reposo, para santificarlo”. El apóstol Santiago dice que el Decálogo es “la perfecta ley, la de la libertad” (Santiago 1:25). “Seis días trabajarás y harás toda tu obra. Pero el sábado es el día de reposo del Señor tu Dios. No hagas ningún trabajo en él” (Éxodo 20:8-11).

Lejos de ser una carga, el santo sábado del Señor une a las almas de todo el pueblo de Dios en una familia feliz alrededor del mundo. La paz y la armonía la caracterizan. Jesús dice: “Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os haré descansar” (S. Mateo 11:28). Ese “descanso” incluye la observancia del sábado. No importa el lugar del mundo donde te encuentres, si te unes al pueblo de Dios, a esa gran familia que se congrega en el santo sábado, jamás te sentirás solo. ¡Gracias a Dios ese pueblo está casi en todos lados!

Más adelante Jesús dice: “Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón y hallaréis descanso... Porque mi yugo es fácil y ligera mi carga” (S. Mateo 11:29, 30).

Daniel probó que Dios no lo olvidaría, sino que estaría con él y haría fácil su camino y “ligera” su carga. Cuando salió

expatriado de su tranquilo hogar de Judea hacia una gran ciudad lejana, Dios sería su Amigo y Compañero fiel. Podemos imaginar la nostalgia de Daniel. Era sólo un adolescente en un país extranjero, donde hablaban otro idioma y tenían costumbres extrañas. Servían alimentos raros y tenía que relacionarse con personas que lo despreciaban. Estaba realmente cautivo.

Su primera prueba de fe está registrada en el capítulo uno de su libro, cuando pidió que lo disculparan por no comer los alimentos que ofrecían a los ídolos, y su petición fue concedida. En el capítulo 2 se registra la angustiada oración de Daniel para conocer el secreto del sueño del rey, que nadie más podía descifrar. Y Dios lo iluminó. Y cuando ya era un anciano de más de ochenta años, Dios le dio el conocimiento de la misteriosa escritura divina que apareció sobre la pared del palacio real de Babilonia (capítulo 5). Estos incidentes verdaderos de la historia sagrada son la razón de por qué Daniel es un libro maravilloso para todos los que tienen que vivir en ciudades grandes, lejos del hogar.

Cuando leemos novelas o miramos películas, los relatos que contienen no

nos ayudan a ser mejores personas. Pero cuando leemos las historias inspiradas de la Santa Biblia, nuestros corazones se impresionan y llegamos a ser gente mejor, que armoniza con el cielo.

La historia que se presenta en el capítulo 6 nos habla de que un nuevo gobierno había conquistado el imperio que era la antigua Babilonia (ahora caída). El nuevo rey tenía 62 años, edad cuando muchos hombres llegan a ser orgullosos y vanos. Sin duda, Darío era así. Los enemigos de Daniel estaban celosos por el puesto elevado que éste tenía en el gobierno y persuadieron al vano rey (que realmente respetaba a Daniel) para que firmara un decreto, convenciéndolo que al hacer eso se fortalecería su gobierno en toda la nación. Ese decreto decía que cualquiera que orara durante 30 días, a otro “dios” o persona, fuera del rey, sería ejecutado en forma espectacular. Lo arrojarían a un foso donde había feroces leones. Aunque a nosotros ahora nos parezca algo espantoso, en esa época y país (que hoy es Iraq) era común practicar esa crueldad.

Daniel no sólo era fiel a Dios, sino además muy valiente. Su compañerismo diario con

el verdadero Dios del cielo era algo que el profeta no trataba de esconder. Tenía una conexión de fe con el cielo, y no permitía que nadie la quebrantara. Daniel fue pionero en exaltar el principio de la separación entre la iglesia y el estado, para que todas las religiones pudieran tener libertad de conciencia. El creía que el gobierno del rey Darío no tenía derecho a interferir en la libertad de la persona para adorar a Dios, como su conciencia se lo dictaba.

Por lo tanto, tres veces al día, y conforme a su costumbre, Daniel siguió orando al Dios del cielo, no importando lo que el rey y sus siervos dijeran. ¿Y que pasó?

Daniel fue echado en el foso donde estaban las fieras hambrientas. Pero él confiaba en que el Dios del cielo no lo abandonaría, no se olvidaría de él. De la misma forma, ese mismo Dios del cielo está vivo hoy y no se olvidará de ti en tus pruebas de fe, dondequiera que te encuentres. Su sistema de escuchar y contestar las oraciones es mejor que cualquier correo electrónico o teléfono celular. El profeta Ezequiel describió la organización del gobierno de Dios como “ruedas dentro de ruedas”. Precisión magnífica, de

modo que nada se olvida ni descarta (Ezequiel 1:16).

Dios había estado escuchando las oraciones cotidianas de Daniel. Todas habían sido registradas en la oficina celestial de telecomunicaciones.

Ninguna había sido olvidada. Así que cuando Daniel fue echado entre los leones hambrientos, Dios mandó a un ángel para que los amansara. El vano rey pasó la noche sin dormir, agobiado, culpable por la insensatez que había cometido. Y aunque no puedo probarlo, creo que el anciano Daniel, al no más recostar su cabeza sobre el vientre de una de esas bestias, debe haber dormido toda la noche como un niño.

Dios dio al profeta Daniel conocimiento para estos días finales en que vivimos. Describió la fenomenal explosión de las invenciones científicas y tecnológicas de nuestro tiempo (Daniel 12:4). Pero aun en medio de tanta tecnología en que se desenvuelve nuestra cultura moderna, Dios se da cuenta de quiénes son sus fieles seguidores, los “sabios” de hoy. Son quienes responden al Espíritu Santo y escuchan el evangelio glorioso, las buenas nuevas de Cristo, lo que hizo por toda la humanidad, cómo el Hijo de Dios llegó a ser

miembro de la raza humana caída, tomando sobre sí todas nuestras flaquezas, nuestra hambre, nuestra sed, nuestra debilidad, nuestro dolor, y hasta nuestras culpas.

Los que son “sabios” creen estas buenas noticias, y sus corazones responden al amor revelado en su cruz. Estas conexiones de la gracia de Dios son invisibles. Tal vez no sepas que la persona que está sentada junto a ti en esa oscura estación del metro, cuando vas al trabajo, sea uno de estos preciosos “sabios” que Dios está preparando para trasladar cuando Jesús vuelva en las nubes del cielo.

Hoy Dios tiene a sus “Danieles” esparcidos por el mundo y te invita a ti a ser uno de ellos. Un ángel dijo a Daniel varias veces que él era “muy amado” en el cielo (Daniel 9:23; 10:11, 19). ¡Imagina qué consuelo debe haber sentido! Los ángeles del cielo altamente respetaban y honraban a Daniel.

¡Levanta tu cabeza! ¡Tú también eres uno de esos “amados”! Actúa ahora como ellos y rinde honor y gloria a tu Redentor que se entregó a sí mismo, y todo lo que tenía, por tu salvación eterna.

LA VOZ DE LA ESPERANZA

Derechos reservados

Daniel: más actual que el noticiero.

El libro bíblico del profeta Daniel, a menudo ha sido descuidado por sacerdotes y pastores. Muchas personas sinceras nunca han escuchado un sermón acerca de él. Desde lo profundo de su corazón anhelan comprender sus verdades, pero no saben cómo expresar sus inquietudes en palabras, por eso la comprensión de Daniel se ha mantenido oculta. Sin embargo, Daniel es el libro que Jesucristo destacó entre los 39 del Antiguo Testamento para que le prestáramos atención especial. Menciona que es un libro que debemos estudiar y comprender. Dijo así: “Cuando veáis en el lugar santo, la abominación desoladora, predicha por el profeta Daniel --el que lee, entienda--” (5. Mateo 24:15).

Jesús nuestro Salvador no desperdiciaba las palabras. Nunca predicó un sermón sólo para llenar el tiempo. Y jamás hemos leído acerca de alguien que se hubiese dormido cuando él predicaba. Jesús tenía cosas importantes que decir. Lo que declara aquí acerca de Daniel, despierta el interés de los que quieren saber el significado de los sucesos mundiales que estamos viendo hoy.

Este es el capítulo donde Jesús describe los sucesos horribles de la caída de Jerusalén en el año 70 d.C. Cuando ese último martes de su vida antes de la cruz visitó el gran templo por última vez, miró a su alrededor y luego dijo: “Vuestra casa os queda desierta” (S. Mateo 23:38). Esa fue una triste despedida.

El Espíritu Santo y los santos ángeles fueron forzados a salir, no porque lo desearan, sino porque el pueblo y sus dirigentes eligieron rechazar al verdadero Mesías. Por lo tanto, tendrían que soportar la ira del ejército enemigo (los romanos), sin la protección que Dios les había dado por muchos siglos. El sufrimiento humano que provocó la caída de Jerusalén fue más terrible que lo que está sucediendo hoy en Bagdad.

El cuadro de lo que está por suceder en nuestro mundo, está íntimamente relacionado con la declaración de Jesús en cuanto a la caída de Jerusalén. Notemos estos sucesos familiares:

1. “Porque vendrán muchos en mi Nombre, diciendo: Yo soy el Cristo, y a muchos engañarán” (5. Mateo 24:5).

2. “Oiréis guerras y rumores de guerras. ¡Cuidado! No os alarméis” (vers 6).

3. “Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino. Y habrá pestes, hambres y terremotos en diversos lugares [poco comunes]” (vers. 7).

4. “Y muchos tropezarán, y se entregarán, y se odiarán unos a otros” (vers. 10).

5. “Se levantarán muchos falsos profetas, y engañarán a muchos” (vers. 11).

6. “Y por el aumento de la maldad, el amor de la mayoría se enfriará” (vers. 12).

Sin embargo, no debemos ignorar la breve advertencia que Jesús incluyó para animarnos: “Pero el que persevere hasta el fin, ése será salvo” (vers. 13).

Precisamente, cuando estamos más interesados, es cuando Jesús aprovecha para decirnos que debemos “leer” y “entender” esta parte del libro de Daniel, que describe los sucesos de los últimos días.

¿Por qué es tan importante para nosotros comprender ahora el mensaje de Daniel? Hablando de estos tiempos finales del mundo, el profeta inspirado nos dice: “Entonces los sabios resplandecerán como el fulgor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad” (Daniel 12:3).

No dice que debemos tener una educación elevada, o ser ricos o famosos. La persona más sencilla del mundo puede “brillar” en el cielo, como Orión en una noche oscura, si tan sólo es “sabia”.

Para comenzar, no necesitamos ser sabios. Lo único que tenemos que hacer es venir con toda nuestra ignorancia para aprender del Señor: “La explicación de tus Palabras ilumina, da inteligencia a los sencillos” (Salmos 119:130).

Hay siete palabras en Daniel 2:43 que son más poderosas que todos los ejércitos. Es allí que el Señor mostró a Daniel que los países de Europa, que antiguamente eran parte del Imperio Romano “no se unirán el uno con el otro, así como el hierro no se mezcla con la arcilla”. Posiblemente pocos de nuestros lectores recuerdan al tirano Adolfo Hitler, que durante los días oscuros de la Segunda Guerra Mundial trató de unir a todos los países de Europa y formar con ellos un gran imperio nazi. Primero, sólo Inglaterra se le opuso. Después, con la ayuda de los Estados Unidos y otras naciones, Hitler sufrió una derrota ignominiosa. Es posible que menos todavía de nuestros lectores se acuerden de los días

oscuros del káiser Guillermo III, durante la Primera Guerra Mundial, el cual trató de unir a Europa bajo el poderío alemán.

Pero estos hombres ambiciosos son tan sólo dos “modernos” que intentaron hacer lo que la Biblia dice que no sucederá. ¡También a Stalin le hubiese gustado unir Europa bajo su bandera! Además, hubo otros anteriores que también trataron de hacerlo, sin éxito: En el siglo IX, Carlomagno, emperador del llamado Sacro imperio Romano Germánico. En el siglo XVII, el rey Felipe II de España cuando su armada —la Armada Invencible— fue destruida por una tormenta providencial que azotó las costas de Inglaterra. Y en los primeros años del siglo XIX, el intento del gran Napoleón también fracasó. Todos fueron conquistados por estas palabras del profeta Daniel: “No se unirán el uno con el otro, así como el hierro no se mezcla con la arcilla”.

Ahora, ante nuestros ojos, se está haciendo otro gran intento para demostrar que el hombre tiene más sabiduría que Dios. Los “euros” cuyas monedas suenan en los bolsillos de los habitantes de Europa, les hacen abrigar la esperanza de que los fragmentados países

Europeos, tan llenos de diferencias mutuas, lleguen a unirse como las trece rebeldes colonias norteamericanas se sacudieron el yugo colonial de Inglaterra, convirtiéndose en los Estados Unidos de Norteamérica.

Dios nunca predijo que esas trece colonias inglesas, recién liberadas del yugo británico, no se “unirían una con la otra” después de su victoria y tratado de 1789. Por el contrario, Dios predijo que cuando esas colonias “recién salidas del cascarón” lograran su independencia, crecerían maravillosamente hasta convertirse en la nación más grande del mundo. El relato está en el libro compañero de Daniel, que Jesús también nos anima a leer hoy. “Dichoso el que lee las palabras de esta profecía, y dichosos los que la oyen, y guardan lo que está escrito en ella, porque el tiempo está cerca” (Apocalipsis 1:3).

Apocalipsis 13 predice que los Estados Unidos surgirían de la debilidad de las 13 colonias, para convertirse en la poderosa realidad de los 50 estados que conocemos hoy. El relato comienza con el fin de los 1.260 años de la Edad Oscura, ocurrido en 1798. El extenso poder político del papado terminó ese año. El martirio de los cristianos encarcelados y ejecutados

por el papado terminó poco después del terrible terremoto de Lisboa (1755 d.C.), seguido por el gran “día oscuro” de 1780, que Jesús predijo. El profeta Juan vio que poco después de esos acontecimientos, sucedería lo siguiente: “Después vi otra bestia [nación] que subía de la tierra. Tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, pero hablaba como un dragón” (Apocalipsis 13:11). La expresión “subía de la tierra” indica lo contrario de las otras bestias de Daniel, las cuales “salían del mar”, esto es de las grandes multitudes de las que surgieron los imperios de Babilonia, Medo- Persia, Grecia y Roma. Al decir que esa nueva nación iba a surgir “de la tierra”, se refería a un área mayormente deshabitada, lo cual describe con claridad las grandes extensiones de la América del Norte, donde las 13 colonias se arraigaron y crecieron hasta formar una gran nación que abarca del Atlántico al Pacífico. (Más tarde Juan, el apóstol inspirado, vio la misma nación que había comenzado mansa y humilde como “un cordero”, cambiar su carácter y hablar “como un dragón. Esto lo vamos a estudiar en otra oportunidad.)

Los europeos de hoy no deberían perder su tiempo en contemplar anhelosos la maravillosa unión de los 50 territorios que forman los Estados Unidos de Norteamérica, con la esperanza de poder hacer lo mismo con sus estados desunidos de Europa. Porque Dios dijo que mientras durara el tiempo, Europa debía servir de lección a todo el mundo para comprender la profecía bíblica. Daniel dijo que este “conocimiento”, que por lo reciente el mundo todavía no ha tenido tiempo de recibirlo, debe proclamarse por todos lados: “Muchos correrán de aquí para allá [en su estudio del libro de Daniel], y la ciencia aumentará”. ¡Tú y yo no queremos perdernos esta maravillosa bendición! “Se levantará Miguel [el Señor Jesucristo mismo como “Rey de reyes y Señor de señores”], el gran Príncipe que protege a tu pueblo [a todos los que creen que Jesús es el Señor de sus vidas]” (Daniel 12:1-4). Jesús también habla acerca de ese tiempo: “Y este evangelio del reino será predicado en todo el mundo, por testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin” (S. Mateo 24:14). Más tarde en su libro, Juan el revelador describe esta época maravillosa:

“Después de eso vi a otro ángel descender del cielo con gran poder, y la tierra fue iluminada con su gloria. Y clamé con potente voz: ‘¡Ha caído, ha caído la gran Babilonia! . . . Porque todas las naciones han bebido del vino del furor de su fornicación. Los reyes de la tierra han fornicado con ella, y los mercaderes de la tierra se han enriquecido con su excesiva lujuria’” (Apocalipsis 18:1-3). ¡No se requiere mucha imaginación para ver cuán perfectamente esta profecía se identifica con la realidad que vive el mundo de hoy!

Notemos la verdad que aquí se revela: aunque existe mucha maldad en el mundo, y “Babilonia ha caído”, Dios todavía ama tanto al mundo que nos da a su Hijo unigénito. No para que lo crucifiquemos de nuevo, sino para que obre en toda alma que le pida salvación, y que aprecie lo que Cristo hizo al morir por nosotros.

Amigo, amiga de La Voz, ¿eres tú uno de ellos?

LA VOZ DE LA ESPERANZA

Derechos reservados

Daniel redescubierto.

El libro de Daniel contiene verdades trascendentales. Dios quiere que el mundo las entienda, Y Jesús, al mandar a sus discípulos que (1) leyeran y (2) comprendieran el libro de Daniel, se estaba dirigiendo también a nosotros, como leemos en S. Mateo 24:15. El apóstol Pablo concuerda en que lo que Jesús y los antiguos profetas dijeron son cosas que “fueron escritas para advertir a los que han llegado al fin de los siglos” (1 Corintios 10:11). Llegamos, pues, a la conclusión de que toda la Biblia ha sido escrita para nosotros, pero Daniel es importante porque el Hijo de Dios le puso atención especial. En el capítulo 12, versículo 4, el santo mensajero le dijo al profeta inspirado: “Pero tú, Daniel, cierra las palabras y sella el libro HASTA EL TIEMPO DEL FIN. Muchos correrán de aquí para allá, y la ciencia aumentará”. No nos equivoquemos al leer este importante versículo: el ángel no le dijo al profeta que cerrara las palabras para siempre. Algunos adoptan esta manera de pensar y cierran el libro. No fue eso lo que dijo el ángel. La expresión fue, “sella” el libro, pero sólo “hasta el tiempo del fin “.

Entonces iba a ser abierto, y “muchos” correrían “de aquí para allá” exponiendo las verdades que hay enterradas en él, las cuales Dios ha colocado allí especialmente para nuestro tiempo.

En el mismo capítulo el ángel agregó: “Ninguno de los impíos entenderá. Pero los sabios entenderán” (vers. 10). Tú y yo, amigo, amiga de La Voz, debemos contarnos entre esos “sabios” que “entenderán”. A eso se refiere este mensaje.

Millones de personas buenas y sinceras, contemplan el mundo y ven todo el dolor y la maldad que hay, y se hacen la siguiente pregunta: “Por qué no se despierta Dios y juzga la tierra por toda esta maldad? ¿No juzgó al mundo por su maldad en los días de Noé, cuando la tierra “estaba llena de violencia”? ¿No mandó entonces el diluvio como un juicio suyo? ¿Qué sucede hoy?”

La respuesta es que Dios está perfectamente despierto, y Apocalipsis 14:6, 7 dice que vivimos hoy mismo en “la hora de su juicio”. Lo que dice el libro del Apocalipsis se basa en lo que dice el libro de Daniel; y lo tan trascendental que dice Daniel es que estamos viviendo ahora en el día del juicio para el mundo,

porque el Señor dice que el juicio final vendrá sobre los seres humanos mientras estén ocupados pensando en otras cosas. Nunca antes ha habido una época como la actual. Este es el tiempo justamente anterior a la segunda venida de Cristo, la época precisa a la cual el apóstol Pablo se refirió al decir: “Esto ten en cuenta, que en los últimos días vendrán tiempos peligrosos” (2 Timoteo 3:1). Es el tiempo en el cual “se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el aliento de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida. La aparición de ese inicuo es obra de Satanás, con gran poder, señales y prodigios mentirosos, y con todo tipo de maldad, que engaña a los que se pierden” (2 Tesalonicenses 2:8, 9). La clave para entender qué hay detrás de toda esta agitación y confusión que aflige al mundo es recordar que vivimos en el Día de la Expiación, un “día” como ningún otro en la historia del mundo. Daniel lo describe en su capítulo 8. Allí el ángel le explica a Daniel acerca de la gran controversia que se desarrolla entre Cristo y Satanás, especialmente la guerra que “el cuerno pequeño” entabla contra Cristo, quien actúa desempeñando el papel de Sumo Sacerdote del mundo en el santuario

celestial. Y el ángel le dijo a Daniel que este “cuerno pequeño” “echó por tierra la verdad, y prosperó en todo lo que hizo” (Daniel 8:12).

Por supuesto que esta noticia afectó profundamente a Daniel. El profeta esperaba que el Mesías viniera y restaurara a Israel, e inaugurara un cielo aquí en la tierra. No soñaba siquiera que después de la venida del Mesías a salvar el mundo, Satanás continuaría la “gran controversia” contra Cristo, y haría que muchos de sus seguidores cayeran en la gran apostasía que constituye Babilonia.

El resultado que vemos es lo que Satanás quería que sucediera. La “apostasía” predicha ha llegado. Es el “cuerno pequeño” que el ángel le mencionó a Daniel. Pero ni un solo ser humano tiene por qué confundirse o ser engañado. Dios nos ha dado los libros de Daniel y el Apocalipsis para protegernos.

También en el capítulo 8, el ángel le dijo a Daniel que los mismos ángeles del cielo se preguntan por qué debe permitirse que suceda toda esta maldad. Uno de ellos le pregunta a Dios (para beneficio de Daniel) “¿hasta cuándo durará” la “prevaricación asoladora?” Y la respuesta ha capturado la amorosa devoción de

millones de creyentes alrededor del mundo: “Hasta 2.300 días de tardes y mañanas. Entonces el santuario será purificado” (Daniel 8:14). ¿Qué quería decir el ángel? Esta declaración es como una nuez de cáscara dura, pero que cuando se la parte, aparece su sabroso contenido. El trasfondo de este anuncio trascendental es la realidad de los servicios del santuario hebreo, que Daniel comprendía muy bien. Nosotros también necesitamos entenderlos. Cada cordero que se ofrecía en el santuario levítico tipificaba a Cristo, el Cordero de Dios, y de su sacrificio en la cruz. No hay sangre de cordero alguno que haya servido para perdonar ni el más mínimo pecado, “porque la sangre de los toros y los machos cabríos no puede quitar los pecados” (Hebreos 10:4). Los sacrificios sangrientos apuntaban a Jesús, el verdadero “Cordero de Dios”.

Tampoco podía salvar a nadie el sumo sacerdote que ministraba en el santuario terrenal. Sólo servía como tipo de Cristo, que es nuestro verdadero Sumo Sacerdote. El sacerdote terrenal solamente lo prefiguraba. Ministraba en el primer apartamento del santuario levítico (o del templo de David) a través de todo el año,

siete días por semana, hasta cierto día, el único del año en que entraba al segundo apartamento. Ese día especial era conocido como “el día de la expiación”, el día de la purificación del santuario. Para el pueblo de Israel (y aun para los judíos de hoy), era una miniatura del día del juicio final. Era el día más sagrado del antiguo Israel.

Durante su ministerio de todo el año en el primer apartamento, el sacerdote perdonaba pecados y la gente se iba a casa feliz; pero durante el ministerio del día especial en el segundo apartamento, el sacerdote quitaba figurativamente los pecados acumulados en el santuario durante todo el año, y los borraba para siempre. Ese día se llamaba el “día de la expiación” porque era el día cuando, en figura, el corazón del pueblo quedaba por fin unido con Dios. ¡Ya no había en todo Israel nadie en cuyo corazón perdurara el pecado o la enemistad contra Dios! Era un símbolo del día del juicio final.

Lo más importante es que ese día especial proveía un cuadro simplificado de lo que nuestro gran Sumo Sacerdote está haciendo hoy en este Día de la Expiación antitípico, final, en el santuario celestial, ¡el día del juicio final para todo el mundo!

Esta es la clave que desentraña los misterios de la historia actual. La obra que Cristo está realizando hoy en su oficio de gran Sumo Sacerdote del mundo entero, es su obra final. Amigo, amiga de La Voz, es de vital importancia para ti, parata familia y todos tus conocidos.

En ese día típico final de la expiación en el antiguo Israel, si alguien era descuidado y no se arrepentía humillando su corazón ante el Dios de Israel, se lo “cortaba” de su pueblo, es decir, dejaba de tener participación alguna en la vida del pueblo. Con referencia a ese día terrenal de expiación, se nos dice: “En el mes séptimo, a los diez del mes, afligiréis vuestras almas, y ninguna obra haréis porque en este día se os reconciliará para limpiaros; y seréis limpios de todos vuestros pecados delante de Jehová y afligiréis vuestras almas” (Levítico 16:29-31). “Porque toda persona que no se afligiere en este mismo día, será cortada de sus pueblos” (23:29; aquí es donde aparece el “juicio”).

Quizás alguien se pregunte: “¡Pero esto sucedía hace mucho tiempo! ¿Qué tiene que ver con nosotros hoy?” ¡La respuesta es que tiene todo que ver con

nosotros! Vimos anteriormente que el ángel le dijo a Daniel que el “cuerno pequeño” y su rebelión contra Dios y su pueblo no durarían para siempre. Esas fueron “buenas nuevas” para él. Cuando el ángel dijo: “Hasta 2.300 días de tardes y mañanas. Entonces el santuario será purificado”, se refería al santuario celestial, no al humilde y simple santuario terrenal que había sido destruido tiempo atrás. Aquí se trata del gran santuario, el verdadero, en el cual Cristo comenzó su ministerio como Sumo Sacerdote cuando ascendió al cielo después del Día de Pentecostés. Los discípulos lo vieron subir, y oyeron a los ángeles decir que “volverá del mismo modo en que lo habéis visto ir al cielo” (Hechos 1:11). Así comenzó Jesús su obra en el primer departamento del santuario celestial. Pero ahora el ángel le describe a Daniel qué sucederá cuando sea purificado el santuario celestial. Nos hallamos hoy en el gran día cósmico de la expiación, la realidad final de la cual los ritos terrenales eran sólo figura. Debemos comprender esto, porque el santuario terrenal ha sido destruido, y ya no existe. ¡Jesucristo está ahora reconciliando con Dios y su justicia a

muchos corazones que se hallaban separados de él! Su obra es completa y final; se está desarrollando en todo el mundo. Es por medio del Espíritu Santo que se realiza esta gran tarea.

La obra del verdadero Espíritu Santo se desarrolla en los corazones de los individuos, para librarlos de la esclavitud del pecado. El cambia los corazones. Libra a los ladrones de sus tendencias a robar, a los mentirosos de sus engaños, a los adúlteros de su inmoralidad. Pone en los corazones amor en vez de odio, y los arrogantes se vuelven humildes. Todos estos preciosos frutos resultan cuando los corazones mundanos y pecaminosos se “reconcilian” con Dios por medio de la sangre del gran sacrificio de Cristo. Esta obra es la expiación, que unifica a los pecadores arrepentidos con su Dios, Amigo, amiga de La Voz, ¿eres tú uno de ellos?

LA VOZ DE LA ESPERANZA

Derechos reservados

El poder de la esperanza.

En cierta ocasión el anciano estadista alemán, Konrad Adenauer, refiriéndose a la organización de las Naciones Unidas, dijo: “Sería magistral que su espíritu estuviera constituido no por las inquietudes de los pueblos, sino por sus esperanzas”.

¡Cuánta razón tenía Adenauer para expresarse de esa manera! Si los pueblos del mundo en lugar de separarse por sus diferencias se unieran por sus esperanzas comunes, muy pronto desaparecerían los problemas entre las naciones de la tierra. Cuando la esperanza nos une no hay poder humano, por grande que sea, que pueda detener nuestra marcha hacia el bien y hacia la altura.

Las grandes transformaciones ocurridas a través de los siglos, fueron siempre el resultado de una gran esperanza que movilizó fuerzas y realizó imposibles. Poco antes de emprender su expedición contra los persas Alejandro Magno repartió entre sus amigos regalos de gran valor hasta quedarse prácticamente sin nada. Sorprendido, su amigo Perdicas, le preguntó: —¿Qué es lo que te reservas para ti?

—Para mí—contestó Alejandro—, me reservo la esperanza.

Y esa esperanza de Alejandro estableció el tercer imperio mundial: el de Grecia.

¿Qué fue lo que movió al gran Moisés del Antiguo Testamento, a ponerse a la cabeza de un pueblo y salir con él en busca de la tierra de promisión? ¿No fue la esperanza?

Cuando trasladamos esto al terreno personal tenemos que reconocer que si se carece de esperanza, la vida deja de ser vida. Todo es incertidumbre y oscuridad. Falta incentivo para la lucha. No hay estímulo que ponga en juego las fuerzas del espíritu y nos lleve a luchar como se debe luchar para poder vencer. Cuando no hay una esperanza, falta estabilidad. No hay nada a qué asirse, no hay nada que nos empuje hacia adelante, nada que nos decida a pasar por sobre los obstáculos. Carecemos de puerto al cual llegar, carecemos de meta, carecemos de finalidad.

En la esperanza están todas las posibilidades porque mira siempre hacia adelante. Lo que ya está hecho, lo que ya se ha realizado, dejó de ser un estímulo. Pero en la esperanza está la fuerza y el poder, porque en ella está el futuro.

Hace algún tiempo leíamos la siguiente nota: “Ante el puesto de una famosa florista en el bulevar Montparnasse, una niña de poca edad interroga a la novelista espiritual de las pequeñas ciudades provincianas, Madame Jane Ramel Cais: —¿Por qué un tulipán no cuesta más que dos francos y el bulbo de tulipán cinco? No es justo.

—Por el contrario, es muy justo. Porque con el bulbo compras una esperanza”.

Hermosa y acertada respuesta. En el bulbo estaba el futuro. De ahí su valor.

Amigo, amiga de La Voz, la esperanza es indispensable. El apóstol Pablo en el capítulo 9 de su primera Epístola a los Corintios, tiene una expresión que es todo un acierto. Dice; “Con esperanza ha de arar el que ara” (versículo 10). ¿De qué otra manera podría hacerlo el agricultor? Cuando rotura la tierra para dejar caer en ella la semilla de trigo, de maíz, de lino o cualquier otra, ¿no lo hace, acaso, porque espera ver esa semilla convertida en planta cargada de fruto sazonado? Y en las demás actividades de la vida, ¿no ocurre lo mismo? ¿No hace el hombre lo que hace confiando en lo que espera? Cuando deja

de esperar, carece ya de razón para vivir.

Que la esperanza le dé vigor a las alas de nuestro espíritu. Que sea capaz de levantarnos por sobre todo lo que es precedido para conducirnos, paso tras paso pero con toda seguridad, hacia arriba, hacia la cumbre donde está el bien, donde está Dios. Que muchas de las cosas que hoy atraen nuestro interés queden al lado del camino mientras seguimos hacia adelante empujados por la esperanza que nos convierte en peregrinos del bien.

La más grande de las esperanzas debe llenar nuestro corazón. Es la que da poder, la que da fe ante las pruebas de la vida. Es la que frente a la adversidad sostiene y fortifica. Nos referimos a la esperanza cristiana. No hay otra superior a ésta, porque lo abarca todo, lo comprende todo. Va más allá del presente y se prolonga hacia el porvenir, hasta más allá de esta vida. No hay cosa más triste y peligrosa que vivir, como dice el apóstol Pablo: “sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Efesios 2:12). Y vivimos sin esperanza cuando carecemos de Dios.

¡OH, cuánto la necesitamos! Debe haber esperanza frente a las rudezas de la vida, frente a los inevitables

problemas que se nos presentan: problemas de familia, problemas de enfermedad, frente a la angustiada pérdida de los seres queridos. Precisamente, en los momentos en que desafortunadamente todos tenemos que afrontar la desaparición de un ser amado, es cuando podemos comprender lo que vale la esperanza de la vida eterna.

Un matrimonio tenía una hija única que era todo para ellos. La querían como una verdadera madre y un verdadero padre sabe querer. Pero un día la niña, ya de seis años de edad, enfermó, y a pesar de los esfuerzos que se hicieron, una tarde triste cerró los ojos definitivamente. Los padres sentían el angustiante desgarramiento que significaba para ellos esa separación. Llegó por fin el momento de la última despedida. El padre, que carecía de fe en Dios, frente al féretro de su hijita, dijo: “Adiós, hija. Adiós para siempre”. Pero la madre, fiel creyente, acariciando la adorada cabecita, dijo: “Adiós, querida hijita. Dios te prestó a nosotros por unos pocos años, ¡cuánto se lo agradecemos! ¡Qué hermosa bendición has sido para nuestros pobres corazones! ¡Adiós,

volveré a verte más allá del ocaso y de la muerte!”
¡Bendita sea la esperanza de la vida futura! Quien la posee, es dueño de un tesoro más valioso que todo el oro de la tierra. Porque es una esperanza que ni siquiera la muerte puede destruir.

El profeta Zacarías nos llama “presos de esperanza” (Zacarías 9:12). ¡Cuán hermosa es esta expresión! Sentir- se uno preso dentro de su propia esperanza, es decir, definitivamente identificado con ella; sin poder separarse de ella. ¿No es acaso, precisamente eso, lo que ocurre con la esperanza cristiana? ¿No llega a formar parte indisoluble de nuestra vida? ¿No termina por llenar toda nuestra existencia y gobernar todos nuestros impulsos? En medio de las sombras, la esperanza es luz.

Se dice que durante la Segunda Guerra Mundial, un pesquero inglés fue hundido por un submarino. Los tripulantes del pesquero fueron lanzados al mar invernal, tremendamente frío. Todos fueron sucumbiendo, menos uno que permaneció adherido a una balsa durante 14 días y 14 noches. En aquella desesperante situación, al llegar las sombras de cada noche, se preguntaba angustiado:

“¿Volveré a ver el sol?”
Al fin del decimocuarto día, a punto de abandonar toda esperanza, en el instante en que el sol estaba hundiéndose en el horizonte, le pareció percibir la silueta de un barco acercándose más y más. Era un destructor británico. Habían visto al naufrago y venían a salvarlo. En el momento en que, ya sobre cubierta, aquel hombre perdía el conocimiento, le oyeron murmurar: “¿Volveré a ver el sol! ¿Volveré a ver el sol!”

Amigo, amiga de La Voz, no importa las pruebas por las cuales estemos pasando. Si hay esperanza en nosotros, también diremos: “¿Volveré a ver el sol!”

De cuantas esperanzas pueda alentar el corazón, hay una que debe ser la primera. De ella habla el apóstol Pablo cuando escribe a Tito. Dice así: “Esperando aquella esperanza bienaventurada, y la manifestación gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo” (Tito 2:13).

La esperanza bienaventurada consiste en desear el retorno de nuestro Señor Jesucristo que, como lo ha prometido, volverá a esta tierra para librarnos de nuestras dificultades y para darnos la felicidad que hoy buscamos

vanamente en las cosas que nos rodean.

Que Cristo sea en nosotros la esperanza de gloria. Tengamos ánimo, tengamos esperanza.

Decía el poeta Valderés:

Si en la incesante lucha de la vida, tu ánimo sufre y muere tu ilusión ¡no demuestres al mundo tu alma herida! ¡Arriba, más arriba, corazón!

Busca en ti mismo aquella luz potente, la que da fortaleza, fe y valor, es la esperanza, corazón valiente, la que te hará ante el mundo vencedor.

No abandones la lid, sigue el combate, y aunque sientas hastío y desazón, aunque su furia el temporal desate espera, espera siempre, corazón.

Espera, espera siempre, que el sol brilla iluminando todo en derredor, hasta a la más humilde florecilla, de un rayo de su luz llega el calor.

Y alza tus miradas al futuro, luchando con firmeza y con tesón, si esperas triunfarás, te lo aseguro, pero jamás te rindas, corazón.

—Canto de esperanza

LA VOZ DE LA
ESPERANZA

Derechos reservados

Pequeñas causas, grandes efectos.

En el escenario del teatro el actor interpreta su papel admirablemente. Lo ha estudiado con cuidado, se ha venido preparando para esa presentación a través de muchas horas y de muchos días. Conoce a fondo la parte del libreto que le corresponde, ha repasado la entonación de la voz para cada una de sus partes y los gestos que deben acompañarla. En determinadas partes ríe, en otras lloras. En fin, en ese momento es el personaje que encarna. Pero el personaje que representa no constituye en manera alguna la personalidad del actor, la cual se halla oculta detrás de su representación.

Algo que se parece mucho a esto, es lo que ocurre en el caso del hombre que sabe que ha de ser juzgado por los actos importantes de su vida y se prepara para ellos a fin de que el juicio de los demás le sea favorable. Para la realización de esos grandes actos se prepara de la mejor manera posible. Como el actor, con frecuencia estudia su escenario, su público, y determina la manera de su interpretación. El hombre, al actuar en esas ocasiones importantes busca promover el mejor juicio posible. Pero eso no significa, de ninguna

manera, que esos hechos señalen lo que es él mismo.

Los biógrafos al estudiar y reactualizar la vida de los personajes connotados del pasado, tratan de presentar el mejor cuadro posible de ellos y se esmeran en subrayar sus actuaciones

sobresalientes. Muy

pocas veces se ocupan del verdadero individuo, del que es cuando no está en el escenario de la vida actuando en busca de un buen juicio. A veces, hasta disimulan el verdadero carácter del biografiado tratando, por el contrario, de subrayar al hombre del “escenario”. Pasan por alto muchas de las cosas que, de ser expuestas, echarían por tierra al héroe que tratan de exaltar.

El hombre es lo que son los pequeños actos de su vida que parecen no tener importancia. Es lo que son las pequeñas acciones para las cuales no se prepara pues no espera ser juzgado por ellas. Repetimos: el hombre es lo que son las pequeñas cosas de su existencia. El hombre es lo que sea su carácter. Pero, aquí volvemos otra vez a lo mismo: el carácter es la suma de todos sus hábitos, de esa infinidad de pequeñas maneras y formas de reaccionar y actuar bajo determinadas circunstancias.

Y si el carácter del individuo tiene grietas, si algunos de esos hábitos son de calidad inferior, todo el edificio está en peligro. Esa persona podrá brillar muchísimo por más de una virtud, pero el valor de su carácter no será superior al del más pobre de sus actos. Alguien ha dicho que “en las cosas triviales y cuando está desprevenido, es cuando el hombre pone de manifiesto su carácter”.

Todo esto revela la gran importancia que tienen las cosas pequeñas en la vida de cualquier persona. El ejército está constituido por la suma de sus soldados. Las montañas se forman por pequeñísimas partículas de granito.

Algunos historiadores afirman que Napoleón hubiera vencido en Waterloo si no hubiera sido por un pequeño dolor de estómago que le impidió actuar con la lucidez acostumbrada. Otros dicen que fue derrotado debido a una leve lluvia que estorbó los movimientos de su ejército. De cualquier manera, se trata de cosas pequeñas que produjeron resultados trascendentes. También se dice que en una ocasión el graznido de unos gansos salvó a Roma.

En cierta ciudad europea el reloj de la catedral repentinamente dejó de

dar las campanadas a las horas acostumbradas. En aquella tranquila población ese hecho provocó el asombro y la excitación de todos. Nunca había ocurrido cosa semejante. Ni siquiera los más ancianos recordaban que ese reloj hubiera dejado jamás de dar sus campanadas regularmente.

El encargado de la torre subió a ella y revisé el reloj sin encontrar la causa por la cual estaba silencioso. Después se llamó al relojero más experto de la ciudad que, a su vez, revisé el mecanismo del reloj. Todo estaba bien, no había ningún problema aparente, salvo que en uno de los puntos vitales del mecanismo halló el cuerpecillo deshecho de una mariposa. Lo quitó, limpió bien el lugar donde había estado el insecto, y el reloj recuperó su voz. A la hora en que correspondía hacerlo sus campanadas volvieron a oírse.

En cierta ocasión, mientras subíamos una prolongada cuesta, el vehículo en que nos transportábamos comenzó a echar humo en forma alarmante. Fue necesario salir de él ante el peligro de que se produjera un incendio. Cuando por fin se hizo una revisión en busca de la causa, se encontró que se trataba de un corto circuito. Dos

cables pequeñísimos, casi insignificantes, al rozarse, provocaron toda aquella dificultad.’

En el aspecto moral y espiritual de la vida ocurre con frecuencia exactamente lo mismo. Una cosa muy pequeña provoca enormes dificultades. Ya decía el sabio Salomón en el capítulo 2 de los Cantares: “Cazadme las zorras, las zorras pequeñas, que echan a perder las viñas” (versículo 15).

Aparte de cualquier otra significación que estas palabras puedan tener, no deja de ser verdad la afirmación de que son las zorras pequeñas las que echan a perder las viñas. Las grandes no pueden colarse por entre los pequeños huecos para destruir los viñedos. Así, pasa en nuestro carácter que, como ya dijimos, está constituido por la suma de nuestros hábitos: son las pequeñas cosas las que a veces provocan su derrumbe. Los malos hábitos son como los eslabones débiles o agrietados de una cadena. Y tengamos en cuenta que la cadena no es más fuerte que el más débil de sus eslabones. El ser humano podrá tener muchas virtudes, muchas cosas buenas, pero quedan afeadas y se debilitan por cualquier pequeño hábito que rebaje la personalidad.

Debemos ser muy cuidados en las cosas que parecen no tener importancia. Como las percibimos insignificantes, no les prestamos atención y les permitimos que existan junto a las demás en nuestro carácter. Y mientras existan, todo el edificio será débil. Decía Jesús: “El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel: y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto” (S. Lucas 16:10). Creer en Dios podría considerarse como un hecho importante y fundamental en la vida. Pero si esa creencia no se demuestra en los grandes y también en los pequeños deberes que impone la fe, ¿de qué sirve creer que hay un Dios? Cuando decimos que creemos en él, y en nuestros hábitos, en nuestros pensamientos, en nuestras obras, aún en las más pequeñas, actuamos de acuerdo con esa creencia, entonces sí hay en nosotros fortaleza y solidez. Cuántas veces, amistades de muchos años se han roto debido a insignificancias. Una pequeña desconfianza, una indiscreción leve, una palabra, una sola que no debió pronunciarse y la confianza quedó destruida, a veces, para siempre. Hemos mencionado que una sola

palabra puede destruir una amistad. En verdad, en las palabras es donde debemos ser muy cuidadosos, porque es muy fácil que se deslicen cosas que no debemos decir, cosas pequeñas, aparentemente sin importancia, pero que hacen muchísimo mal.

Un lugar en donde las palabras suelen hacer un mal inmenso porque allí no se les pone freno, pues se supone que no hay razón para no decir lo que se piensa, es el hogar. Muchos hombres creen que si se trata de su esposa, pueden decirle lo que se les ocurra, sin control de ninguna clase. Y hay mujeres que piensan en la misma forma en lo que se refiere a sus esposos. Y se pronuncian palabras incontroladas que una vez dichas no se pueden retirar. Cuidemos de las cosas pequeñas dentro y fuera del hogar.

No permitamos ninguna grieta en nuestro carácter, ningún pequeño defecto, ninguna debilidad que vaya socavando nuestra fortaleza, porque ya dijimos que las pequeñas cosas pueden producir grandes efectos. Seamos cuidadosos en nuestra relación con Dios y con nuestro prójimo. Vivamos de tal manera que él pueda bendecirnos y darnos fortaleza para alejar de nosotros todos los males grandes y

pequeños que puedan
estorbar nuestra
comuni3n con el
Alt3simo.

Digamos al Se1or con
Claudio Guti3rrez Mar3n:

¡OH Cristo! ¡Es tan dif3cil
el ser como t3 fuiste!

¡Habita en nuestras almas
un orgullo tan triste, tan

opuesto al ejemplo de
humildad que t3 ofreces!

¡Condenamos tan pronto!
¡Juzgamos tantas veces!

Si quien medite apenas un
instante en su vida sobre

tu amor y el suyo, ha de
ser una herida insondable

en su esp3ritu cuajado de
esperanzas, ¿o tal vez son

sus obras como tus
ense1anzas?

En verdad, ¿qu3en
practica fielmente tu

doctrina? ¿Qu3en al sentir
el vivo dolor de horrible

espina, puesta por
enemigo bajo su planta,

siente ansia de perdonar,
y olvidando rencores en

pago del mal hecho
devuelve s3lo amores?

¿Qu3en ante ti, Dios m3o,
se atreve a alzar la frente?

—Meditaci3n

LA VOZ DE LA
ESPERANZA

Derechos reservados

Cristo o Barrab3s.

Barrab3s surge del fondo
de una c3rcel para
intervenir como factor
importante en el proceso,
lleno de anormalidades,
que se le sigui3 a Jes3s de
Nazaret, y que termin3
con la muerte en la cruz
del Hijo de Dios. Claro
est3, a ese proceso no
pod3a pedirle justicia,
puesto que los acusadores
no buscaban el
esclarecimiento de
ninguna verdad, sino que
se condenara al Nazareno,
costara lo que costase.
Por su parte el juez,
Pilato, contra su propia
conciencia, sacrific3 la
verdad a fin de conservar
su posici3n pol3tica. La
justicia fue pisoteada sin
miramientos de ninguna
clase.

Y en el momento cr3tico,
en el instante preciso en
que el juez ten3a que
tomar una determinaci3n
porque se hallaba entre la
espada y la pared, crey3
encontrar en Barrab3s la
soluci3n de su problema.
Todos conoc3an su
nombre. Sin duda Pilato
pens3: “Por nada del
mundo querr3n volver a
verlo libre. Entre uno y
otro a quien deben temer
es a Barrab3s y no a
Jes3s. Esta es la forma de
poner en libertad al
Nazareno”.

¡Qu3 equivocado estaba!

¡Se ve que todav3a no
hab3a comprendido cu3n

hondo era el
resentimiento de los

perseguidores del
Maestro y cu3n decididos
estaban a terminar con 3l!

¿Qu3en era Barrab3s? ¿Se

trataba de un criminal
vulgar, tosco y rudo? No,

es posible que no. El
nombre Barrab3s

significa “hijo del padre”.

Hab3a pretendido tener
calidad divina, es decir,

hab3a pretendido ser el
Mes3as, y como tal hab3a

reclamado autoridad.
Hab3a tenido sus

seguidores y hasta hab3a
provocado un

levantamiento armado
contra Roma. Un hombre

com3n y corriente
dif3cilmente podr3a haber

hecho todo esto.
Barrab3s hab3a buscado

su propio
encumbramiento sin

importarle los medios a
que recurr3a para

conseguir toda clase de
ventajas. En otras

palabras: su pretendido
mesianismo hab3a sido

nada m3s que un medio
del cual se hab3a valido

para conseguir beneficios
personales. Durante el

juicio de Jes3s, Barrab3s
estaba en la c3rcel

condenado ya a muerte.
As3 que, cuando Pilato

pregunt3: “Cu3l de los
dos quer3is que os

suelte?” (S. Mateo 27:2
1), lo que en realidad

quer3a decir era: “Aqu3
ten3is dos Mes3as, elegid

al que quer3is seguir. Uno
es inocente, el otro,

Barrab3s, es un peligro
p3blico. Elegid al que

queréis que se le dé libertad”.

Pero la elección ya estaba hecha. Estaban dispuestos a pedir la libertad de Barrabás, que tenía las manos y la conciencia manchadas de robo y de sangre. Para Jesús pidieron la cruz.

¡Terrible elección! Frente a ellos se puso el bien y el mal, Dios y el diablo, la salvación y la perdición. Y deliberadamente sacrificaron el bien y la verdad y entregaron a la muerte al Mesías enviado por Dios.

La prerrogativa de elegir entre el bien y el mal, entre Cristo y Barrabás, ha sido privilegio del ser humano desde el mismo principio.

¡Y cuántos han equivocado el camino!
¡Cuántos se han desentendido del Nazareno para seguir el rumbo que le marcan sus debilidades y pasiones!
¡Cuántos siguen hoy absorbidos por sus intereses materiales con un total olvido de su alma y de su conciencia!
¡Cuántos, pero cuántos, volvemos a crucificar a Cristo en nuestra experiencia, elegimos mal y nos ponemos del lado de Barrabás!

El profeta Jeremías, con palabras que constituyen toda una amonestación para nosotros, nos dice:

“Paraos en los caminos, y mirad, y preguntad por las sendas antiguas, cuál sea

el buen camino, y andad por él, y hallaréis descanso para vuestras almas” (Jeremías 6: 16)

¿No es eso precisamente lo que todos necesitamos: descanso para nuestra alma? ¿No sentimos, con frecuencia, que la vida pesa abrumadoramente sobre nosotros? ¿No se nos hace difícil esta marcha por un camino sembrado de abrojos y de piedras?

Tal vez hemos equivocado la ruta y nos conviene escuchar el consejo del profeta que nos llama, en primer lugar, a detenernos: “Paraos”, dice. Y luego agrega: “Mirad”. Es decir, considera cuidadosamente tu situación. ¿Has decidido de acuerdo con tus propias inclinaciones? Has determinado tu propio camino, y, ¡mira lo que ha resultado! ¿Crees que podrás seguir en la misma dirección durante mucho tiempo más? Y en todo caso, ¿cuál es el fin del camino que llevas? ¿En dónde termina? ¿A qué lugar te conduce?

Si por nosotros mismos no podemos resolver nuestro problema, entonces preguntemos. Pero preguntar, ¿a quién? Pues preguntar a la única fuente de información verdadera, esto es, preguntar a Dios, cuya respuesta está ya en su Sagrada Palabra, que debe ser la base de

nuestra confianza y de nuestra fe.

¿Seguiremos tras cualquier Barrabás moderno?

¿Continuaremos buscando el placer fácil y transitorio que deja un sabor tan amargo en el paladar? Después de cualquiera de esas que llamamos a veces fiestas, en las que creemos divertirnos tan intensamente, ¿qué sensación de vacío, de soledad y de tristeza dejan en nosotros una vez que pasan! ¿No es cierto? ¿Seguiremos también hoy a cualquier desenterrador de sistemas cien veces fracasados? ¿Seguiremos a filosofastros que pretenden disponer de todas las soluciones? ¿Seguiremos a falsos Mesías —nuevos Barrabases—, vestidos de siglo XXI, cargados de pretensiones y de pseudo ciencia? Si lo hacemos, ¿no estaremos con ello reclamando de nuevo la crucifixión de nuestro Señor Jesucristo, y pidiendo que se ponga en libertad a Barrabás? No caigamos en esa equivocación.

Prestemos atención a las palabras con las que el apóstol Pablo cita al salmista, y que dicen así: “Por lo cual, como dice el Espíritu Santo: Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones” (Hebreos 3:7).

He aquí el consejo: No endurezcáis el corazón. En los días del Imperio Romano, cuando Nerón estaba empeñado en exterminar a los cristianos, se dice que tenía un grupo de gladiadores escogidos entre los hombres más hábiles y fuertes del imperio. En el gran anfiteatro habían luchado y vencido siempre para honrar a su emperador. Antes de cada combate se les concedía el honor de colocarse ante el trono y luego marchaban a la pelea cantando: “Nosotros los gladiadores combatimos por ti, OH emperador, para ganar por ti y para ti la corona de victoria”. Cuando el ejército romano fue enviado a luchar en las lejanas Galias, no hubo soldados más valientes y leales que el grupo de gladiadores que estaban bajo el mando del centurión Vespasiano. Pero un día se notificó a Nerón que muchos de ese grupo habían aceptado el cristianismo. Y recuérdese que en aquellos días ser cristiano significaba la muerte hasta para los mejores servidores del emperador. Así pues, el centurión Vespasiano recibió de Nerón el siguiente despacho: “Si entre los gladiadores hay cristianos, éstos deben morir”.

Era pleno invierno cuando esa orden llegó. El centurión y sus gladiadores estaban acampados a orillas de un lago congelado. Era un invierno muy crudo. Vespasiano leyó el mensaje del emperador con verdadera pena, pues apreciaba de verdad a sus hombres. Pero era soldado y debía cumplir con su deber. Llamó a los gladiadores quienes formaron filas ante él. Entonces les dijo: “Si entre vosotros hay algunos que han aceptado la fe cristiana, den un paso al frente”. Sin vacilar, cuarenta hombres se adelantaron. El centurión quedó sorprendido. No esperaba que fueran tantos. A continuación les dijo: —Tengo un decreto del emperador que me ordena dar muerte a los que sean cristianos. Por vuestra patria, por vuestros camaradas, por vuestros amados, renunciad a esa fe. Pero ninguno se movió. Les dio tiempo hasta la puesta del sol para decidirse. Cuando más tarde ese día hizo la misma pregunta, de nuevo los cuarenta hombres se adelantaron. Vespasiano volvió a rogarles encarecidamente que abandonaran su fe. No quería que murieran. Pero ninguno negó a su Salvador. Insistió sin resultado. Por fin, con

profunda pena les dijo: — El decreto del emperador debe ser obedecido, pero no quiero obligar a nadie a dar muerte a sus compañeros. Por lo tanto, os ordeno salir de aquí, ir al centro del lago helado y allí moriréis del frío. Si alguno decide abandonar el cristianismo, vuelva aquí, donde encontrará calor y alimento. Los cuarenta hombres sin decir una palabra se alejaron en silencio en columnas de a cuatro. Fueron hacia el frío, el hielo y la muerte. Mientras se alejaban, comenzaron a cantar: “Cuarenta gladiadores luchamos por ti, oh Cristo, para ganar por ti y para ti, la corona de victoria”. A través de las largas horas de la noche Vespasiano, sin poder dormir, permaneció sentado junto al fuego esperando que los gladiadores, habiendo renunciado a su fe, volvieran a unirse al grupo de sus compañeros. Pero ninguno volvió. Continuamente se oía el canto: “Cuarenta gladiadores luchamos por ti, OH Cristo, para ganar por ti y para ti la corona de victoria”. Vespasiano estaba profundamente impresionado. Antes de que amaneciera, sin embargo, vio acercarse lentamente a uno de los hombres. Se aproximó al fuego y pidió alimento.

Había renunciado a su fe. No había sido capaz de soportar la prueba. El canto de los gladiadores había cesado. Sin embargo, un poco más tarde se reinició: “Treinta y nueve gladiadores luchamos por ti, OH Cristo”. Escuchando el canto que venía del lago helado, Vespasiano sintió algo muy grande dentro de sí, y de pronto, lentamente, se despojó del casco y de la ropa y se encaminó hacia el centro del lago cantando él también:

“Cuarenta gladiadores luchamos por ti, OH Cristo, para ganar por ti y para ti la corona de la victoria”.

LA VOZ DE LA
ESPERANZA
Derechos reservados

“Hijo de Dios era éste”

¿Se llamaba Longinos el centurión romano que custodiaba la crucifixión de Jesús? Así lo afirma una tradición. Otra, sin embargo, dice que Longinos fue el soldado que atravesó el costado de Jesús con su lanza. Por supuesto, esto es algo que no se podrá comprobar. Pero se llamara Longinos o no, aquel centurión fue quien en el dramático momento de la crucifixión, cuando Jesús acababa de expirar y un terremoto sacudía la tierra y todo era miedo y pavor, exclamó:

“Verdaderamente, Hijo de Dios era éste”.

Estas palabras fueron algo más que el intrascendente comentario de un testigo indiferente. Fue el grito de una conciencia que por fin expresaba su convicción íntima y que quizás interpretaba el sentimiento de los demás soldados romanos allí presentes, que estaban tan impresionados y tan asustados como su jefe.

En la obra *El Deseado* de todas las Gentes, página 14, dice:

“Cuando las tinieblas se alzaron de la cruz, inmediatamente se oyó otra voz que decía: ‘Verdaderamente Hijo de Dios era éste’. Estas palabras no fueron pronunciadas en un murmullo. Todos los ojos se volvieron para ver de

dónde venían. ¿Quién había hablado? Era el centurión, el soldado romano. La divina paciencia del Salvador y su muerte repentina, con el clamor de victoria en los labios, habían impresionado a ese pagano. En el cuerpo magullado y quebrantado que pendía de la cruz, el centurión reconoció la figura del Hijo de Dios. No pudo menos que confesar su fe”.

¿Qué pasó con este centurión después? No lo sabemos. La tradición lo presenta como San Longinos, lo que implicaría que habría aceptado a Jesús como su Salvador llegando a ser cristiano. Ojala ése haya sido el caso. Sin embargo, hasta donde sepamos, se trata nada más que de una tradición.

Al meditar en estos días en la pasión y la muerte de nuestro Señor Jesucristo,

¿experimentamos un sentimiento similar al que albergó el centurión, y podemos hacer nuestras sus palabras, para decir con él: “Verdaderamente Hijo de Dios era éste”?

Cuando meditamos en la historia del Calvario, ¿el Nazareno adquiere para nosotros proporciones divinas? Su muerte en la cruz ¿la vemos como un acto expiatorio por nuestros pecados?

Y al reconocer que se sacrificó en el Calvario para redimirnos, ¿sentimos que nace en nuestro corazón una profunda gratitud hacia él y nos sentimos unidos al Redentor por un amor que está por encima de toda vacilación, de toda duda y de toda declinación? ¿Sentimos que verdaderamente era y es el Hijo de Dios?

De él, del Mártir de la cruz, había dicho el profeta siglos antes:

“Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto: y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos. Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados: el castigo de nuestra paz sobre él; y por su haga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, y cada cual se apartó por su camino: mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros” (Isaías 53:3-6).

Ya se ve que la divinidad del Nazareno estaba predicha con toda claridad. Había sido

anunciada por los diferentes profetas que vivieron en los siglos anteriores al nacimiento del Mesías. Se anticipó el lugar donde nacería, las circunstancias de su vida y, luego, su pasión y muerte.

El Mesías había venido tal como estaba anticipado. Cumplió cada una de las profecías del Antiguo Testamento. Sus palabras, su obra, su vida toda, fueron el cumplimiento de cuanto habían dicho de él los profetas. Desde que nació en Belén de Judá hasta que lo entregó el beso traidor de Judas, su vida se ajustó, hasta en los detalles más mínimos, a lo que estaba escrito de él.

Y, por fin, llegó la semana de la pasión. No vamos a entrar en los acontecimientos de esa semana. Nos hemos referido a ellos en ocasiones anteriores y, por lo demás, son bien conocidos. A lo que vamos es a un hecho, a un acontecimiento fundamental sin el cual todo lo demás hubiese sido inútil. Nos referimos a la necesidad de que el Cristo crucificado y sepultado volviera otra vez a la vida, es decir, que resucitara como lo había prometido.

José de Arimatea solicitó el cuerpo de Jesús para que fuese enterrado en su tumba nueva, sin estrenar,

puesto que la había reservado para sí mismo. He aquí como lo dice el Evangelio según S. Mateo: “Este llegó a Pilato, y pidió el cuerpo de Jesús: entonces Pilato mandó que se le diese el cuerpo. Y tomando José el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia, y lo puso en su sepulcro, que había labrado en la peña: y revuelta una gran piedra a la puerta del sepulcro, se fue” (S. Mateo 27:58-60).

Los judíos ya tenían a Jesús encerrado en la tumba. Sin embargo, aún no se sentían seguros. Los príncipes de los sacerdotes y los fariseos parecían recordar, hasta mejor que los propios discípulos, la promesa de Jesús de que volvería a la vida, de que resucitaría. Por eso fueron a Pilato para pedirle que hiciera imposible tal cosa.

Así lo relata Mateo: “Y el siguiente día, que es después de la preparación, se juntaron los príncipes de los sacerdotes y los fariseos a Pilato, diciendo: Señor, nos acordamos que aquel engañador dijo, viviendo aún: Después de tres días resucitaré. Manda, pues, que se asegure el sepulcro hasta el día tercero; porque no vengan sus discípulos de noche, y le hurten, y digan al pueblo: Resucitó de los muertos. Y será el postrer error peor que el primero”

(versículos 62-64). Querían impedir que los discípulos de Jesús trataran de rescatar el cuerpo del Maestro. Entonces Pilato les dijo: “Tenéis una guardia: Id, aseguradlo como sabéis” (versículo 65).

¡Sí que sabían ellos cómo asegurar aquel sepulcro para que no se abriera! Encajaron la piedra que tapaba la entrada de tal manera que no pudiera moverse y que nadie la pudiera retirar, y sellaron con los sellos de Roma aquel sepulcro, pues bien sabían ellos que nadie osaría romperlos. Además, mantuvieron allí una guardia de soldados romanos, con lo cual creían tener todo asegurado para su propio triunfo.

Pero ¿qué impidió eso? Nada. Cuando llegó el primer día de la semana, y los seguidores de Jesús se aproximaron al sepulcro de su Maestro, todo era ya un hecho consumado. La piedra había sido quitada de su sitio. Los guardias habían caído en tierra, desmayados por el terror de lo que habían visto, y la tumba de Jesús estaba vacía. El Nazareno había resucitado. He aquí las palabras que oyeron pronunciadas por el ángel: “No está aquí; porque ha resucitado, como dijo. Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor” (S. Mateo 28:6).

Era todo lo que podían ver: el lugar donde había estado el Maestro, porque éste había resucitado.

La resurrección del Señor Jesucristo, que sería la última evidencia de su divinidad y que daría validez a toda su obra anterior, se había realizado. Pero no solamente había vuelto a la vida sino que, al resucitar, hacía posible que en el momento oportuno también nosotros pasáramos por esa experiencia.

La resurrección del Nazareno es nuestra esperanza y nuestra salvación. Al escribirles a los corintios, el apóstol Pablo lo dice de esta manera: “Y si Cristo no resucitó, yana es entonces nuestra predicación, yana es también vuestra fe. Y si Cristo no resucitó, vuestra fe es yana; aún estáis en vuestros pecados” (1 Corintios 15:14, 17).

¡Gracias a Dios por la resurrección de nuestro Señor Jesucristo, que hace posible la nuestra!

Sí, la tumba de Jesús está vacía. El Maestro volvió a la existencia porque él es la vida. Como dice en San Juan 14:6: él es “el camino, la verdad, y la vida”. Y como lo ha prometido, todos aquellos que hayan descendido al sepulcro con su fe en Jesús como su Salvador, y hayan vivido de acuerdo con sus principios,

volverán a vivir y no morirán jamás.

Que Dios nos ayude a vivir como debemos vivir, a creer como debemos creer, para que cuando el Señor Jesucristo vuelva, la resurrección sea un hecho para nosotros.

Con cuánta razón decía Francisco Luís Bernárdez: Cristo sobre la muerte se levanta, Cristo sobre la vida se incorpora, mientras la muerte derrotada llora, mientras la vida vencedora canta.

Cristo sobre la muerte se agiganta, Cristo sobre la vida vive ahora, mientras la muerte es muerte redentora, mientras la vida es vida sacrosanta.

Cristo sobre la vida se adelanta y allí donde la muerte ya no espanta la vida con su vida corrobora.

Mientras la muerte que la vida ignora siente que lo que ignora la suplanta con una fuerza regeneradora.

—Soneto de la resurrección

LA VOZ DE LA ESPERANZA

Derechos reservados

El resucitado.

La tumba de José de Arimatea había sido cerrada con una piedra que se ajustaba perfectamente al hueco. En esa tumba descansaba el cuerpo de Jesús. Hemos dicho descansaba. Él, Jesucristo, Creador con su Padre de todas las cosas, había establecido un día de reposo desde el mismo principio, el séptimo día de la semana, es decir, el sábado. Una vez crucificado, como si con ello quisiera confirmar la santidad de ese día y demostramos nuestra obligación hacia él, antes de que el sol cayera en el occidente y comenzara el sábado, ya estaba en la tumba. En ella permanecería durante las horas del día sagrado. Pasado ese día, volvería a la vida. Se produciría la resurrección que había prometido a sus discípulos (S. Mateo 17:23), y volvería a la actividad y al trabajo.

Pero ahora estaba en la tumba. La fanática persecución de los escribas, de los fariseos y de los sacerdotes hebreos, había terminado con lo que ellos creían un triunfo para su causa. Habían conseguido que crucificaran al Maestro y que lo encerraran en la hermética tumba.

Con la clausura de la tumba ocupada por el Nazareno, habían

terminado los espionajes, las acusaciones, el quintacolumnismo, el asedio continuo al que el Maestro había sido sometido, unas veces de manera franca y, otras, disimulada.

Quedaba atrás el Getsemaní con su angustia, con su dolor, con su sudor de sangre. Quedaba atrás la traición de Judas, la peor de cuantas hombre alguno haya podido cometer. Quedaba atrás el triste juicio que se hizo de Jesús durante el cual se pisotearon las leyes humanas y divinas. Quedaba atrás la claudicante actuación de Pilato, que no quiso comprometerse por no perder su posición. Quedaba atrás el Calvario, la cruz, el vinagre, la lanza que hiere el costado del Maestro. Ahora reposaba en la tumba en el día del Señor. Judíos y romanos creyeron que aquello era el fin del problema. Y no comprendieron que era el principio de la salvación. Que esa cruz en la cual habían colgado a Jesús, se convertía, ennoblecida por la sangre del Nazareno, en la esperanza de la humanidad. No comprendieron que no había fuerza humana que pudiera mantener cerrada esa tumba, puesto que el Señor había anunciado que resucitaría y cuando él anuncia algo, se

cumple indefectiblemente.

Jesús había dicho que lo matarían, pero que al tercer día volvería a la vida, que resucitaría, y los judíos no habían olvidado esa promesa. Por eso, después que Jesús fuera sepultado, fueron a Pilato para decirle:

“Señor, nos acordamos que aquel engañador dijo, viviendo aún: después de tres días resucitaré. Manda pues, que se asegure el sepulcro hasta el día tercero” (S. Mateo 27:63, 64). Y Pilato, de mala gana, por no malquistarse con ellos, ordenó que se pusiera una guardia junto a la tumba. Pero todo fue inútil. Cuando llegó el momento, al tercer día, se abrió el sepulcro y Jesús salió de él.

En nuestra visita a Jerusalén buscamos la tumba de Jesús. Nos llevaron a dos de ellas. Una, la tradicional, la que está dentro de la ciudad. La otra, la del huerto. No han logrado ponerse de acuerdo los que defienden una y otra tumba. No vamos a entrar a considerar cuál de ellas pudo haber sido la del Maestro. Lo que importa, lo que queda en pie es que, sea una u otra, ambas están vacías. Y ese es el hecho: la tumba de Jesús está vacía porque, como él lo había prometido, salió de ella, y hoy es el Resucitado glorioso.

Cuando en la madrugada del primer día de la semana, el domingo, las mujeres fueron al sepulcro; ya el ángel del Señor había removido la piedra que lo cerraba. Despavoridas y asombradas, oyeron las siguientes palabras: “No temáis; porque yo sé que buscáis a Jesús, que fue crucificado. No está aquí: porque ha resucitado, como dijo. Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor” (S. Mateo 28:5, 6). Y aquel lugar estaba vacío.

Ninguna tumba podía retener al Nazareno. Ninguna guardia romana podía obligarlo a permanecer en ella. No había poder sobre la tierra capaz de impedir que la piedra que cerraba aquel sepulcro fuera arrancada de su lugar y que el Señor se levantara triunfante y glorioso. Lo que había sido una promesa, ya era una realidad. La esperanza de los patriarcas, de los profetas y de todos los fieles de la antigüedad, era ya un hecho consumado. El Hijo de Dios había venido a este mundo a sufrir por los seres humanos. Había padecido y muerto por ellos. Decía el poeta:

¡Qué hermoso vuelves!
No ha sido un sueño
aquel horrible sangriento
leño, aquellas horas de
cruel dolor.

me consumía
remordimiento
desgarrador. Los duros
hierros que te clavaban,
también el alma me
traspasaban y me partían
el corazón.

¿Verdad, Dios mío, que
me perdonas?

¿Verdad, Dios mío, que
hoy abandonas la obscura
tumba para decir a mi
pobre alma que ya te
olvidas de las terribles,
hondas heridas, que en el
Calvario te hice sufrir?

Yo las bendigo. ¡Sí, son
tus huellas! Ya no son
llagas, ya son estrellas, y
dulces nidos de mi alma
son. Y tú, Bien mío,
también las amas, porque
dejaron salir las llamas
que me abrasaban el
corazón.

Gracias, Dios mío, por
tanta gloria, gracias, Dios
mío, por tu victoria, por
tu dichosa resurrección de
aquella muerte que dio la
vida, por ese leño do está
esculpida con letras de
oro mi salvación.

—A Jesús resucitado, de
T.A.

Una vez al año la
cristiandad recuerda de
manera especial la pasión
y la muerte de nuestro
Señor Jesucristo. Pero
resulta increíble que aun
para los mismos que se
dicen creyentes, esa
pasión y esa muerte sea
algo tan indefinido y
borroso. Muchos hablan
de la pasión y de la
muerte de Jesús como de
algo totalmente
impersonal, como de algo

que nada tiene que ver
con su vida personal y
práctica. Para ellos es una
festividad más, de mayor
o menor importancia que
cualquier día patriótico.
Pero nada más. El
significado de ese día se
queda en el exterior. No
llega al corazón.

Amigo, amiga de La Voz,
¿permitimos que la
verdad de nuestro Señor
Jesucristo llegue hasta lo
más íntimo de nuestra
vida? ¿Sabemos que
murió por nosotros?
¿Sabemos que hubiera
muerto aunque hubiese
tenido que hacerlo por
solamente un ser
humano? ¿Te interesaría
saber qué pensaron otros
acerca de Jesús? Tal vez
eso te ayudaría a
determinar tus propios
pensamientos acerca del
Nazareno.

Por ejemplo, para los
escribas y fariseos que lo
persegúan, Jesús no era
nada más que alguien que
se rebajaba hasta a comer
con los públicanos y los
pecadores (S. Mateo
2:16). Para ellos, que pese
a su pretendida
religiosidad creían en
castas y orgullos, el que
Jesús descendiera hacia
aquellos que lo
necesitaban, era algo que
no podían concebir.
Ignoraban que el Maestro
había venido a salvar al
pecador y que para
hacerlo debía
aproximarse a él, como lo
dice el mismo Nazareno:
“Los sanos no tienen

necesidad de médico, mas los que tienen mal. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores” (5. Marcos 2:17). Y para llamarlos iba adonde éstos estaban. Para Pilato, cuyo testimonio era imparcial porque no era ni judío ni cristiano, Jesús fue un justo. No halló en él ninguna culpa, nada que condenar. Cuando los dirigentes hebreos y la turba acusaban a Jesús, Pilato les respondió diciendo: “Ninguna culpa hallo en este hombre” (S. Lucas 23:4).

El centurión a cuyo cargo estaba la compañía de soldados que controló la ejecución de Jesús en el Gólgota, cuando al expirar el Señor se produjo un terremoto que lo conmovió todo, exclamó “Verdaderamente Hijo de Dios era éste” (S. Mateo 27:54). Y eso que el centurión era un soldado romano, y no un seguidor del Maestro.

Para Juan el Bautista, Jesús era “el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (S. Juan 1:29). Para San Juan el Evangelista, Jesús fue la Estrella resplandeciente de la mañana (Apocalipsis 22:16). Y cuando el Maestro hizo a sus discípulos la pregunta: “¿Quién decís vosotros que soy?” El apóstol Pedro, hablando por él mismo y por los

demás, respondió sin la menor vacilación: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (S. Mateo 16:16).

Tomás, el que necesitaba ver para creer, no pudo menos que exclamar: “Señor mío y Dios mío” (S. Juan 20:28). El apóstol Pablo, que una vez se llamó Saulo de Tarso y fue un enconado perseguidor de los cristianos, terminó por decir que estaba dispuesto a sacrificar todas las cosas para ganar a Cristo, para tenerlo en su corazón (Filipenses 3:8).

Los ángeles del cielo proclamaron en la noche de Belén: “Os ha nacido un Salvador que es Cristo el Señor” (5. Lucas 2:11). Y a la hora de su bautismo el Padre proclamó: “Este es mi Hijo amado en el cual tengo contentamiento” (S. Mateo 3:17).

Amigo, amiga de La Voz, ¿quién es Cristo para ti?
LA VOZ DE LA ESPERANZA

Derechos reservados

El mensaje del silencio.

Con cuánta frecuencia las palabras se multiplican incesantemente, sin virtud ni ciencia, sin sabiduría ni juicio. Y no siempre son la expresión real de los pensamientos ni de los sentimientos. Son, por el contrario, como una cortina de humo que esconde el pensamiento y la intención. Se ha dado el caso de que alguien al mismo tiempo que pronunciaba un bonito discurso sobre la paz, desataba la guerra. ¡Cuántas veces delegados de diferentes pueblos se han reunido para hablar sobre paz y lo hacían con el fin de disimular los preparativos para la contienda!

Hoy el ser humano huye del silencio. No lo resiste. Necesita aturdirse con las palabras, con los ruidos de las fábricas, del taller, de la calle. En la oficina o en el taller, cuando no hay nada que interrumpa el silencio, se pone un fondo musical que nadie escucha, pero que aleja el silencio. En la casa se necesita el ruido de la radio o de la televisión.

Estamos tan enviciados con el ruido que el silencio nos crispa los nervios. De ahí que hoy se hable del “tóxico del ruido”: del ruido artificial, por supuesto.

Grazia Livi, en versión de Pedro Cavallazi Soriano, cuenta de un hombre que

teniendo que pasar un período de convalecencia en el campo, sufría mucho por falta de ruido. Repasemos un breve párrafo de este artículo. Dice así: “No lograba habituarse al silencio y noche tras noche ávidamente los oídos en busca de un rumor, una vibración que de repente poblase su soledad obsesiva”.

Siendo la vida como es de honda, caemos en la liviandad de llenarla tan sólo de ruido, Tenemos que aprender a callar, a hacer el silencio dentro de nosotros mismos. Porque no son las muchas palabras las que dicen más. ¡Cuánta razón tenía el sabio Salomón para afirmar que “en las muchas palabras no falta pecado”. Agrega: “Mas el que refrena sus labios, es prudente” (Proverbios 10:19).

Ninguna autoridad superior a la del Maestro de Nazaret. Lo que él dice es definitivo en otros asuntos y también en éste. En el Sermón del Monte dijo así: “Mas sea vuestro hablar: sí, sí; no, no; porque lo que es más de esto, de mal procede” (S. Mateo 5:37).

Y, sin embargo, creyentes y no creyentes, cristianos y no cristianos, multiplicamos palabras en las que con frecuencia nos enredamos nosotros mismos y con las que confundimos a los demás.

Y no es que el Señor Jesús esté reclamando un laconismo a lo espartano. No, a lo que nos llama es a atenernos exclusivamente a la verdad y a no multiplicar palabras, sin ton ni son.

Alguien ha dicho que “el verdadero arte de la conversación no consiste sólo en decir lo que debe decirse en el momento oportuno, sino en callar lo que debe callarse en el momento de la tentación” (D. N.,

¡Cuántas veces, el ser humano, llevado de ese placer malsano de hablar lo que no se debe, sobre todo de los demás, pierde magníficas oportunidades de callar! En el momento en que el silencio sería oro, brotan palabras y más palabras que jamás podrán retirarse ni desdecirse.

Vale más callar. Vale más el silencio. Edmund Golding ha dicho: “Los hombres nacen con dos ojos y una sola boca: Para que vean el doble de lo que hablen”. Sin embargo, generalmente se actúa al revés, se habla mucho más de lo que se ve, mucho más de lo que se sabe. Por supuesto, hay que pagar el precio.

No, no dice más verdades quien habla más. A lo sumo, lo que hace es diluir su pequeña verdad en un océano de palabras. Sir Winston Churchill lo dijo de otra manera refiriéndose a alguien.

Afirmó: “Tiene la facultad de comprimir un minimum de ideas a un maximum de palabras”. Y un poeta francés agrega: “Hay gente que habla, habla, habla, hasta que encuentra algo que decir” (Sacha Guitry).

No se crea que estamos exagerando cuando decimos que a veces puede decirse más en el silencio que con las palabras. Permítasenos ilustrar lo que queremos decir. La antigua Grecia tuvo su academia del silencio. Sus miembros que eran cien, ni uno más ni uno menos, estaban comprometidos a evitar toda clase de ruidos. Las reuniones se realizaban mayormente en silencio. Se valían yacía con los ojos abiertos aguzando Under Five Reign).

de señales y ademanes. Un día en que se hallaba reunido el consejo superior de la academia, llegó un extranjero que solicitó ser admitido como miembro de esa extraña sociedad. El encargado de hacer comprender al aspirante que no había vacantes, le mostró un recipiente lleno de agua hasta el borde. Si se agregaba una gota más, se desbordaba. El extranjero comprendió lo que se le quería decir. Hizo una profunda reverencia y comenzó a retirarse. Pero al llegar a la puerta se detuvo y volvió sobre sus pasos.

De un florero que había sobre una mesa, tomó el pétalo de una rosa y lo depositó con tal cuidado en el recipiente lleno de agua, que no se vertió ni una gota. Con eso todos entendieron que no sería una carga ni una molestia para la sociedad. Y fue aceptado como miembro de la academia del silencio.

¡Qué inmenso, qué impresionante es el silencio! ¡Cómo conmueve más que cien discursos! Hemos sentido el silencio en la cima de los Andes. Nos ha llenado en las montañas de los Alpes. Nos hemos adentrado en él en los desiertos patagónicos. Y no hace mucho tiempo, nos dio su mensaje en el desierto de Sahara, en medio de las arenas pocas veces holladas por pies humanos. ¡Y qué profundo es! Es el ambiente propicio para la meditación!

Amigo, amiga de La Voz, el silencio es el lenguaje del amor. Eso es, sin duda alguna, lo que significan tres palabras del profeta Sofonías que dicen: “Callará de amor” (Sofonías 3:17).

Limitemos nuestras palabras a las indispensables. Porque cuando las multiplicamos corremos el peligro de no poder contenerlas. Además, digámoslas en el momento oportuno. Ya decía el sabio Salomón:

“La palabra a su tiempo, ¡cuán buena es!” (Proverbios 15:23). Esto quiere decir que fuera de tiempo está demás.

A veces, afectados o impresionados por alguna cosa o por alguna persona, hacemos juicios prematuros y allá va el torrente de las palabras que lo arrastran todo. Dijo el sabio: “El que responde palabra antes de oír, le es fatuidad y oprobio” (Proverbios 18:13). Y agrega más adelante: “Has visto hombre ligero en sus palabras? Más esperanza hay en el necio que de él” (Proverbios 29:20). ¿Por qué entonces no somos más cuidadosos con lo que decimos, con lo que hablamos?

Que Dios nos ayude a ser cristianos de verdad y a revelar ese cristianismo en cada una de las palabras que pronunciamos para que sean buenas, para que sean limpias, para que sean bien intencionadas, para que sean las que deben ser.

En las siguientes palabras del poeta Amado Nervo, hay una inmensa sabiduría que conviene recordar. Dijo en su poema “Callemos”:

¡Cuánto, cuánto se habla sin Ion ni son; qué declamar perpetuo de retóricas nulas!

e el Espíritu selle nuestra boca con sus siete sellos, y florezcan en paz

nuestros enigmas...
¡Callemos, callemos!

¡OH! La estéril balumba... ¡Y ser la vida tan honda como es! ¡Ser el misterio tan insondable!

Triste afán de ruido que mancilla lo eterno que palpita en nosotros...
¡Callemos, callemos! Los ángeles vendrán a reposarse en las ramas del árbol mudo y quieto, como divinos pájaros de nieve. ¡Hay tantas cosas que callar con ellos!

En el callar hay posibilidades sin límites, hay portentos celestes, hay estrellas, más estrellas que en todo el firmamento.

El alma y Dios se besan, se confunden y son una sola alma en el inmenso mar del éxtasis, manso, inalterable...
¡Callemos, callemos!

Recordemos, también, las palabras del poema “Tu silbo apacible”, de Francisco Estrella, que dicen:

¡Cuánto vocerío! ¡Cuánto vocerío! ¡Y qué huecas suenan las voces, Señor!
¡Cuánto vocerío! ¡Cuánto vocerío! ¡Cuánto acento sordo de inútil rencor!

Gritos de violencia, gritos.., gritos.., gritos, gritos destemplados y broncos, Señor; gritos de los hombres confusos, inciertos, gritos tempestuosos, gritos de terror.

Y entre tantas voces y entre tantos ruidos no hay

silbo más dulce que el tuyo, Señor; porque es tu voz llena de claros acentos la voz armoniosa de arpeggios de amor.

LA VOZ DE LA
ESPERANZA

Derechos reservados

¡Culpable!

Todo el mundo ha oído el relato hipotético de aquel rey que visitó una cárcel. Fue de celda en celda, conversó con los presos y a todos les preguntó por qué estaban allí. Solamente con una excepción, todos insistieron en que no eran culpables. En unos casos se trataba de un error del juez que los había condenado, en otros, de las apariencias que habían estado contra ellos, o habían sido condenados por influencias de parientes, etc. Sólo uno se reconoció culpable. El relato dice que el rey determinó que el que se reconocía culpable fuese puesto en libertad. Le dijo: “Vete de esta cárcel inmediatamente, pues siendo tú tan malo y tan culpable, podrías contaminar a todos los inocentes que están aquí!” Dijimos que este relato es hipotético. Sin embargo, ilustra de una manera muy interesante la actitud de la mayor parte de los seres humanos. Nadie quiere aparecer culpable. Es parte de la naturaleza humana la tendencia a ocultar y a negar cualquier responsabilidad que implique culpa de cualquier clase. Y resulta lo más natural hacer o permitir que algún otro sea culpado de faltas o delitos nuestros.

La mayoría de los pleitos que se ventilan en los tribunales en todo el mundo se acabarían de inmediato si el culpable, o si quien carece de razón, lo reconociera en lugar de seguir tratando de distorsionar el sentido de alguna ley o de hacerle decir, estirándola hasta más allá de la conciencia, lo que no dice. Pero nadie quiere aceptar responsabilidad o culpa aun cuando sepa que la tiene. Y se multiplican las contiendas y se prolongan indefinidamente.

Tiempo atrás leíamos un artículo de Eduardo Avilés Ramírez, que había escrito en París y que titulaba: “Dios, Voltaire y Maeterlinck”. En él se refiere a la manera como estos dos últimos escritores, amargados o cínicos, tratan de culpar a Dios por los males que ocurren en el mundo. Agrega luego lo siguiente: “Al margen de Voltaire y Maeterlinck, hay millones de hombres microbios que dicen lo que ellos dijeron”.

Amigo, amiga de La Voz, desafortunadamente es verdad que muchos siguen repitiendo esos conceptos y los usan para alejar de sí y de la humanidad responsabilidades y culpas que en buena ley no pueden ni deben rehuir. Esa es la tendencia

humana. Cuando por la naturaleza de la culpa que se rehuye ésta no puede achacársela a algún prójimo, entonces trata de culparse a Dios y de asignarle al Todopoderoso la responsabilidad.

Se culpa a Dios, por ejemplo, cuando no progresamos como debiéramos hacerlo, y se hace al Creador responsable de la suerte o de la mala suerte que parece perseguirlo a uno. Pero en muchísimos casos la explicación de esa falta de éxito debe buscarse dentro de la persona que la padece. Es posible que se trate simplemente de pereza o de falta de iniciativa. El sabio Salomón, en el capítulo décimo del Eclesiastés, dice algo que confirma lo que acabamos de decir: “Por la pereza se cae la techumbre, y por la flojedad de manos se llueve la casa” (versículo 18).

Estas palabras son la explicación que debiera darse en muchos casos cuando hay falta de progreso y de éxito. Es muy fácil dejarse estar y no hacer el esfuerzo que se debe. Y luego, hablamos de mala suerte, de falta de oportunidades o de que otros reciben más ayuda y más estímulo, para concluir con que Dios se ocupa muy poco de nosotros.

Lo que debemos hacer es tratar de mejorar nuestra capacidad de producción, nuestra preparación, y aumentar la cantidad de esfuerzo que ponemos en lo que hacemos para que el éxito nos acompañe, sin importar lo que hagamos.

Si un profesional, un médico o un abogado, por ejemplo, al salir de la universidad se despide para siempre de los libros y trata de ejercer su profesión sin volver a ellos, sin volver a estudiar, sin interesarse por los nuevos métodos, por los nuevos descubrimientos, por las nuevas interpretaciones, ¿tendría razón para quejarse cuando va quedando rezagado frente a otros que progresan más? Lo mismo podría decirse de cualquier otra persona en el ejercicio de su profesión o de su oficio.

Algo que se nos ha convertido en una institución frágil, pero muy frágil, es el hogar. Y cada vez que surgen dificultades en el hogar, o que éste fracasa definitivamente, vemos que cada uno se empeña en tratar de demostrar que la culpa la tiene el otro. Los esposos se acusan entre sí, los hijos acusan a los padres y viceversa. Y así se rompe la armonía y se socavan, a veces para siempre, los cimientos del hogar.

¿No sería más juicioso y más honrado que cada uno aceptara su propia responsabilidad y que reconociera que si hubiera sido más atento, más considerado, menos exigente, más tolerante, más amable, más juicioso, menos egoísta, más adaptable, menos dado a hablar a destiempo, más inclinado a callar, las cosas hubieran ido mucho mejor en el hogar?

Hay personas que cuando las cosas van al revés todo lo explican diciendo: “Que le vamos a hacer, es mi destino”. Y se quedan tan campantes como si hubieran dicho una verdad de a puño. Unos se amparan en el destino por fatalismo, otros, por comodidad, cuando no por cinismo. El destino lo hacemos nosotros. Está en nuestras manos y será bueno o malo según nosotros enfrentemos la vida, según sea la actitud con que encaremos nuestras diferentes responsabilidades. Dios siempre está dispuesto a bendecir nuestro esfuerzo honesto y tesonero. Dejemos a un lado la muletilla del destino. Luchemos confiados en Dios, dispuestos a proseguir sin desmayos de ninguna clase y sin hacer ninguna concesión al mal. Y veremos como no nos hará falta salir en busca de culpables, porque el milagro del éxito se habrá producido.

Se ha dicho más de una vez que este mundo es un vasto hospital. Y no es simplemente una frase. La enfermedad está en todas partes y ni los médicos ni los hospitales son suficientes para atender esa necesidad universal. En muchos países hay vastas zonas en las cuales se carece de cualquier atención médica. Todos sufrimos, a todos nos duele algo, todos, para usar las palabras del apóstol Pablo, tenemos “un agujón en la carne” (2 Corintios 12:7). Pero, con frecuencia, la enfermedad es el resultado de nuestra intemperancia. La gula es pecado al cual muy pocos escapan. Se come lo que no se debe. Se sabe de algo que nos hace daño, pero nos gusta y, dominados por la gula, comemos de tal manera que el remedio que se necesita es algo más que simple bicarbonato de sodio. ¿A quién culpar si luego sufrimos enfermedad y dolor?

La humanidad ingiere diariamente toneladas y toneladas de líquido alcohólico que enferma, empobrece e insensibiliza. Y cuando los tremendos resultados de esa intemperancia se hacen presentes no hay que buscar otros culpables. El culpable es el que bebe.

Por supuesto, hay muchas enfermedades que

sufrimos sin haberlas provocado. Pero ni siquiera en estos casos debemos buscar un culpable, ni achacarle la responsabilidad a Dios. Hay que ser sensatos y juiciosos, pues si Dios permite que suframos alguna dolencia es porque de una u otra forma puede y debe ser una bendición para nosotros. Ya decía el apóstol Pablo”.. . que a los que a Dios aman, todas las cosas les ayudan a bien.. .“ (Romanos 8:28). Y esto se aplica también a la enfermedad.

Es mucho mejor ser honrados con nosotros mismos y reconocer nuestras propias faltas. Las excusas de que nos valemos para esquivar la responsabilidad podrán ser como un manto que nos cubre ante los ojos de los demás, algo así como un narcótico para nuestra conciencia, pero en el día del juicio de Dios todo saldrá a la luz. La verdad se impondrá y las pobres excusas actuales, no tendrán el menor valor.

La culpabilidad que hoy le cargamos a Dios y a nuestros semejantes, en el día del juicio estará sobre nuestra cabeza y será muy triste oír la sentencia: ¡Culpable! Debemos humillarnos ante Dios, reconocer nuestras culpas, nuestra pecaminosidad, nuestra necesidad del Salvador, y caer de rodillas humildemente ante él. Y el Redentor,

que quiere nuestro bien, nuestra felicidad y nuestra salvación, nos librerá de nuestras culpas y asegurará nuestra tranquilidad hoy y nuestra redención mañana.

Ya decía el poeta Claudio Gutiérrez Marín:

Quando tú te des cuenta que eres polvo, y el polvo marcha donde quiere el viento; cuando aprendas a ver, tal como el rostro se mira en el espejo,

que no es tu corazón sino un gran pozo de dudas y de malos pensamientos, y es tu cerebro loco quien se esfuerza en correr tras un ensueño.

Quando al saber el fin de tantos otros desgraciados, tú sientas pena y miedo pensando que en la vida, poco apoco, como en las olas Pedro,

te has de hundir si prosigues yendo solo y a tu capricho;

Quando sientas esto nunca alzarás el rostro, sino que de tus ojos, ojos antes ciegos, fluirá el maravilloso llanto divino de arrepentimiento. Acuérdate de Dios. Busca su apoyo, desconfía de todos tus esfuerzos.

¡Conócete a ti mismo!... Todo es polvo, y el polvo marcha donde quiere el viento. Tú puedes ser feliz, porque el tesoro de la felicidad viene del cielo.

—Conócete a ti mismo
LA VOZ DE LA
ESPERANZA

Derechos reservados

Para ti, mamá.

Decir “madre” es evocar los sentimientos más tiernos y nobles que residan en el corazón humano. Así ocurrió con un jovencito de quince años de edad que al meditar en su madre la emoción le arrebató estos versos:

Madre del alma, madre querida, son tus natales, quiero cantar; porque mi alma, de amor henchida, aunque muy joven, nunca se olvida de la vida que me hubo de dar.

Pasan los años, vuelan las horas que yo a tu lado no siento ir, por tus caricias arrobadoras y las miradas tan seductoras que hacen mi pecho fuerte latir.

A Dios yo pido constantemente para mis padres vida inmortal; porque es muy grato, sobre la frente sentir el roce de un beso ardiente que de otra boca nunca es igual.

El joven así inspirado, es nada menos que José Martí, el gran poeta y libertador cubano. El mundo admira su genio literario y la nobleza de una vida dedicada a la lucha por los derechos humanos, empresa que selló con sangre de mártir. Estos versos nos abren una ventana que permite ver el fundamento moral y afectivo de esa vida —el cariño de una buena madre. ¡Cuánto le debe el

mundo a las madres! Sin buenas madres no hay grandes hombres.

En un sentido figurado, podríamos decir que las madres no mueren mientras vivan los hijos, pues su influencia sigue gravitando sobre nuestro corazón, aunque los años vayan acumulándose sobre nuestras cabezas.

Alguien ha dicho que “la mano que mece la cuna, es la que gobierna al mundo”. No en balde cuando la Biblia provee las listas de los reyes que gobernaron en Israel siempre añade el nombre de la madre de cada rey. Sin duda, para el honor y crédito de unas y la tristeza y des-honra de otras.

¡Cuánta fuerza, cuánta pureza, cuánto dominio propio, cuánto amor, cuánta sabiduría pertenecerá a aquella que ayuda a Dios a formar un alma!

“Toda la obra de Moisés y la gran misión que cumplió como caudillo de Israel dan fe de la importancia de la obra de una madre piadosa. Ninguna obra puede igualar a ésta...”

“Comprenda toda madre que su tiempo no tiene precio; su obra ha de probarse en el solemne día de la rendición de cuentas” (El hogar cristiano, pág. 213).

La poetisa Delia Camargo, por su parte, consagra en versos ese

sublime deseo que anida en el corazón de cada madre cristiana: Yo soy una madre que ansía que sus hijos Satán nunca pueda sus almas dañar.

Ven, Cristo, en su auxilio, y enseña pronto la senda que deben sus plantas hollar.

Ven pronto, no tardes, que el mundo, ese abismo que atrae ofreciendo delicias sin par, podrá presentarles brillante espejismo, y en esa vil sima sus almas ahogar.

Yo sé que mis ruegos tú no desatiendes; yo sé que tu amparo no les negarás, y los fuertes lazos que el mundo les tiende, tu dulce mandato romperlos podrá. Diles que este suelo, falaz, engañoso, no podrá ofrecerles sino perdición; y que en tu regazo, tranquilo, amoroso estarán a salvo de la tentación.

Ausente está un hijo que tu nombre lleva; por quien siempre ruego le guardes del mal; y si sus miradas a ti nunca eleva, haz que tu llamada él pueda escuchar.

Porque del camino tú eres la guía; porque eres fuente de toda verdad; porque en ti está la viva savia de la vida: sé tú de mis hijos su seguridad.

La maternidad hace de la madre una socia con Dios. La escritora citada anteriormente, que también era madre, nos dejó esta definición del

noble desafió que comprende la maternidad: “Ninguna otra obra puede igualarse en importancia a la suya. La madre no tiene, a semejanza del artista, alguna hermosa figura que pintar en un lienzo, ni como el escultor, que cincelarla en mármol. Tampoco tiene, como el escritor, algún pensamiento noble que expresar en poderosas palabras, ni que manifestar, como el músico, algún hermoso sentimiento en melodías. Su tarea es desarrollar con la ayuda de Dios la imagen divina en un alma humana.

“La madre que aprecie esta obra considerará de valor inapreciable sus oportunidades. Por lo tanto, mediante su propio carácter y sus métodos de educación, se empeñará en presentar a sus hijos el más alto ideal. Con fervor, paciencia y valor, se esforzará por perfeccionar sus propias aptitudes para valerse de ellas con acierto en la educación de sus hijos, , , Tendrá sus miradas fijas en Cristo para que su experiencia diaria, en el humilde círculo de sus cuidados y deberes, sea reflejo fiel de la única Vida verdadera” (El hogar cristiano, págs. 211, 212)

El mismo Dios usa la figura materna para expresar su amor y cuidado de nosotros: “Así

dice el Señor: Como aquel a quien consuela su madre, así os consolaré yo a vosotros” (Isaías 66:13). En cierto sentido espiritual, pudiéramos decir que nuestro Padre celestial es la mejor madre que disponemos.

Decía la autora Irene de Hergo: “Mujer que esperas un hijo, ¿has calculado lo imponente de la palabra ‘hijo’? ¿Has calculado la inmensa responsabilidad que te aguarda? Deberás abrir tu corazón, tus brazos, tu alma y tu espíritu para recibirle, y no los cerrarás ya nunca más...

“Serás tú una puerta despejada para recibirle, para protegerle; serás como una muralla sagrada, serás una casa formada con lo mejor que haya en ti; serás siempre, mientras vivas, una casa para tu hijo... La casa que cobija y ampara,, que resguarda y patrocina”.

Amiga lectora, Dios te bendiga para que como madre sepas cumplir tu responsabilidad frente a tus hijos y para que tu hogar, sea un palacio o una cabaña, constituya para ellos su más grande anhelo y su tesoro. Que lo puedan poner por encima de cuantos placeres pudieran gozar en tierra extraña.

Y tú, amigo, amiga de La Voz, que eres hijo o hija, vuelve con tus pensamientos a tu hogar. Tu edad no tiene

importancia, porque frente al recuerdo de nuestra madre, siempre somos niños. Siempre será ella la mujer superior que supo despertar tu corazón a las primeras sensaciones y a los primeros sentimientos, la que supo engendrar en ti la llama del amor que nunca muere.

Y con las palabras del poeta, te decimos:

Si tienes una madre todavía, da gracias al Señor, que te ama tanto, que no todo mortal contar podría dicha tan grande, ni placer tan santo.

Si tienes una madre, se tan bueno, que ha de cuidar tu amor su paz sabrosa, pues la que un día te llevó en su seno siguió sufriendo y se creyó dichosa.

Veló de noche y trabajó de día, leves las horas en su afán pasaban, un cantar de sus labios te dormía y al despertar, sus labios te besaban.

Enfermo, triste, te salvó su anhelo que sólo el llanto por su bien querido milagros supo arrebatarse al cielo cuando ya el mundo te creyó perdido.

Ella puso en tu boca la dulzura de la oración primera, balbucida, y plegando tus manos con ternura, te enseñaba la ciencia de la vida.

Si acaso sigues por la senda aquella que va segura a tu feliz destello, herencia santa de la

madre es ella, tu madre sola te enseñó el camino.

Mas si al cielo se fue, y en tus amores ya no la harás feliz sobre la tierra, deposita el recuerdo de tus flores sobre la fría losa que la encierra.

Es tan santa la tumba de una madre que no hay al corazón lugar más santo cuando espina cruel tu alma taladre ve a derramar allí tu triste llanto.

Amigo, amiga de La Voz, es nuestro deseo que tu hogar reciba las bendiciones que Dios desea prodigarle.

Y si todavía tienes a tu madre, te sugerimos que hoy le des una llamada, y que dirijas a Dios una oración en su favor.

LA VOZ DE LA ESPERANZA

Derechos reservados

¡Líbrate de tus cargas!

A medida que los días se suman, sobre cada ser humano van acumulándose responsabilidades y cargas que hacen la vida más sería y más difícil. Tenemos que afrontar las preocupaciones que imponen el estudio, el trabajo, el hogar, la sociedad, el esfuerzo que hacemos con miras al futuro, etc.

A veces, la suma de nuestras obligaciones y cargas llega a ser tal, que es muy difícil soportar su peso, sobre todo cuando ese peso o esa carga es, por ejemplo, una enfermedad --u otra desventaja cualquiera— que debemos llevar a través de los días, de los meses, de los años y, en algunas ocasiones, a través de la vida toda. La única actitud digna del hombre, y sobre todo del creyente, es afrontar esas cargas con entereza, con cristianismo y soportarlas con dignidad, confiando en Aquel que conoce nuestras necesidades y tiene poder para ayudarnos.

Pero hay otras cargas que pesan como plomo, que amargan la existencia y la enturbian, que quitan la felicidad y que ponen un triste cielo gris en el corazón humano, cuando no tormentas y violencias que convierten la vida en un continuo sufrimiento

sin noches ni días tranquilos.

Estamos refiriéndonos, de una manera particular, a los errores y equivocaciones que hemos cometido y que sabíamos que debíamos haber rectificado y no lo hicimos. Estamos refiriéndonos a los pecados que pesan sobre nuestra conciencia asfixiándola y obligándola a languidecer cada día más, exponiéndonos al peligro de que un día, cansada de agonizar, muera por fin, dejándonos sin control y sin esperanza.

Amigo, amiga de La Voz, ¿pesa sobre tu corazón la carga de tus errores y de tus pecados? ¿Has experimentado, o estás experimentando ahora, la infinita tristeza de sentirte aislado de los demás y sobre todo de aquellos que amas, porque has dejado de hacer una rectificación o no has confesado una falta que en tu corazón sabes que debiste confesar? ¿Has experimentado el dolor de sentir el cielo cerrado para ti, sólo porque no has tenido el valor de arrodillarte frente al Todopoderoso y descargar ante él tu conciencia?

Presta atención: cuanto más tiempo transcurra más difícil te será la rectificación, más te costará presentarle a Dios tu necesidad de perdón.

Líbrate de tu carga. Allégate a Dios y háblale con la voz de tu corazón. Dile cuál es tu necesidad. Exprésale tus deseos con toda confianza. Él tendrá su oído atento para darte las bendiciones que necesitas. Aleja de tu vida las cargas que hoy te aplastan.

Razón tenía el sabio Salomón para decir: “El que encubre sus pecados, no prosperará: mas el que los confiesa y se aparta, alcanzará misericordia” (Proverbios 28:13).

No puede haber verdadera prosperidad mientras haya pecado en el corazón. Es posible que un hombre acumule riquezas, pero mientras no se libre de la carga de su pecado no habrá paz en su vida, no habrá tranquilidad, no habrá prosperidad verdadera, que es la del alma.

Amigo, amiga, hablemos de corazón a corazón, ¿quieres hacerlo? Si este mensaje que estás leyendo llegara a ser la voz de tu conciencia porque coincide con ella, porque te dice lo mismo que tú te has dicho muchas veces, no lo desoigas. Recíbelo como venido de Dios y sigue lo que te aconseja.

¿Qué fue lo que te alejó de Dios? ¿Qué fue lo que hizo que le volvieras la espalda? ¿Por qué lo negaste? ¿Por qué quisiste marchar por tu camino sin depender de él? Te

hundiste en el torbellino de la vida y de los placeres y permaneciste ajeno a la tristeza con que Dios miraba tu desamor hacia él.

¿Por qué esa indiferencia hacia el Creador que te amó hasta más allá de nuestra limitada comprensión? ¿Cuál es el pecado que ha abierto un abismo entre ti y el cielo? No rehuyas estas preguntas. Afróntalas con valentía y contéstalas dentro de ti mismo.

Más de una vez debiste acallar la voz de tu conciencia que te decía que no estabas obrando bien, ¿no es verdad? Más de una vez pensaste que debías arreglar tu situación y levantar tu mirada al cielo, pero no lo hiciste. Lo fuiste dejando para otra oportunidad; recurriste a la clásica excusa de “lo haré más adelante” o “todavía hay tiempo”. Pero no puedes prolongar esta situación. Retorna a Dios y dile cuánto has sufrido. Confiésale tu pecado. No temas que él te rechace. Escucha las palabras del apóstol Juan: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados, y nos limpie de toda maldad” (S Juan 1:9).

¿Quieres mejor promesa que ésta? ¿Qué más esperas? Líbrate de una vez de tus cargas, de tu indiferencia, de tu pecado

que tanto mal te ha hecho y está haciéndote. Dile al Señor: el pecado se alberga en mi corazón, Señor, oye tú de mi oración la voz.

Es posible que tu falta de tranquilidad y de paz obedezca al hecho de que has faltado contra tu esposa o contra tu esposo, contra tus padres o contra tus hijos, o posiblemente, contra alguno de tus amigos o de tus vecinos. En otras palabras, tal vez hayas faltado contra alguno de tus prójimos y has hecho lo que hacen muchos: justificaste tu actitud tras mil excusas, te encastillaste detrás de un peligroso orgullo al que tú, equivocadamente, le diste el nombre de dignidad herida y dejaste que una situación que pudo haberse arreglado de una manera muy sencilla, se haya ido haciendo cada vez más difícil.

Pues bien, sal ya de detrás de ese muro de supuestas razones, de prejuicios, de rencores, y quizás de odios, y con humildad y con sencillez ve a aquellos con quienes estás en dificultades y diles que lamentas lo que ocurrió y que quieres rectificar tu equivocación. Aunque te cueste hacerlo, hazlo, y luego verás cuánto más agradable te será la vida. Te habrás librado de una carga que te quitaba la felicidad, No vaciles. Hazlo. Ganarás en la opinión y en el aprecio de

los demás y te sentirás feliz y cristiano. El cielo te mirará con ojos benignos y gozarás de la bendición de Dios.

Y si se trata, volviendo a lo que antes decíamos, de Dios, con mucha más razón debes allegarte a él y pedirle perdón por tus pecados.

Dile con Pablo de Olavide:

Pequé, pequé Señor, en tu presencia; ¡osado te insulté! Fui tu enemigo; mas, perdón; justifica tus promesas, y venza la piedad en tus juicios.

Sé que soy delincuente; mas, ¿qué mucho, si vengo de un origen tan indigno, si nací de mi madre en el pecado, y en un mundo tan torpe y corrompido?

Mas t4, que la verdad amas piadoso, te has dignado mostrarme, compasivo, de tu sabiduría los secretos, y de la confesión el beneficio.

Allí me rociarás con el hisopo con la sangre preciosa de tu Ho; me lavarás, y quedaré con ella más blanco que la nieve y el armiño.

A mis oídos les darás entonces con tu perdón, consuelo y regocijo, y mis huesos exánimes y yertos serán ya de tu cuerpo miembros vivos.

Porque si tú quisieras otra ofrenda, ninguna te negara el amor mío, pero no quieres tú más

holocausto que impuro amor y un ánimo sumiso.

Un espíritu fiel y atribulado para ti es el más digno sacrificio, y nunca has despreciado los clamores de un corazón humilde y compungido.

—Acto de contrición

Cierta vez un joven estudiante le preguntó a Sir James Simpson, descubridor de las propiedades anestésicas del cloroformo, cuál consideraba él su más grande descubrimiento. El hombre de ciencia miró al joven y luego le contestó: “Mi más grande descubrimiento es que Cristo Jesús es mi Salvador”.

Que tú también, mi buen amigo, amiga de La Voz, puedas decir lo mismo. Habla a solas con Dios en el silencio de tu alcoba, confíésale tus pecados y te sentirás feliz y contento o contenta. Desaparecerán la amargura y el secreto pesar, cuya carga arrastras tan penosamente, y serás sencillamente feliz.

Entonces podrás decir con verdadera sinceridad:

“Canta alegremente el corazón, canta el Salvador en mí por el grande perdón que recibí, por la eterna salvación”.

LA VOZ DE LA ESPERANZA

Derechos reservados

La imagen de Dios.

El libro del Génesis, el primero de las Sagradas Escrituras, es maravilloso. Hay en él un tesoro de sabiduría y de conocimiento. Basaremos este mensaje en las palabras que encontraremos en el versículo 27 del primer capítulo de ese libro, que dicen: “Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó...” Estas palabras son definidas y terminantes. El hombre es la obra directa del Todopoderoso. El ateísmo podrá rebuscar teorías y amontonar pseudo explicaciones y hablarnos de un poco elegante origen simiesco. Pero todo eso pasará como la hoja seca que se lleva el viento, mientras permanecerán incommovibles y eternas las palabras que afirman que Dios hizo al hombre a su imagen. Una imagen es una reproducción de algo, es una representación y viene a ser, por lo tanto, algo valiosísimo. Un retrato es algo de un valor incalculable cuando se trata, por ejemplo, de la imagen de nuestra madre a la que tal vez ya perdimos.

Cierto gran trasatlántico atravesaba el océano siguiendo un curso normal de navegación. Todo era tranquilidad a bordo. De pronto se oyó un grito impresionante:

“¡Hombre al agua!”
Sonaron las campanas en la sala de máquinas ordenando detener el vapor y volvieron a sonar de nuevo indicando: “Marcha atrás”. Comenzó la búsqueda del hombre a quien habían visto arrojar al mar. Después de muchos esfuerzos se logró localizarlo.

Descendió al mar un bote salvavidas y, finalmente el joven, pues era un joven, fue rescatado cuando estaba ya a punto de hundirse. Una vez sobre cubierta se le hicieron una serie de ejercicios para librarlo del agua que había tragado. Por fin comenzó a reaccionar favorablemente. Entonces notaron que tenía una de las manos fuertemente cerrada. Le pidieron que la abriera y el joven, después de vacilar, lo hizo.

—¿Qué es esto? -le preguntaron.

Algo confuso, el joven replicó:

—Un retrato. El viento me lo arrebató y lo llevó al mar.

—¿Y por buscar este retrato te arrojaste al agua?

Y el joven, con voz entrecortada dijo unas palabras que son todo un poema de ternura y de amor: “Es el único que tengo de mi madre”.

Somos la imagen de Dios y el viento del mal nos ha arrojado al océano de la

desesperación y del pecado. Pero el Señor no nos abandonó; no quiso que nos hundiéramos definitivamente en el abismo. El nos ama, somos su imagen y, por lo tanto realizó el sacrificio máximo. Dio a su propio Hijo Unigénito para que viniera a este mundo, para que sufriera nuestros peligros y dolores y para que por nosotros muriera un día en el Calvario, ganando así nuestra salvación. Somos la imagen de Dios. El Todopoderoso nos ama entrañablemente y espera que respondamos a ese amor. ¿No quieres hacerlo tú, amigo, amiga de La Voz?

Somos la imagen de Dios. Y esto, además de ser un privilegio grandioso, por cierto inmerecido, implica para nosotros una gran responsabilidad. Si somos la imagen de Dios debemos cuidar de mantenerla en un estado tal que sea una digna representación del Creador. Desde el punto de vista físico es responsabilidad nuestra poseer el mayor grado de salud posible, para que el carácter de Dios pueda reflejarse en nosotros más fielmente. Esto implica evitar todo hábito que sea perjudicial. Nos dice el apóstol Pablo: “O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual

tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque comprados sois por precio: glorificad pues a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” (1 Corintios 6:19, 20).

Si el hombre es imagen de Dios, su carácter debiera ser una fiel representación del carácter del Todopoderoso. Dicho de otro modo, el carácter de Dios debiera ser el blanco y la norma de todo fiel creyente.

Entre las grandes verdades que el Maestro de Galilea dijera en el Sermón del Monte, hay unas palabras que muy a menudo se pasan por alto. Son las siguientes: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (S. Mateo 5:48). Lo que nos pide es muy natural. Si Dios es nuestro Padre, nosotros, como hijos suyos debemos ser una fiel representación, una fiel imagen del Creador. Y si él es perfecto, nuestra norma debe ser la perfección. Alguien dirá: ¡la perfección es imposible! Somos seres humanos. Estamos llenos de flaquezas y no es posible obrar siempre bien. No negamos que hay mucho de verdad en esto, pero, también hay mucho de excusa. En esos argumentos hay una tendencia definida a

justificar nuestros malos actos, que muchas veces no son el fruto de una debilidad natural sino de una forma de conducta ajena a la práctica del bien y en la cual hallamos un placer morboso. Pero cuando obramos mal estamos siempre dispuestos a justificarnos diciendo que como seres humanos no puede esperarse que seamos perfectos. En cambio, cuando los que obran mal son los demás, decimos que en ellos hay perversidad y no merecen consideración de ninguna clase.

Si es verdad que no podemos ser perfectos por nosotros mismos, también es verdad que Jesucristo nos ofrece su propia perfección para que por la fe en él vayamos progresando hasta llegar al blanco de la soberana vocación en Cristo Jesús Señor nuestro. (Filipenses 3:14). Somos humanos, pero el Señor Jesucristo pondrá su poder en nosotros. Permitámonle que viva en nuestra vida, que llene nuestro corazón, que inspire nuestros pensamientos y nuestros actos. Amemos el bien y aborrezcamos el mal.

Si nuestra religión no nos enseña y no nos ayuda a vencer el mal, esa religión no sirve para nosotros, o nosotros no servimos para ella. Y si los principios por los cuales se rigen los que dicen que no

necesitan de Dios no les ayudan a vivir una vida sin debilidades ni caídas, ello significa que es tiempo de que vuelvan la mirada hacia Aquel que puede más que ellos y que quiere ayudarlos.

Dice Fernán Félix de Amador, en su poema "El cántaro y el alfarero":

Y el Señor hizo al hombre como un cántaro para guardar el agua de la vida.

El puro sol descansó en el barro, y tuvo el infinito su medida.

Según la voluntad del Alfarero, el destino del cántaro se labra, ánima el polvo misterioso acento, y produce el vacío su palabra.

Pero a veces quebrada es la vasija, de modo que inexhausta en su bondad, vaya vertiendo el agua de la vida, gota a gota, en amor y caridad...

Vaso de sombra y luz, cáliz nocturno, melancólica forma que precisa el signo oscuro del dolor del mundo, y rebose de llanto y de ceniza.

Hasta que al fin el mágico Alfarero, apiadado de su obra, triste y bella, coima en rocío, el cántaro, de cielo, y en el agua de amor pone su estrella.

Un día Miguel Ángel se esforzaba en su estudio por hacer, lo más perfecta posible, una flor que estaba esculpiendo. Uno de los grandes señores de

la época que lo contemplaba le expresó que, a su manera de ver, un gran artista como era Miguel Ángel, no debiera dedicar tanto tiempo a una cosa tan pequeña como una flor. "De todas maneras -dijo- nadie prestará atención al hecho de que la flor sea perfecta o no." Miguel Ángel levantando la cabeza de su trabajo y mirándole, contestó: "¿Supone usted que el carpintero de Nazaret hizo alguna vez algo menos perfecto de lo que podía hacerlo? ¿Cree usted que él se sintió satisfecho con menos perfección de la que era posible alcanzar?"

Amigo, amiga de La Voz, la perfección es posible mediante la ayuda de nuestro Señor Jesucristo.

Un hecho que no debemos olvidar es que, si nosotros somos la imagen de Dios, también lo es nuestro prójimo. Por lo tanto, se justifica el mandato del Maestro que nos dice que debemos amar a nuestros semejantes como a nosotros mismos.

¿Lo haces tú? ¿Amas a aquellos que te rodean? Si una vez el odio llegó a tu corazón, si el rencor anidó en tu vida, si se produjo separación entre ti y alguno de tus amigos, ¿has sabido perdonar? ¿Has obrado como un espíritu superior, manteniéndote por encima de toda injuria, de

la manera como el cóndor está por encima de la charca que enloda? ¿Has pedido a Jesús que te eleve hasta su altura para que el mal no te contamine? ¿Amas? ¿Amas a aquellos que te rodean? ¿Amas a Dios? ¿Contribuyes con tu ejemplo al bien y a la perfección de los demás? ¿Ven en ti la imagen de Dios, y por verla tienen un concepto más claro y más amable del Todopoderoso?

Que Dios te bendiga, y que puedas decir con las palabras de Claudio Gutiérrez Marín:

“, OH, mi Señor! Sobre tu nombre brilla un rayo de pureza. Tú me hieres sin saberlo con él. Mi ser se humilla... ¡Yo quisiera querer como tú quieres!

Todo es perfecto en ti, todo en ti mira al bien de los demás. Nada es oscuro en torno de tu voz, donde se inspira el alma ansiosa de cariño puro.

¡OH, tú, Flor de Bondad! Se halla en tu seno siempre una luz de amor para mi llanto. Enséñame a olvidar... ¡Quiero ser bueno! Enséñame a creer... ¡Quiero ser santo!

--Sed de pureza

LA VOZ DE LA
ESPERANZA

Derechos reservados

Tu padre y tu madre.

En otras ocasiones nos hemos referido al hogar. Consideramos las relaciones entre los esposos y estudiamos las obligaciones de ambos padres hacia sus hijos.

En esta oportunidad vamos a referirnos en particular a los hijos. En cierto modo, vamos a hablarles a ellos, pues de ninguna manera queremos dar la impresión de que la obligación de hacer que el hogar sea un sitio agradable para todos, descansa única y exclusivamente sobre la madre y el padre. Descansa también sobre los hijos. Ni siquiera el perseverante esfuerzo del padre y de la madre puede darle al hogar el ambiente que debe tener si los hijos, dentro de ese pequeño mundo, se convierten en elementos disociantes.

En primer lugar establezcamos dos cosas básicas e importantes; la primera es que ningún hogar alcanzará la debida estabilidad y solidez ni será el refugio y protección que debe ser para todos los miembros de la familia, si en él no se le da el primer y el más importante lugar a Dios. Cuando el Señor es parte integrante de la familia, cuando ésta sabe arrodillarse junta para invocar la presencia y la

bendición del Todopoderoso, ¿qué fuerza humana podrá abatir ese hogar? Ninguna. Viene a ser como una roca inconmovible.

El segundo elemento que debe haber en el hogar es amor. Se comprende que sin amor carece de estabilidad. El amor es el elemento que, después de Dios, mantiene unido al hogar y hace que los unos vivan para los otros.

Y cuando en el hogar está la presencia de Dios y hay amor, también estará presente la gratitud de los unos hacia los otros. Una gratitud que se revelará en todo: en las palabras, en los pequeños o grandes actos, en el esfuerzo que se hace por los demás, en la colaboración que no se retacea, en el espíritu de sacrificio que une a todos los miembros de la familia y los convierte en una sola entidad indisoluble.

Dentro de esa entidad es natural que sea la madre quien ocupe el centro. Pero, ¡cuán a menudo los jóvenes pasan por alto el significado que su madre tiene en el hogar y en sus vidas, y la someten al tormento de la ingratitud y la castigan con la indiferencia!

En esto también debemos considerar a Jesús como un ejemplo. Una de sus últimas preocupaciones antes de morir en el Calvario fue dejarle a su

madre la debida protección y cuidado. Dice en el Evangelio según San Juan: “Y estaban junto a la cruz de Jesús su madre, y la hermana de su madre, María mujer de Cleofas, y María Magdalena. Y como vio Jesús a la madre, y el discípulo que ¿1 amaba, que estaba presente, dice a su madre: Mujer, he ahí tu hijo. Después dice al discípulo: he ahí tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió consigo” (S. Juan 19:25-27).

El discípulo al que se refieren estos textos es San Juan. La última disposición que tomó el Señor Jesús antes de su sacrificio fue asegurar la protección de su madre. Se preocupó de ella como nosotros debiéramos preocuparnos por la nuestra.

Joven, ¿qué significan tus padres para ti? ¿Constituyen tu mejor tesoro sobre la tierra? ¿Su presencia es para ti un motivo de profunda alegría? ¿Has llegado ya a comprender que viven solamente para ti? Antes de que nacieras la vida giraba en torno a ellos mismos. Pero desde que viniste al mundo el eje cambió. Desde entonces todo ha girado y sigue girando y girará en torno a ti. Por ti se han hecho muchos sacrificios y se harían más, todos los que fueran necesarios.

Cuando se trata de la obligación y el respeto que los hijos deben a sus padres, éstos deben estar inspirados en el amor. Es lo que Dios espera. Es, además, uno de los mandamientos de la ley de Dios, que dice así: “Honra a tu padre y a tu madre, porque tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da” (Éxodo 20:12).

Mi joven amigo, amiga de La Voz, honra a tu padre y a tu madre. Hacerlo es tu privilegio y tu obligación. Honra a tu padre y a tu madre en todo lo que hagas. En la manera como hablas de los demás. Hónralos ante tus amigos, ante tus maestros, ante tus jefes, ante ti mismo. Y hónralos ante Dios. Siente por ellos un sano orgullo. Al hacerlo no harás más que retribuir el sentimiento que tus padres tienen profundamente arraigado con respecto a ti.

El sabio Salomón da un consejo que todo joven y señorita debe tomar en cuenta. Dice así: “Oye a tu padre, a aquel que te engendró; y cuando tu madre envejeciere, no la menosprecies”

(Proverbios 23:22).

Sin embargo, son muchos los que no oyen a su padre, los que desprecian su consejo, los que pasan por alto las indicaciones de la experiencia. Con frecuencia, los jóvenes se creen superiores a sus

padres. Es posible que tengan más preparación que ellos. Tal vez hayan cursado estudios superiores a los de sus progenitores y ahora, creyéndose sabios --o por lo menos más sabios que ellos--, suponen que no necesitan detenerse a escuchar los consejos que les dan. Y es un error. Dijimos antes que la experiencia está de parte de los padres, y hay cosas que no están en los libros, pero que los padres han aprendido a través de los años de su vida. Vale la pena escucharlos.

Por otra parte, si los hijos han adquirido mayores conocimientos que sus padres, son éstos los que han hecho posible semejante cosa. De manera que en lugar de desoír su consejo y creerse superiores, debe predominar la gratitud y el reconocimiento hacia el esfuerzo hecho por ellos. El joven o la señorita debieran estar siempre listo a tomar en cuenta las palabras de sus padres.

No hace mucho decía un joven: “Mis padres no entienden las cosas. Su criterio y sus consejos son muy anticuados, y por eso no creo que deba escucharlos, ni hacer lo que ellos dicen”.

Concedemos que en algunas ocasiones los padres pueden equivocarse, pero los hijos deben reconocer que aun en ese caso lo hacen

con la mejor intención. Sin embargo, lo probable es que debido a los pocos años, el joven crea entenderlo todo y saber las cosas mejor que todo el mundo. A menudo la suficiencia propia le impide al hijo ver la realidad que hay en los consejos de sus padres.

¡Cuántas veces, adultos ya, lamentamos no haber escuchado en su hora la orientación de nuestros mayores!

Desafortunadamente, cuando se reconoce esto, ya es demasiado tarde. Eso fue lo que le pasó al hijo pródigo de la parábola de Jesús, que se relata en el capítulo 15 del Evangelio según San Lucas. De nada le valieron los consejos y los ruegos. Él quería su independencia, quería vivir como a él le placía, quería liberarse del yugo del hogar, quería dejar de oír la dirección de su padre y, por lo tanto, se alejó del hogar. Vivió de acuerdo con su propio criterio de la vida, tan distinto del de su padre. Todos sabemos cual fue el resultado: derroche, disipación, pobreza, hambre y vergüenza. Hasta que “volvió en sí” y comprendió cuán equivocado había estado. Es verdad que retornó a su hogar, que volvió a su padre y que fue recibido con las puertas abiertas, pero ni siquiera eso podía borrar los días de

disipación y de error que había vivido. Eso no podía evitar la angustia que había proporcionado a sus padres y a toda la familia.

Amigo, amiga de La Voz, honra a tu padre y a tu madre, y tu conciencia estará tranquila. Vivirás en paz con todos y estarás en paz con Dios.

Con Antonio Borque Solar entonemos su “Himno a la Madre”:

Madre, nombre sagrado,
flor y luz de ternura,
manantial del que brota la
vida triunfante y alegre, la
vida más pura.

¡Madre del niño, salve!

¡Madre del hombre,
gloria! En tus labios la
miel del idioma gorjeando
a tu niño le canta victoria.
Son tus manos dos nardos
de blancura divina,
cuando guías la infancia
de tu hijo que trémulo al
aula su paso encamina.

Eres su ángel custodio; y
tu voz, tu consejo, cuando
joven, en su alma levanta
la luz de lo bello, de Dios
un reflejo.

¡Madre del hombre,
gloría! ¡Santa mujer,
hosanna! Porque tú eres
la sacra Maestra de sabios
y rudos de hoy y mañana.
Santa madre del pueblo,
más que todas bendita,
porque enseñas a amar el
trabajo que curte las
manas y oprobios evita.

Fuertes almas de obreros,
almas de campesinos, en
el coro poned vuestra
albura de flor y paloma,
perfumes y trinos.

Porque a todos la madre
el camino nos muestra: la
virtud, el amor, la
justicia; porque ella es de
todos la santa maestra.

¡Madre del niño, salve!

¡Madre del hombre,
gloria! Manantial de la
vida más alta, ¡loor a tus
obras, loor y victoria!

LA VOZ DE LA
ESPERANZA

Derechos reservados

La más grata promesa.

El mismo día en que Judas consumó la traición más abominable de todos los siglos al vender a Jesús por unas miserables piezas de plata, el Señor hablándole a sus discípulos les dijo: “No se turbe vuestro corazón:

Creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay: de otra manera os lo hubiera dicho: voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere, y os aparejare lugar vendré otra vez, y os tornaré a mi mismo: para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (S. Juan 14:1-3).

Estas palabras del Señor Jesús constituyen la más hermosa y la más estimulante de las promesas. Obsérvese que en ellas se establece la seguridad de que el Señor “vendrá otra vez” a esta tierra para llevarnos finalmente a donde él está. Por lo tanto, Jesús nos insta a no permitir que nuestro corazón se turbe, a creer su promesa y a vivir de acuerdo con ella.

Esta promesa le fue hecha a todo seguidor del Maestro. Es decir, te fue hecha también a ti. Recíbela, amigo, amiga de La Voz, con corazón bien dispuesto; ajusta tu vida a la esperanza del segundo advenimiento de

Cristo y verás como todas las cosas adquieren un color más optimista y más agradable.

¡Cuán reconfortante debió ser para los discípulos el recordar estas palabras dichas por el Maestro, cuando horas después pasaban por la tristeza y la desilusión de ver a su Señor clavado en una cruz! Pero los discípulos sabían que todo no terminaba ahí. Las promesas del Maestro se actualizaron en sus mentes y en sus corazones, y comenzaron a mirar hacia el momento futuro cuando Jesús habría de volver nuevamente a esta tierra para llevarlos a ellos, y a todos los creyentes fieles, a ese lugar que había ido a preparar.

Amigo, amiga de La Voz, debemos desear de todo corazón, con toda sinceridad, el retorno de nuestro Maestro. A la vez, esa hermosa esperanza debe ser en nosotros un vivo deseo y una meta suprema. Debemos desear honradamente que llegue el Maestro para poner fin a todos nuestros problemas y a las preocupaciones de toda la humanidad.

Job, el patriarca de la fe inquebrantable, sabía que el Redentor vendría un día a esta tierra para llevarnos a las mansiones que fue a preparar. He aquí las palabras del

hombre de la infinita paciencia:

“Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo: Y después de deshecha esta mi piel, aun he de ver en mi carne a Dios; al cual yo tengo de ver por mí, y mis ojos lo verán, y no otro, aunque mis riñones se consuman dentro de mí (Job 19:25-27).

Job confiaba en el día de la resurrección, en el día en que se levantaría de su tumba para ver a su Maestro y para vivir con él para siempre. También nosotros podemos recibir mucha fuerza de la esperanza del segundo advenimiento de nuestro Señor Jesucristo. Hagámosla nuestra. Aferrémonos a ella con todo nuestro corazón.

Al hablar del segundo advenimiento de Jesucristo no faltan quienes digan que sí vendrá, pero que será una venida espiritual, que será un advenimiento simbólico. No será — dicen— él mismo quien vendrá, sino que su venida la constituirá un despertar religioso, profundo y general. Otros afirman que el advenimiento de Jesús estará constituido por una reencarnación de su espíritu en un ser superior. Pero todo esto no son más que especulaciones humanas que no tienen base alguna en las Sagradas

Escrituras. Conviene recordar las palabras que se hallan en el libro de Los Hechos, que dicen así:

“Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado; y una nube le recibió y le quitó de sus ojos. Y estando con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que él iba, he aquí dos varones se pusieron junto a ellos en vestidos blancos: Los cuales también les dijeron: Varones Galileos, ¿qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús que ha sido tomado desde vosotros arriba en el cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo (Hechos 1:9-11).

Se trata del momento en que, ante los ojos asombrados de sus discípulos, el Maestro comienza a ascender hacia los cielos para volver a su Padre. Fue entonces cuando oyeron las palabras citadas. Nótese bien que en ellas se afirma categóricamente que el que volverá es el mismo Jesús que en ese momento estaba ascendiendo al cielo. Vendría, además, de la misma manera como le habían visto ir. Estas palabras no pueden ser malentendidas y no conviene tergiversarlas, ni ignorarlas.

El mismo Jesús que vivió aquí en la tierra, el mismo que predicó el maravilloso Sermón de la

Montaña, el mismo ante cuya palabra cedían la enfermedad y la muerte, el mismo que fue perseguido por escribas y fariseos, el mismo que fue y traerá en sus manos las marcas de los clavos que atravesaron sus divinas carnes, vendrá otra vez.

Ya hemos visto que el Señor volverá de la misma manera como se fue. En el Evangelio según San Marcos se registran las siguientes palabras: “Y entonces verán al Hijo del hombre, que vendrá en las nubes con mucha potestad y gloria (5. Marcos 13:26).

De manera que el advenimiento del Maestro no será un hecho oculto o misterioso. Nada de eso. Vendrá en las nubes y afirma el Apocalipsis que cuando tal cosa acontezca “todo ojo le verá” (Apocalipsis 1:7). Todo el mundo contemplará el regreso de Jesús a esta tierra. “Porque como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del Hombre” (S. Mateo 24:27).

A la orilla del hermoso lago de Managua y en una de las caras del monumento que sostiene el busto de Rubén Darío, hemos leído un fragmento de la siguiente poesía del insigne nicaragüense:

Un gran vuelo de cuervos mancha el azul celeste.

Un soplo milenario trae amagos de peste.

Se asesinan los hombres en el extremo Este.

¿Ha nacido el apocalíptico Anticristo?

Se han sabido presagios, y prodigios se han visto y parece inminente el retorno de Cristo.

Verdugos de ideales afligieron la tierra; en un pozo de sombra la humanidad se encierra con los rudos colosos del odio y de la guerra.

¡OH, Señor Jesucristo!

¿Por qué tardas, qué esperas para tender tu mano de luz sobre las fieras y hacer brillar al sol tus divinas banderas?

Surge de pronto y vierte la esencia de la vida sobre tanta alma loca, triste o empedernida que, amante de tinieblas, tu dulce aurora olvida.

Ven, Señor, para hacer la gloria de Ti mismo, ven con temblor de estrellas y horror de cataclismo, ven a traer amor y paz sobre el abismo.

Y tu caballo blanco, que miró el visionario, pase, y suene el divino clarín extraordinario. Mi corazón será brasa de tu incensario.

—Canto de esperanza

¡Cuán vivo debiera ser en nosotros el anhelo del retorno del Maestro!
¡Cuánto debiéramos desearlo!

No sabemos el día ni la hora cuando el Señor vendrá (S. Mateo 24:36). Por lo tanto, ni nosotros,

ni nadie está autorizado para fijar fechas para ese acontecimiento. Todo cuanto se haga en este sentido es simple especulación humana. Lo que sí sabemos, sin que quepa la menor duda, es que el advenimiento del Señor Jesucristo es un acontecimiento próximo. Las profecías que lo señalan se han cumplido al pie de la letra y el Señor aparecerá pronto en las nubes de los cielos.

¿Estamos preparados para ese acontecimiento? ¿Lo estás tú, amigo, amiga de La Voz?

No mires este asunto con indiferencia. No olvides que el Señor vendrá. Vendrá a despecho de quienes niegan esta verdad, a despecho de los indiferentes, a despecho de la incredulidad. Prepárate para encontrarte con él. No lo pospongas para resolverlo algún día en el futuro. Hazlo hoy mismo. Depón cualquier actitud, cualquier opinión que te haya mantenido lejos del Señor y, sobre todo, permítele al Maestro que aparte de ti todo pecado. Acógete a su perdón y a su misericordia para que el advenimiento de Jesús sea para ti grato y saludable.

¿Sabemos acaso si viviremos mañana? ¡No! Con lo único que contamos con seguridad es con el día de hoy, con el instante en que vivimos.

Aprovechémoslo debidamente y obremos y vivamos para que cuando venga el Señor en las nubes de los cielos podamos decir con las palabras del profeta: “He aquí éste es nuestro Dios, lo hemos esperado, y nos salvará...” (Isaías 25:9).

LA VOZ DE LA ESPERANZA

Derechos reservados

Ante la vida.

¿Qué actitud asumimos frente a los hechos que ocurren en nuestra vida? ¿De qué manera nos situamos frente a las oportunidades buenas o malas que surgen ante nosotros? ¿Permitimos que hechos fortuitos cambien totalmente el rumbo de nuestra existencia?

Las pruebas que con frecuencia tenemos que afrontar ¿disminuyen la intensidad de nuestro esfuerzo y reducen nuestro deseo de alcanzar los blancos nobles que nos hemos propuesto? ¿Caemos en la debilidad de contemporizar con lo innoble sólo porque tememos decir no, o decir sí, según el caso? ¿Olvidamos que, después de todo, las cosas en sí mismas tienen muy poca importancia y que lo que realmente vale es la posición que adoptamos frente a ellas?

Con cuánta razón decía Phyllis Bottome: “Las cosas que suceden por penosas que parezcan en el momento, no son de importancia por mucho tiempo. Lo único que importa y perdura es la actitud que asumimos ante ellas”. Esa es la verdad, amigo, amiga de La Voz.

Por eso, volvemos a preguntar:

¿Cuál es nuestra actitud frente a las cosas que nos

ocurren? ¿De qué manera las encaramos? ¿Con qué espíritu les hacemos frente? ¿Sabemos ser valientes a pesar de nuestro miedo? Lo que acabamos de decir parece una paradoja. Sin embargo, lo repetimos: ¿sabemos ser valientes a pesar de nuestro miedo ante las dificultades, ante las pruebas, ante las responsabilidades? El mal no está en experimentar miedo; está en dejamos dominar por él.

Uno de los generales que más se destacaron durante la Segunda Guerra Mundial fue el general Jorge S. Patton. Él dijo: “Si la valentía consiste en no saber lo que es miedo, no he conocido nunca un hombre valiente. Todos los hombres sienten miedo; cuanto más inteligentes, más miedosos son. Hombre valiente es el que a despecho del miedo se fuerza a sí mismo a seguir adelante”.

El joven Josué, de la antigüedad, temblaba ante la responsabilidad que se ponía sobre él. Moisés, el gran dirigente, acababa de morir y él había sido elegido para sucederle. Bien sabía él las luchas que había tenido que afrontar el gran Moisés. Conocía la ingratitud con que lo había tratado aquel pueblo a quien tanto había beneficiado. Conocía también el informe traído por los

espías que habían ido a reconocer la tierra en la cual iban a establecerse. Pero cuando mayor era su temor, oyó las palabras del Todopoderoso, que le decían: “Mira que te mando que te esfuerces y seas valiente: no temas ni desmayes, porque Jehová tu Dios será contigo en donde quiera que fueres” (Josué 1:9).

Sí, Josué triunfó porque supo ubicarse en el debido lugar. Triunfó porque supo sobreponerse a su temor y porque, confiando en la palabra del Todopoderoso, siguió el camino que el Señor le mostraba.

Lo mismo ocurrirá en tu vida, amigo, amiga de La Voz, si sigues el rumbo que el Todopoderoso te señala y vives de acuerdo con su voluntad. Por eso volvemos a preguntarte ¿cuál es tu actitud ante la vida? Que nada te desvíe del cumplimiento de tu deber.

La vida requiere valor desde la cuna hasta la tumba. Toda ella suele ser una cadena de dificultades. Hay resistencias que vencer que no solamente las encontramos fuera de nosotros mismos. Con demasiada frecuencia se hallan dentro de nuestro propio corazón, dentro de nuestro carácter.

Amigo, amiga de La Voz, que nada nos impida proseguir por el camino del bien. No olvides que

sólo los cobardes abandonan la lucha. Recordemos el ejemplo dado por el Señor Jesús, frente a la persecución enconada y malvada de que fue objeto. Ante la crítica despiadada que con frecuencia se ensañó con él, prosiguió su obra y su marcha sin vacilación de ninguna clase. Cuando los escribas y los fariseos ponían piedras en su camino con la esperanza de que el Maestro cayera, con cuánta serenidad las evitó, y cuán dignamente prosiguió su marcha imperturbable hasta llegar al triunfo final.

Un gran hombre que supo inspirarse en la vida del Nazareno --nos referimos a David Livingstone--, dijo: “Iré a cualquier parte, siempre que esté delante”.

Y tú, ¿con qué criterio miras la vida? ¿Es el tuyo un punto de vista luminoso, optimista? O, por el contrario, ¿te dejas abatir por el pesimismo? Decía Inge: “El espíritu está teñido con el color de los pensamientos que llenan nuestras horas de sosiego”.

Se cuenta que a principios del siglo XX, cuando la locomotora era todavía algo completamente nuevo, cierto hombre que asistía a la inauguración de un ferrocarril que conectaría el lugar donde él vivía con el resto del país, después de observar

atentamente la locomotora dijo en alta voz: nunca.

—Esto no puede caminar., no caminará nunca...

Pero llegó la hora de la partida y en medio de los aplausos del gentío y de los bufidos de la locomotora, el conductor dio la señal. Esta, que se sacudió hasta el último tornillo, se puso finalmente en movimiento, aumentando poco a poco la velocidad. Entonces, aquel hombre, que aseguraba que no podría caminar, comenzó a decir:

—No podrá parar... no parará nunca... nunca.

Así son algunas personas. Ven todo con cristales oscuros.

¿Por qué no seguir el ejemplo del Todopoderoso? No hay mayor optimista que el Señor Jesús. Ha dicho una pluma inspirada que el Maestro “en cada ser humano discernía posibilidades infinitas, veía a los hombres como podrían ser, transfigurados por su gracia, en la hermosura de Jehová nuestro Dios” (La educación).

Seamos optimistas. Confiemos en que lo que nosotros no podamos hacer, el Todopoderoso lo hará.

¿Cuál es, amigo, amiga de La Voz, nuestra actitud ante la riqueza? ¿Cuántos hay que lo sacrifican

todo, hasta lo más sagrado, con tal de obtenerla! ¡Cuántos hay que pasan toda su existencia amontonando oro sin disfrutar jamás de él porque, como en el caso del hombre de la parábola, cuando se disponen a hacerlo es ya demasiado tarde!

La parábola a la que nos referimos a continuación, la encontramos en el tercer evangelio, en el Nuevo Testamento. Allí Jesús señala que las cosechas habían sido para el hombre al que se refiere, mayores que nunca. Sin duda, había mucha necesidad a su alrededor. ¡Cuánto bien habría podido hacer con lo que le sobraba! Ni tenía ya donde amontonarlas. Sus alfolíes estaban llenos. Pero dijo: “Esto haré: derribaré mis alfolíes, y los edificaré mayores, y allí juntaré todos mis frutos y mis bienes” (S. Lucas 12:18). Su intención era, al terminar sus nuevos graneros, gozar, por fin, de la vida. Pero esa misma noche sus días terminaron definitivamente, y así concluyó bruscamente una vida estéril.

Y ¿cuál es la enseñanza para nosotros? En lugar de correr tras los bienes materiales y las riquezas que pasan y que con frecuencia son el mayor mal para el que las posee, tratemos de adquirir el

tesoro escondido que simboliza a Jesús de Nazaret, único bien, supremo bien. No hay riqueza mayor que conocer al Maestro de cerca y vivir como él quiere que vivamos.

¿Encararemos la vida con liviandad? ¿O regularemos nuestras acciones de acuerdo con el Decálogo, con la ley de Dios, síntesis de la divina sabiduría y de la voluntad divina?

Si somos capaces de sobreponemos a toda liviandad, a toda injusticia, a todo materialismo, es decir, si somos capaces de vivir como Dios quiere que vivamos, rigiéndonos por la Norma Suprema, que como ya dijimos está constituida por los Diez Mandamientos, entonces nuestra actitud ante la vida será la actitud correcta. Disfrutaremos de la bendición del Todopoderoso, gozaremos cada uno de nuestros días y estaremos preparados para la eternidad.

Y entonces podremos decir con Amado Nervo: Estoy templado para la muerte, templado para la eternidad, y soy sereno porque soy fuerte: la fuerza infunde serenidad. ¿En qué radico mi fuerza? En una indiferente resignación ante los vuelcos de la fortuna y los embates de la aflicción.

En el tranquilo convencimiento de que ¡a vida tan sólo es vano fantasma que mueve el viento, entre un gran antes y un gran después.

—Temple

LA VOZ DE LA
ESPERANZA

Derechos reservados

Sin perdón no hay perdón.

El caso al que nos vamos a referir, desafortunadamente, no es una excepción. Cosas similares ocurren con frecuencia alarmante. Un joven fue a dar a la cárcel como consecuencia de uno de los delitos más tristes en que se puede incurrir. Estaba acusado de parricidio. Se había producido una escena violenta entre padre e hijo. La discusión fue subiendo de tono. Las palabras y los gestos descontrolados, sin que se supiera como, degeneraron en lucha durante la cual el padre recibió en la cabeza un golpe que le produjo la muerte.

Y lo curioso del caso es que el muchacho no era malo. Tampoco lo era el padre. En realidad, a través de los años, padre e hijo se habían llevado muy bien y nadie hubiera supuesto un desenlace como el que ocurrió. Al averiguar el origen de la dificultad que terminó de tal mala manera, se descubrió que meses atrás se había producido un pequeño desacuerdo sin ninguna importancia, de esos que ocurren todos los días en los hogares. Padre e hijo discutieron y uno y otro perdieron el control de sus palabras. Se dijeron cosas que, en realidad, ni ellos creían.

Esas cosas que se dicen con frecuencia en el calor de una discusión y que ojala no se dijeran nunca porque suelen producir mucho daño.

Y eso fue lo que ocurrió en este caso. Ambos, padre e hijo, quedaron resentidos el uno con el otro. Por supuesto, hubiera sido muy fácil zanjar esa dificultad. Hubiese bastado un poco de tolerancia, un poco de sentido común, un poco de cristianismo, dejar que hablara el amor que el uno al otro se tenían.

Pero el orgullo, ese terrible orgullo que tiene tan grande influencia sobre el corazón humano, hizo que uno y otro se empecinaran en su posición y en su amor propio. Se produjeron nuevas discusiones que ahondaron todavía más la separación. Hasta que un día ocurrió la tragedia. Ese hogar quedó definitivamente destrozado: el padre, en la tumba; el hijo en manos de la justicia, y el resto de la familia con el corazón enlutado para siempre.

Todo esto pudo haberse evitado dejando que predominara el buen criterio. Con sólo haber permitido que el cariño dijera su palabra buena, se hubiera cerrado la puerta del corazón al orgullo. Si se hubiera pronunciado la palabra perdón que con frecuencia rehuimos, todo

se hubiera normalizado. Si cuando aquello no era más que un pequeño incidente sin importancia mayor, hubiera ido el uno al otro para pedir y ofrecer perdón, todo se hubiera arreglado. Hubieran quedado más unidos que nunca antes y hoy todavía constituirían una familia feliz.

No incurrimos en ninguna exageración si afirmamos que una buena parte de la infelicidad de los seres humanos proviene de su falta de voluntad para perdonar. A veces, de su falta de valor para perdonar. ¡Cuántas veces sabemos que hemos hecho mal, sabemos que no debimos obrar como obramos, que no debimos decir lo que dijimos, que estuvo mal hecho lo que hicimos y comprendemos que debiéramos reconocerlo

honradamente y pedir perdón por ello! Pero no lo hacemos; nos falta valor y nos sobra orgullo, amor propio. Y nos encastillamos detrás de ese amor propio y nos acorazamos detrás del orgullo, y allá vamos con esa carga a costas un día tras otro, y a veces, todos los de nuestra vida.

Puede más el perdón que el odio. El perdón es cristiano, el odio es satánico. ¡Cuántos hay que nunca levantarían su mano armada contra uno de sus semejantes, pero se alegran cuando lo ven

golpeado por la adversidad! Y después de todo, es posible que esta alegría sea tan homicida como cualquier arma.

Se dice que en el tiempo de los faraones egipcios, muchas personas solían llevar en la suela de sus sandalias figuras que representaban a sus enemigos. Desde

entonces han transcurrido muchos siglos, pero el hombre sigue siendo el mismo. Y si hoy no llevamos el retrato de nuestros enemigos en la suela de nuestros zapatos, pisoteamos su nombre de muchas maneras; lo cual viene a ser lo mismo, o quizás peor.

Es más fuerte el que perdona que el que se venga. Es más fuerte el que está dispuesto a perdonar que el que grita amenazas. Y, además, es más cristiano.

Cuando el discípulo Pedro le llevó al Maestro la siguiente preocupación: “Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que pecare contra mi?”, el Maestro le contestó: “No te digo hasta siete, mas aun hasta setenta veces siete” (S. Mateo 18:21, 22).

Es evidente que el límite que algunos consideraban razonable para el perdón, era siete veces. El discípulo quería asegurarse de que ese límite contaba con la aprobación del Señor. Ya vimos lo que contestó el

Maestro. No solamente debemos perdonar hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete. Es decir, indefinidamente. Tantas veces como haga falta. Para el perdón no hay límite, porque el perdón es más fuerte que la justicia.

Hubo una vez un soldado que era un verdadero problema para la justicia. Completamente indisciplinado, malo para con sus compañeros, hubo de ser castigado repetidas veces. Cierta día lo trajeron otra vez ante el comandante por una grave falta que había cometido. Cuando el comandante oyó el nombre del que le traían, exclamó en voz alta: — ¡Ya está otra vez aquí. No sé qué hacer con él! Voy a darle un castigo definitivo.

Un sargento que se hallaba presente, se adelantó, y, saludando, dijo:

—Comandante, con su permiso. Hay una cosa que nunca se ha hecho con él y que quizás podría ser la solución del problema.

—¿Y qué es? —preguntó el militar.

—Comandante —fue la respuesta—, nunca ha sido perdonado.

—¡Perdonado! ¿Quiere usted que lo perdone?

—preguntó el comandante.

Después de unos momentos de meditación, dijo:

—Que traigan a ese soldado.

Una vez que se presentó ante él y escuchó el cargo que se le hacía, le dijo:

—Te hemos castigado muchas veces. Ahora te perdono. Ve y vive en paz de acuerdo con el perdón que has recibido.

El soldado se retiró mudo de asombro. No esperaba tal cosa, pero desde ese día fue otro hombre. Dejó de ser un problema. El perdón fue más fuerte que la justicia.

El perdón es un requisito indispensable para el creyente. Quien no perdona no es cristiano. Así lo dicen las Sagradas Escrituras. No importa detrás de cuantas excusas o razones trate de ampararse, no importa cuantos argumentos multiplique, quien no perdona no es cristiano.

Por eso debemos aprender a decir con las palabras de Amado Nervo:

Dios os bendiga a todos los que me hicisteis bien.
Dios os bendiga a todos los que me hicisteis mal,
los que me hicisteis mal,
Dios os bendiga porque éstos, ciertamente, no han menester de bendición ninguna, ya que su bien en sí mismo llevaba toda la plenitud y todo el premio.

¡Vosotros sí, los de mi mal autores, necesitáis la bendición del Padre que

hace nacer el sol para que alumbré por igual a los malos y a los buenos!

Que se derrame, pues, en vuestras almas la más potente de las bendiciones divinas, y os dé el don por excelencia, el don de comprender.

—Benedictus

Mientras haya resentimiento en el corazón, mientras haya antagonismo y falta de amor, a pesar de toda pretensión no se es cristiano. Jesús ya lo dijo, aunque con distintas palabras. Lo enfoca desde un ángulo diferente, pero significa exactamente lo mismo. He aquí sus palabras:

“Porque si perdonareis a los hombres sus ofensas, os perdonará a vosotros vuestro Padre celestial. Mas si no perdonareis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas” (S. Mateo 6:13, 14).

Estas palabras son una sentencia definitiva. Se es cristiano cuando se recibe el perdón del Padre celestial, pues el perdón es la base del cristianismo y de la salvación; pero no se recibe perdón del Padre a menos que también uno perdone. Por eso no hay ninguna exageración en afirmar que quien no perdona no es cristiano.

No obremos de una manera equivocada. No nos dejemos llevar por el

amor propio y el orgullo. Abandonemos cualquier posición falsa que hayamos adoptado, y, si hace falta, pidamos perdón sinceramente, de corazón. Y si tenemos que otorgarlo, que ese otorgamiento no sea una fórmula que se lleva el viento. Perdonemos de verdad.

Recordemos que el perdón implica el olvido de cualquier ofensa que pueda habérsenos hecho, Si no olvidamos la ofensa que decimos perdonar, entonces no estamos perdonando. Por lo tanto, estamos retirando de nosotros el perdón de Dios, porque sin perdón no hay perdón. Que Dios nos ayude a perdonar de verdad; a no sentir en el corazón ninguna amargura contra nadie.

LA VOZ DE LA ESPERANZA

Derechos reservados

¡Vivid!

Iniciemos nuestro tema con unas palabras dichas por el sabio Salomón hace centenares de años, pero que conservan toda su frescura, y siguen conteniendo una verdad que los siglos no han alterado en lo más mínimo. Dice así: “Dejad las simplezas, vivid; y andad por el camino de la inteligencia” (Proverbios 9:6).

Estas pocas palabras contienen una fuerza incontrastable. Hay en ellas un consejo sólido como una roca, que nos llama a dejar a un lado las tantas insignificancias en que con frecuencia perdemos el tiempo, las simplezas que a menudo nos afectan tanto, y luego, dejado eso, vivir, vivir de verdad, vivir inteligentemente, conscientes de lo que hacemos, del rumbo que llevamos y del fin al que llegaremos.

Hay quienes suponen que en la niñez y en la juventud no se vive. Aseguran que es solamente un tiempo de preparación para la verdadera vida que comienza al terminar la juventud y al principiar la etapa de adultos. Para esas mismas personas, al llegar la ancianidad, se entra de nuevo en un período totalmente improductivo.

Todo esto es absolutamente un engaño. El niño y el anciano deben vivir en esas épocas de su existencia tan intensamente como vive el adulto en la suya. Y el anciano, con toda la experiencia recogida a lo largo de los años, debe tener mucho que ofrecer a los que le rodean.

¡Ah, si pudiéramos mantener la inocencia y la frescura de los primeros años! ¡Qué agradable sería vivir!

Pero se acumulan sobre nosotros todos los problemas de la existencia, y forman una montaña cuyo peso nos aplasta.

¡Cuántas veces la angustia se clava en nosotros como tenazas invisibles, pero que duelen mucho más que si fueran reales! La existencia, desde que el mal y el pecado hicieron del hombre su presa, nunca fue fácil. Pero es que hoy las complicaciones son tantas, los problemas han aumentado de tal manera que la tranquilidad y la calma parecen haberse alejado de nosotros definitivamente. Ha llegado a ser un problema tremendamente serio y complicado, no diríamos ya el vivir, sino hasta el subsistir.

A pesar de las drogas de que disponemos y de cuanto milagro pueden realizar la medicina y la

cirugía, el hombre sigue muriendo como siempre. Hay enfermedades que parecen verdaderas plagas apocalípticas. Algunas de ellas están difundidas y llevan tantas personas a la tumba, que sólo el nombrarlas pone en muchos un sentimiento de pavor.

La vida es más complicada que nunca antes. Es verdad que la ciencia ha avanzado asombrosamente, pero ha complicado la existencia en el mismo grado. Enviamos la palabra y la imagen a distancias increíbles donde se reproducen con entera perfección. La luna ha dejado ya de ser un inocente motivo de inspiración para los poetas. Los libros en que los hombres vuelcan sus inquietudes, perturban cada vez más el espíritu de la humanidad. Pero esta

vida moderna, agitada, dividida en sectores antagónicos, esta vida llena de amenazas, de destrucción y de muerte, justifica que a veces volvamos a las palabras varias veces milenarias del Génesis, y que exclamemos con Jacob: “¡Pocos y malos han sido los días de mi vida!” (Génesis 47:9).

Todo esto es verdad, y, sin embargo, a pesar de cuanto se ha sufrido, a pesar de cuanto se ha

fracasado, a pesar de la amargura y del sufrimiento que tantas veces nos han conmovido al llevarse nuestras mejores esperanzas, en el fondo del corazón todavía se alienta el deseo inmortal de vivir y de elevarnos por encima de nuestra pequeñez, de nuestras angustias y de nuestros fracasos, y gustar la felicidad de una vida plena, total y permanente.

Es el ansia de vivir y de saborear cada instante de la existencia. Es el deseo profundo de sentirse uno seguro frente a los vaivenes de lo pasajero. Todos sentimos en el fondo del corazón un sincero deseo de vivir. Sentimos que nuestro elemento es la vida y tratamos de aferrarnos a ella, a veces hasta con desesperación. Frente a la pregunta del salmista que dice: “¿Quién es el hombre que desea vida, que codicia días para ver bien?” (Salmos 34:12), todos estamos dispuestos a responder:

“Yo, yo deseo la vida, yo deseo poseerla definitivamente”.

Y el hecho es que se trata de un deseo que puede cumplirse. La vida está al alcance de nuestra mano. A veces no llegamos a ella porque la buscamos por caminos errados. Hay quienes la reducen a la proporción de las cosas materiales. Suponen que

cuando logren acumular lo que ellos consideran suficiente para sus necesidades y para sus lujos, cualesquiera que éstos sean, entonces vivirán plenamente y la vida les resultará un placer que no conocerá fronteras.

Y no saben que cuanto más adelanten en sus propósitos de acumulación de bienes, más grandes se harán sus apetitos materiales, más aumentará en ellos el egoísmo, y más merecerán la amonestación del Señor Jesucristo dada en el Sermón del Monte, cuando dijo: “Por tanto os digo:

no os congojéis por vuestra vida, qué habéis de comer, o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir: ¿no es la vida más que el alimento, y el cuerpo que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni allegan en alfolíes; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No sois vosotros mucho mejores que ellas? Mas ¿quién de vosotros podrá, acongojándose, añadir a su estatura un codo?” (S. Mateo 6:25-27).

No significa esto que no haya que luchar por mejorar nuestra condición económica, y por facilitarles a los nuestros tanto bien como honestamente se pueda.

Lo que quiere decir es que esto no es lo primero en la vida. Quien desee poseerla, quien desee vivir de verdad, debe buscarla en el único que la posee y, por lo tanto, en el único que puede dárnosla, Dice Jesús: “Yo soy el pan de vida: el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás” (S. Juan 6:3 5).

Jesús es el pan de la vida que realmente alimenta. Es el único que satisface, el único que da al alma verdadera paz, seguridad y esperanza. La vida no se encuentra en ninguna otra persona ni en ningún otro lugar. No la hallan jamás aquellos que la buscan en el placer liviano y pasajero, para descubrir después que lo único que llevan dentro es vacío y desolación, y comprueban que lo que creyeron vivir, era simplemente un espejismo que no duró más que el instante fugaz del sueño.

El vivir de verdad está en nuestras manos. Depende lo queelijamos. Depende del camino que decidamos seguir. Dios pone frente a nosotros todas las posibilidades de triunfar y vivir. Así lo dice con las siguientes palabras: “Mira, yo he puesto delante de ti hoy ¡a vida y el bien, la muerte y el mal: Porque yo te mando hoy que ames a Jehová tu Dios, que andes

en sus caminos, y guardes sus mandamientos y sus estatutos y sus derechos, para que vivas y seas multiplicado, y Jehová tu Dios te bendiga en la tierra a la cual entras para poseerla. . . A los cielos y la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición: escoge pues la vida, porque vivas tú y tu simiente” (Deuteronomio 30: 15, 16, 17, 19).

El escoger la verdadera vida está en nuestras manos.

Cuando decidimos cumplir con los principios sagrados del cristianismo, cuando guardamos la ley de los Diez Mandamientos, sin exceptuar ninguno de ellos, y seguimos por los caminos trazados por el Señor, entonces, como lo dice Deuteronomio, vivimos de verdad.

Jesús vino a este mundo, sufrió y finalmente murió en la cruz del Calvario, para que la vida de los pocos días que pasamos sobre la tierra, sean también la vida eterna, la que no tiene fin jamás. Por eso dijo el Maestro: “Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (S. Juan 10:10).

Por supuesto, no es fácil vivir porque como dice el sabio Salomón: “El camino de la vida es hacia arriba” (Proverbios

15:24). Emprendámoslo con optimismo. Recordemos que el Señor Jesús marchará a nuestro lado y por difícil que sea la lucha, por grandes que sean los problemas que tengamos que resolver, por mucho que sea el sufrimiento que llegue a nuestro corazón, él nos dará poder y fuerza para vencer todo inconveniente y toda lucha.

Con él en el corazón gozaremos de paz para con todos y para con nuestro Creador, y la vida, la de todos los días, la de cada hora, será hermosa y plena. Y en lugar de lamentos, quejas y chascos, habrá en nuestros labios “una canción nueva” (Salmos 40:3), la canción de la victoria, la canción de la vida.

Entonces podremos decir con Pedro Miguel

Obligado:

A pesar de la lucha cotidiana, conservo en mí, una paz que me ennoblece; y a pesar de que el mundo me entristece, vuelvo a confiar en él, cada mañana.

No me deprime la injusticia humana, ni me mancha el dolor que me ensombrece, lo mismo que la noche no ennegrece con su paso, el cristal de la ventana.

Y aunque la incomprensión me desespere, disimulo la

herida a quien me hiere y tengo la bondad de sonreír.

Y así por el amor en que he creído, sufriendo como todos, he cumplido, con el alto heroísmo de vivir.

—Soneto

LA VOZ DE LA
ESPERANZA

Derechos reservados

Con valor heroico

La humanidad es como un niño a quien le han regalado un hermoso juguete, pero él —llevado de su curiosidad y de sus impulsos— ha separado una por una todas sus piezas y ahora se encuentra con el problema de que es incapaz de armarlo y de colocar cada cosa en el lugar que le corresponde.

Por cierto, lo que el Todopoderoso nos ha dado no es simplemente un juguete. Es la vida. La vida con todas sus oportunidades, sus obligaciones y sus privilegios. Pero la hemos desorganizado, la hemos descompuesto, la hemos fraccionado. La hemos manchado con los más desagradables colores y ya no sabemos ni cómo vivirla. Como seres humanos, de la misma manera que estamos incapacitados para cambiar el color de nuestra piel o la forma de nuestros ojos, tampoco podemos cambiar nuestro corazón, nuestra mente, nuestra vida interior.

Y aquí estamos pisando apenas el dintel de otro año. Quizás ningún momento sea mejor que éste para la sinceridad, para el mirar hacia adentro, hacia el propio corazón. Ningún momento mejor que el presente para que cada uno contemplemos

nuestra propia realidad. Atrevámonos a verla tal como es. Mirémosla sin prejuicios, sin exageraciones, sin disimulos, sin tapujos.

Comprendemos que no es fácil hacerlo.

Posiblemente nos hemos empeñado por años en tratar de presentar una imagen de nosotros mismos de acuerdo a cómo quisiéramos que los demás nos vieran y no lo que verdaderamente somos.

Pero este debe ser el momento de la sinceridad. Atrevámonos a vernos en nuestra verdadera dimensión. Mirémonos con un sentido de absoluta e imparcial realidad. Hagámoslo. Aunque tal vez duela, será muy saludable. Midámonos, por fin, con una medida justa.

¿Te atreves a entrar dentro de tu propio abismo? ¡ Sé valiente! ¡Haz la prueba! ¡El tuyo, en este caso, será un valor heroico!

Empieza por levantar el manto de apariencia con el que hasta ahora has tratado de impresionar a los que te rodean. ¿Que en qué consiste ese manto? Puede componerse de tantas cosas... Puede ser el falso interés que se manifiesta en el bien ajeno cuando en realidad se persigue un beneficio propio. O pueden ser los favores

que has hecho para explotar- los después, como el usurero que hace una inversión de capital, no para favorecer a quien recibe el préstamo, sino para beneficiarse con intereses exagerados.

Hallamos un ejemplo de este mal en la triste historia de un matrimonio del que se nos habla en el libro de Los Hechos, en la Palabra de Dios. Nos referimos a Ananías y Safira. Tenían una propiedad, la vendieron, ocultaron la mitad de lo que habían recibido por ella., y fueron a los apóstoles y discípulos haciendo gala de un cristianismo que no poseían, aparentando una gran piedad y un profundo interés en el bienestar de los demás, y entregaron la otra mitad diciendo que ése era el precio total en que habían vendido su propiedad. Pero toda su hipocresía y simulación les sirvió de muy poco, ya que el apóstol Pedro los desenmascaró y puso las cosas en su lugar.

Lo que ellos querían era vivir de la iglesia, a la cual trataban de engañar, mientras mantenían oculta la mitad del dinero recibido, quién sabe con qué finalidad; tal vez simplemente pasaba a ser una reserva para el caso de que la iglesia fallara, o para poner ese dinero oportunamente a trabajar en negocios de usura.

¡Pobre gente!, de poco les sirvió toda la teatralidad de su aparente desprendimiento. Lo que no comprendieron aquellos malos actores era que no estaban tratando de engañar simplemente a hombres, sino también a Dios. Y a Dios nadie puede engañarlo.

En este escrutinio que estamos haciendo de nuestra conciencia, tal vez encontremos que más de una vez hemos perseguido finalidades ajenas a la verdad, a la justicia y a la legalidad. Es posible que en más de una ocasión hayamos defendido nuestros errores que han dañado a otros. O quizás nos hemos dejado inflar por la vanidad que se ha manifestado en nuestras palabras y en nuestros actos. O hemos llegado al grado superlativo de la vanidad, que es el orgullo. Nos hemos creído superiores a los demás. Nuestro valor, ¿llegará al heroísmo de reconocer estos defectos en nosotros mismos? ¿Seremos capaces de hacerlo? ¿Reconoceríamos que nuestro egoísmo ha arrasado con las virtudes que debieran adornar nuestro carácter, sobre todo, con nuestro deber hacia el prójimo? ¡Cuántas veces hemos pisoteado los sentimientos de nuestros semejantes, y en nuestro

afán de conseguir lo que queríamos, hemos llegado hasta la misma voracidad! O tal vez nuestro problema ha sido la envidia que hemos tratado de disimular de mil maneras, sin conseguirlo. Esa envidia que nos ha hecho fabricar venganzas que, como es natural, eran ajenas a todo sentimiento de justicia, de equidad y de honradez. Luego, la mentira, la gula, las pasiones ocultas y las faltas que por nada del mundo quisiéramos que se conocieran.

Por pesado que sea el manto con que hemos tratado de ocultar estas y otras cosas, arranquémoslo de donde está, alejémoslo de nosotros y permitamos que entre a nuestro corazón el aire fresco, la luz, el sol, para que los días del año que empieza, sean serenos y perfumados.

En este análisis, lo que debemos tomar en consideración es nuestra relación con el Creador. No sería improbable que engañados por conceptos materiales hayamos llegado a negar al Todopoderoso. Eso ocurre con dolorosa frecuencia. ¿Por qué? Tal vez porque pensaste que al negar a Dios te librabas de toda obligación para con él, por ejemplo, la de darle cuenta de tus actos en un día que, sin duda, no está lejano. ¡Qué

equivocado estabas! Dios, que nos da el tiempo, nos pedirá cuentas de lo que hicimos con él. Y se acabarán todas nuestras pretendidas posturas de materialismo.

Y tú, ¿qué hiciste de tu fe y de tu confianza en Jesús? ¿Las fortaleciste, o se te mellaron al golpearse contra tu indiferencia hacia el Maestro? ¿Olvidaste que, como dice San Juan, “la victoria que vence al mundo es nuestra fe”? (1 S. Juan 5:4).

Y después de las reflexiones que nos estamos haciendo, ¿le permitiremos al Todopoderoso hacer en nosotros una verdadera limpieza? Mejor todavía, ¿le rogaremos que la haga?

Para que ese cambio se verifique en nosotros, necesitamos doblegar nuestro corazón ante Dios y ofrecérselo como el más valioso presente de año nuevo. ¿Hacer ese cambio por nosotros mismos? ¡No, no podemos! ¡Lisa y llanamente. no podemos! La prueba de esto la encontramos en nuestra experiencia pasada que se parece mucho a la que el apóstol Pablo presenta en su Epístola a los Romanos, capítulo séptimo y versículo 19, con estas palabras: “Porque no hago el bien que quiero; mas el mal que no quiero, éste hago”. Y es cierto. No basta con

que deseemos vivir bien, no basta con que hasta nos lo propongamos.

Para poder cumplir esos propósitos, es menester que depositemos nuestra confianza en Jesús de Nazaret que es el único que puede hacer la gran obra en nosotros. Si lo hacemos, podremos decir con el apóstol: “todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Filipenses 4:13). Y repetiremos con profunda alegría estas otras palabras, también de San Pablo: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y vivo, no yayo, mas vive Cristo en mí: y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó, y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2:20). Nuestro triunfo está en Cristo Jesús Señor nuestro. Sin él nada somos.

Seamos felices haciendo felices a los demás. Seamos optimistas porque confiamos en Jesús. Eliminemos de nuestro vocabulario la palabra “tristeza” y cambiémosla por “alegría”; despedámonos de la palabra “fracaso” y usemos en cambio la palabra “éxito”. No critiquemos a nadie. Elogiemos a todos. Todas nuestras sombras desaparecerán y nuestra existencia se llenará de luz, de éxito, de crecimiento interior, de confianza en Dios y de

valor. Y Jesús será una realidad permanente y definitiva en nuestro corazón.

Amigo, amiga de La Voz, sigamos el consejo de Emilio Frugoni, que nos dice: Hacia la gloria, luchador, camina. No te infunda el ataque un desaliento. ¡Tú sabes bien cómo creció la encina sin que pudiese detenerla el viento!

Que cada herida de dolor probó que un destello vivaz en tu alma pura; cuando cae el martillo sobre el bloque, desparrama fulgor la piedra oscura.

Y entonces, el espíritu, forjado en el yunque de todos los dolores, será como el diamante que, tallado, se transforma en un haz de resplandores.

—A un luchador

LA VOZ DE LA
ESPERANZA

Derechos reservados